



*Universidad de Buenos Aires
Facultad de Ciencias Sociales
Licenciatura en Ciencias de la Comunicación
Tesina de Grado*

Leales y traidores

*Los peronismos antagónicos de los años setenta leídos en
dos revistas de la época: El Descamisado y El Caudillo.*

Autor: Matías Buduba
DNI: 30.740.238
Legajo: 54579
Teléfono: (0299) 156371538
Correo electrónico: matiasbuduba@yahoo.com.ar

Tutor: Alberto Lettieri
Co-tutora: Rosana Paolini

Mayo 2014

Buduba, Matías

Leales y traidores : los peronismos antagónicos de los años setenta leídos en dos revistas de la época : El Descamisado y El Caudillo / Matías Buduba. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Universidad de Buenos Aires. Carrera Ciencias de la Comunicación, 2016.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-29-1555-5

1. Peronismo. 2. Análisis del Discurso. I. Título.
CDD 320.982

La Carrera de Ciencias de la Comunicación no se responsabiliza de las opiniones vertidas por los autores de los trabajos publicados, ni de los eventuales litigios derivados del uso indebido de las imágenes, testimonios o entrevistas.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina (CC BY-NC-ND 2.5 AR)

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.....	4
2. LAS MIRADAS PRECEDENTES.....	10
2.1. Sobre <i>El Caudillo de la Tercera Posición</i>.....	10
2.2. Sobre <i>El Descamisado</i>.....	15
3. EL MOVIMIENTO AMBIDIESTRO.	
Trayectorias de los sectores en disputa.....	26
3.1. La Siniestra.....	26
3.1.1. <i>Aramburazo</i> o la irrupción de Montoneros.....	26
3.1.2. Orígenes y gestación.....	28
3.1.3. El camino a la masividad.....	30
3.1.4. De la primavera camporista a la Triple A.....	33
3.1.5. El fatal destino del militarismo.....	37
3.2. La(s) Diestra(s).....	41
3.2.1. Burocracia Sindical.....	42
3.2.1.1. De <i>La Resistencia</i> al ascenso de Vandor.....	43
3.2.1.2. Los años vandoristas.....	45
3.2.1.3. “Sucios bolches”.....	48
3.2.2. Triple A.....	50
3.2.2.1. El nombre y el hombre.....	51
4. EL PERONISMO COMO FENÓMENO DISCURSIVO.	
Una mirada “veronista”.....	61

5. DISPAROS DE TINTA.	
Un análisis comparativo entre <i>El Descamisado</i> y <i>El Caudillo</i>	67
5.1. Nosotros y ellos.....	69
5.2. Encadenamiento de significantes.....	73
5.3. Estrategias discursivas y transtextualidad.....	76
5.4. Juegos estéticos: el decir de las imágenes.....	83
5.5. Diálogos e interpelaciones directas.....	87
5.6. Los usos de la memoria.....	90
5.7. Los que ríen y los que lloran.....	91
 6. CONCLUSIONES.....	 95
 ANEXO.....	 102
 BIBLIOGRAFÍA.....	 112

INTRODUCCIÓN

Leales y Traidores es un trabajo de investigación que suma un acercamiento a los inagotables estudios sobre el enfrentamiento entre la izquierda y la derecha peronistas durante la primera mitad de la década de 1970. El objetivo es indagar en la dimensión discursiva de esta disputa que supo ir mucho más allá de las palabras, pero que también en ellas se manifestó y en ellas permanece, dispuesta a volver a narrarse cada vez que alguien intente comprenderla. Es por eso que al corpus de esta investigación lo componen las revistas *El Descamisado*, vinculada a Montoneros, y *El Caudillo de la Tercera Posición*, órgano de difusión del *lopezreguismo*.¹

Con el propósito de lograr un mejor análisis comparativo, el recorte temporal se acota a los cinco meses que las dos publicaciones compartieron en la calle (de noviembre de 1973 a abril de 1974).

Desde un enfoque discursivo, motivado por el peso que la pareja conceptual *traición/lealtad* tiene en esta historia y basado principalmente en las obras de Ernesto Laclau (2002; 2004; 2005) y de Eliseo Verón (1971; 1993; 2003), se analiza el decir de cada uno de los sectores enfrentados al interior del movimiento peronista en esos convulsionados meses; se indaga en los mecanismos mediante los cuales se construían discursos antagónicos a partir de significantes compartidos. Por tratarse de dos fuerzas políticas violentamente enfrentadas, pero que compartían un mismo líder, la acusación de traición que se vertía sobre el bando opuesto y la adjudicación para sí de la lealtad era recurrente en estas publicaciones.

El lugar central que ocupa este binomio en el peronismo no es una novedad de los años setenta; la lealtad es el valor esencial del movimiento desde su nacimiento y, por la negativa, también lo es la traición. Fernando Alberto Balbi (2007), refiriéndose a los años de Perón y Evita, señala que “la historia del período muestra una interminable sucesión de manifestaciones de lealtad para con los Perón y de acusaciones de traición lanzadas recíprocamente por los miembros de la cúpula peronista” (p. 28). Lo que sucede en los tiempos de *El Descamisado* y *El Caudillo* es que esta tensión alcanza su paroxismo, donde la disputa por definir leales y traidores se dirime a sangre y fuego.

Las preguntas centrales son, entonces: ¿qué es aquello que no debía traicionarse?, ¿a qué se le debía absoluta lealtad? En ambos casos la respuesta es la misma: Perón,

¹*El Descamisado* publicó 49 números entre mayo de 1973 y abril de 1974. *El Caudillo* se publicó desde noviembre de 1973 hasta marzo de 1975 y luego tuvo dos reapariciones, una a fines de 1975 y la otra entre 1982 y 1983.

que para los dos grupos era sinónimo de *Pueblo*.² Pero, entonces, ¿Cuáles son las características de ese sujeto que logra encarnar, incluso desde la óptica de fuerzas políticas enfrentadas, el abstracto concepto de *Pueblo*?

A diferencia de lo que ocurre con los *significantes vacíos* de los que habla Ernesto Laclau (2002), como pueden ser *Democracia*, *Justicia*, *Libertad*; aquí el significante que se subvierte, que *de tan lleno se vacía* -y por lo tanto se disputa a muerte-, tiene la particularidad de ser también un sujeto. Es esta particularidad la que hace especialmente interesante el análisis de esta construcción de equivalencias opuestas con un eje compartido.

Una descripción de este complejo mecanismo que posibilita a un sujeto alcanzar la posición de significante vacío puede hallarse en el planteo de Silvia Sigal y Eliseo Verón (2003), quienes consideran que Perón logra erigirse como “la voz de la verdad”, al “transmutar” su persona en un colectivo singular –como lo son *la patria*, *el pueblo*, *el ejército*-, pero con una sustancial diferencia: él es el único colectivo singular que habla “y por eso mismo es capaz de ‘expresar’ los otros colectivos”. Perón es, a la vez, significante flotante y sujeto de enunciación.

La *plenitud* de la comunidad, tan imposible como necesaria, motiva, distorsión ideológica mediante, su proyección en un objeto particular (Laclau, 2002: 21). Esa plenitud, tan distinta para *caudillos* y *descamisados* se encarnaba en un mismo significante, que era además un sujeto, consciente de su condición de *Padre Eterno* pero inevitablemente superado por la función que se le reclamaba.³ Tal vez, el desafío íntimo del viejo Perón, mitificado ya, debería ser el de cumplir la tarea para la que se requiere a un *dios*, cerrar el juego de la significación, unificar la sociedad irreconciliable, conseguir esa sutura imposible. A pesar de que él, quizás, en algún momento haya podido imaginar que era capaz de ocupar ese espacio imposible, cuando bajó al terreno donde se dirimía la disputa no tuvo más remedio que definir su posición y por lo tanto cerrarse sobre una de las cadenas de equivalencias que se lo disputaban como punto de sutura.

² Por ejemplo, en *El Descamisado* N° 10 se cita la siguiente frase de Evita: “...Pero lo cierto es que yo identifico en tal forma a Perón con el Pueblo, que ya no sé si sirvo al Pueblo por amor a Perón o si sirvo a Perón por amor al Pueblo”. Desde la otra vereda, en el editorial de *El Caudillo* N° 4 aparece la misma idea: “...el castigo será proporcional a la traición, porque el que no acate las órdenes dadas por el general Perón, está en contra del pueblo, y Perón es el pueblo”.

³ El 12 de abril de 1951, Perón afirma: “Cuando se hacen dos bandos peronistas, yo hago el ‘Padre Eterno’: los tengo que arreglar a los dos. Yo no puedo meterme a favor de uno o del otro, aunque alguien tenga razón. A mí solamente me interesa que no se dividan.” Citado en Feinmann 2011, t.2, p. 54.

¿Cómo cerrar el círculo de la comunidad-movimiento, de la comunidad organizada, si el enemigo está adentro? Perón fue hábil al crear un espacio político donde cabía todo aquel que quisiera entrar -“si llego sólo con los buenos, llego con muy pocos”, decía-, todos eran bienvenidos sin importar su procedencia ideológica, pero claro, siempre y cuando ese espacio se cerrase sobre su figura (¿o acaso no era su apellido el que le daba nombre al movimiento?). Sin embargo, cuando regresó definitivamente al país se encontró con sectores que le negaban su condición de sí mismo, que afirmaban que ése no era él, que era un ente manipulado; para ellos, Perón era aquel de 1945 o el de los discursos revolucionarios de Puerta de Hierro, no ese anciano poseído que los humillaba en Plaza de Mayo.

El periodo que se recorta en este trabajo coincide con los cinco meses inmediatamente anteriores al recordado acto del 1º de mayo de 1974. El análisis del corpus, entonces, permite observar la agudización del conflicto al interior del peronismo que derivó en esa exposición pública y explícita del quiebre en la relación entre Perón y la Juventud Peronista (JP).

El abordaje que aquí se realiza de esta fractura acontecida al interior de un movimiento político-social como lo es el peronismo, tiene como base general la teoría que desarrollan Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2004). De este modo, nos referimos al peronismo en tanto *formación discursiva*, concepto que los autores definen como un “conjunto de posiciones diferenciales [...] que] constituye una configuración, que en ciertos contextos de exterioridad puede ser *significada* como totalidad” (pp. 143-4).⁴

Partimos de la hipótesis de que dentro de la formación discursiva *peronismo* durante el periodo que nos ocupa tiene lugar un *antagonismo*, concepto que Laclau y Mouffe (2004) explican como una forma de presencia discursiva precisa de la experiencia del límite de toda objetividad, de la imposibilidad final de toda diferencia estable, distinguiéndola tanto de la *contradicción lógica* como de la *oposición real*, en tanto éstas son relaciones objetivas entre identidades plenas (p. 164). El antagonismo, en cambio, representa la imposibilidad de constitución de ese tipo de identidades, ya que “la presencia del otro me impide ser totalmente yo mismo” (p. 168). Los antagonismos establecen los límites de la sociedad, la imposibilidad de su constitución plena, es decir, la imposibilidad de la diferencia. Pero esta imposibilidad no abre un nuevo campo ontológico ya que no hay más allá de la diferencia. El límite de lo social

⁴Allí también se definen otros conceptos fundamentales de esta teoría.

-*Articulación*: toda práctica que establece una relación tal entre elementos que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica.

-*Discurso*: totalidad estructurada resultante de la articulación.

-*Momentos*: posiciones diferenciales articuladas al interior de un discurso.

-*Elemento*: toda diferencia que no se articula discursivamente.

se da en su propio interior como algo que lo subvierte, “que destruye su aspiración a constituir una presencia plena” (p. 170). Vale aclarar que allí donde los autores hablan de *sociedad*, nosotros pensamos en el peronismo como *totalidad discursiva*.

Pero ¿Cómo emergen los antagonismos? ¿Qué formas asume la presencia de lo antagónico? Aquí aparece otro concepto clave en la teoría de Laclau y Mouffe (2004), el de *equivalencia*. Al establecerse una relación de equivalencia, cada contenido:

...pierde su condición de momento diferencial y adquiere el carácter flotante de un elemento. Es decir, que la equivalencia crea un sentido segundo que, a la vez que es parasitario del primero, lo subvierte: las diferencias se anulan en la medida en que son usadas para expresar algo idéntico que subyace a todas ellas (p. 171).

Ese “algo idéntico” –por ejemplo *el peronismo*, que vuelve equivalentes a los elementos necesariamente diferentes que se identifican con él- es una identidad negativa que sólo así -de modo indirecto, a través de una equivalencia entre sus momentos diferenciales-, puede ser representada. De ahí deviene la ambigüedad propia de toda relación de equivalencia que opera sobre términos necesariamente diferentes pero a condición de subvertir su carácter diferencial.

Ni la lógica de la equivalencia ni la lógica de la diferencia pueden imponerse plenamente la una sobre la otra, lo que sí sucede es la predominancia de alguna de ellas en las distintas formaciones discursivas, como también complejas relaciones de sobredeterminación. Sostenemos, como segunda hipótesis, que lo que ocurre dentro del peronismo desde el retorno definitivo de Perón al país hasta el acto del día del trabajador de 1974 es el pasaje de una situación en la cual predomina la lógica de la diferencia a otra donde predomina el antagonismo. Es decir que un sistema de diferencias relativamente estable se *parte* en dos cadenas equivalenciales antagónicas.

Elementos que eran diferentes entre sí pero equivalentes respecto de un afuera no-peronista, pasan a integrar cadenas equivalenciales antagónicas dentro del mismo peronismo. Se da una nueva equivalencia entre elementos que ahora son antagónicos respecto de otros con los que recientemente compartían el mismo espacio identitario.

Si una formación sólo logra significarse a sí misma, constituirse como tal, transformando los límites en fronteras, elaborando una cadena de equivalencias que construye a lo que está más allá de los límites como aquello que ella no es. Si es sólo a través de la negatividad, de la división y del antagonismo, que una formación puede constituirse como horizonte totalizante. Entonces, la crisis de la formación se suscita

cuando se desdibuja el límite que demarca *qué es aquello que ella no es* y se desata una puja por redefinir sus límites, excluyendo elementos que reclaman su pertenencia.

Al respecto Laclau y Mouffe (2004) señalan que, “como la totalidad no es un dato sino una construcción, cuando hay un quiebre en las cadenas de equivalencia que la constituyen, la totalidad hace algo más que ocultarse: se *disuelve*” (p. 188).

¿Es esto lo que ocurrió con la totalidad *peronismo* entre 1973 y 1974? Podemos arriesgar la *hipótesis* de que el peronismo como totalidad era un sistema relativamente estable donde convivían la izquierda y la derecha como elementos diferentes, en tensión, pero aunados por el deseo del retorno de Perón (y del peronismo al ejercicio del poder del Estado), equivalentes respecto del afuera no-peronista. Una vez cumplido el deseo la cadena se rompió, sobreviniendo al interior del peronismo una crisis orgánica que se resolvió en una articulación hegemónica que hizo de la izquierda y la derecha dos campos antagónicos. El sujeto hegemónico fue el líder del movimiento que estableció una nueva cadena de equivalencias que excluía a los elementos de la *Tendencia Revolucionaria*. Y es, precisamente, esta visibilidad del elemento excluido la que denuncia la imposible sutura, disolviendo el efecto de totalidad. La intrusión de un elemento que no aparece en el antagonismo original (pueblo/oligarquía y equivalencias) amenaza mostrar algo del orden de lo *real*, delatar que la totalidad no existe porque la sutura es imposible. Esta irrupción, en caso de lograr ser efectiva, implica la destrucción del sujeto, en este caso el sujeto político *peronismo*. La totalidad imaginada depende de la coherencia de lo simbólico, por eso Montoneros debe *desaparecer* del juego, no puede ser parte del antagonismo de forma coherente.

Un recorrido por los trabajos que ya han analizado de una u otra manera las publicaciones que componen nuestro corpus, marca el punto de partida de esta investigación y a su vez aporta elementos teóricos y metodológicos que se tienen en cuenta.

Se apela también a investigaciones históricas que permiten identificar mejor a los actores de esta disputa que se plasma en las páginas de *El Descamisado* y *El Caudillo*. El propósito en este caso es acceder a una definición más precisa de aquello que, de modo general y casi intuitivamente, se menciona como *izquierda y derecha peronistas*.

El trabajo de Sigal y Verón (2003) nos sirve para establecer un nexo entre los hechos históricos que tomamos como contexto y el análisis de las interpretaciones mediatizadas que cada uno de los sectores plasmaban en sus publicaciones.

Las herramientas metodológicas esenciales –mas no las únicas- con que se analiza el corpus son brindadas también por Eliseo Verón (1993), en este caso por su *teoría de los discursos sociales*, expuesta en su libro *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad* y retomada en otros textos. Esta teoría es definida por él como “un conjunto de hipótesis sobre los modos de funcionamiento de la *semiosis social*”, a la que caracteriza, a su vez, como “la dimensión significativa de los fenómenos sociales” (p. 125).

Este posicionamiento metodológico implica tener en cuenta que, en tanto observadores, debemos ubicarnos fuera del juego del discurso político, lo que implica, inevitablemente, ubicarnos dentro de otro juego -ya que no hay lugar exterior a todo juego discursivo-: el de la ciencia.

A lo largo de todo el recorrido y para enriquecer el abordaje, se toman citas de una entrevista realizada en el marco de esta investigación a un militante montonero de la región de Cuyo apresado durante el gobierno de Isabel Perón. La entrevista completa se incluye en el anexo.

Por último, a modo de conclusión arriesgamos algunas respuestas posibles a los interrogantes que motivaron este trabajo y a los que fueron surgiendo durante su realización.

Es sabido que la bibliografía sobre el peronismo de los 70 es muy abundante y a lo largo de este trabajo se toman en cuenta algunos de los libros más destacados que abordan el tema y sirven para contextualizar nuestro objeto de estudio específico. Sin embargo, aquí, en este apartado, nos ocupamos puntualmente de aquellas investigaciones que posaron su mirada sobre una u otra de las publicaciones que analizamos, las dos o aspectos de alguna de ellas.

Sobre *El Caudillo de la Tercera Posición*

El Caudillo de la Tercera Posición era un semanario político que comenzó a publicarse el 16 de noviembre de 1973, con el evidente propósito de contraponerse a *El Descamisado*. Se editaba bajo el sello Vertical SRL y llegaba a los kioscos de Capital Federal los días viernes. Su director era Felipe Romeo, un ex-militante de Tacuara que sostuvo de por vida el fanatismo fascista cultivado en su adolescencia.⁵ En 1973, bajo las órdenes de Alberto Brito Lima, Jorge Osinde y José López Rega fue miembro fundador de la Juventud Peronista de la República Argentina (JPRA) y se puso al frente de *El Caudillo*, que tuvo tres etapas y llegó a vender cerca de 10 mil ejemplares. El primer periodo se extendió hasta el 19 marzo de 1975. Tuvo una fugaz reaparición entre octubre y diciembre del mismo año, esta vez, ya con López Rega en el exilio, fue la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) la que se hizo cargo de la financiación. La tercera y última etapa ocurrió entre 1982 y 1983, alentando la trágica

⁵ El Movimiento Nacionalista Tacuara (MNT) fue una organización juvenil de derecha gestada durante la segunda mitad de la década de 1950. “Más allá del nacionalismo, el MNT manifestaba en sus boletines, actos públicos, manifestaciones, atentados y rituales una influencia marcada del catolicismo, del revisionismo histórico y de los fascismos europeos” (Galván, 2013: 8). La conducción estaba en manos de Alberto Ezcurra Uriburu, quién alegaba con orgullo ser descendiente de Juan Manuel de Rosas y de José Félix Uriburu. Pero el principal responsable intelectual del violento antisemitismo y anticomunismo que caracterizaba a la agrupación era el cura Julio Meinvielle. Con el correr del tiempo, los acontecimientos políticos y la propia maduración de sus miembros, las diferencias internas se fueron acentuando hasta que, para 1963, el MNT original ya había mutado, por reproducción binaria, en el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), que se acercó a la izquierda armada, y la Guardia Restauradora Nacionalista (GRN), que profundizó su fascismo original. En un artículo sobre Felipe Romeo, publicado en el diario *Página 12*, Sergio Kiernan (12 de junio de 2009) afirma: “En una vida de violencia, su único gesto de moderación fue optar por la rama ‘revolucionaria’ del tacuarismo cuando el grupo se dividió entre nazis de fuste y fascistas populistas”. Sin embargo, el mismo autor, en el mismo diario pero dos años antes (7 de enero de 2007) había dicho que “Romeo era un miembro veterano de la Guardia Restauradora Nacionalista”. En esta línea, Juan José Salinas (3 de mayo de 2009) afirma, en otra nota sobre el ex-director de *El Caudillo*, que “pasó por Tacuara y se unió a su escisión ultraderechista, la Guardia Restauradora Nacionalista”.

aventura de Malvinas, primero, y apoyando al candidato presidencial por el peronismo, Italo Luder, después.⁶

En su artículo sobre *El Caudillo*, Juan Luis Besoky (2010) define a esta publicación como “el órgano de expresión de lo que comúnmente se dio en llamar ‘la derecha peronista’” (p. 7). Una derecha que el autor adjetiva de *extrema*. Este subtipo, al igual que la radical y a diferencia de la reaccionaria, la moderada y la nueva -siguiendo la clasificación que Besoky (2010) toma de Eatwell y O’Sullivan-, “generan cierta atracción en la clase trabajadora” y “comparten el rechazo a las visiones internacionalistas y clasistas de la izquierda”. Por otro lado, lejos de las grandes producciones teóricas de otras derechas, la extrema “ha tendido mayormente a producir propagandistas, siendo más manipulativa y paranoide” (p. 8).⁷

Esta derecha es nacionalista y cree que el capital privado debe cumplir con sus responsabilidades sociales y por eso odia a judíos y comunistas -a los que suele identificar entre sí- pero también a la oligarquía vernácula que no se compromete con la causa nacional. El gran enemigo que se construye en las páginas de *El Caudillo*, el gran monstruo que lo controla todo desde afuera y desde arriba, como quien mueve marionetas, es la sinarquía, concepto que en ese momento histórico representa el pacto entre Estados Unidos y la Unión Soviética para repartirse el mundo y dominarlo. En algunos artículos también se incluye como parte de la sinarquía al sionismo y la masonería.⁸

En *Dar la vida / Quitar la vida*, investigación coordinada por Cristina Micieli y Myriam Pelazas (2012), hay una descripción coincidente en la mayoría de los puntos con la que realiza Besoky. Se especifica que “El Caudillo fue la expresión periodística del Documento Reservado”, o más precisamente de la “coalición contrarrevolucionaria” conformada por la Triple A, la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN), la Concentración Nacional Universitaria (CNU), el Comando de Organización (C. de O.), la Juventud Peronista de la República Argentina (JPRA) y la Juventud Sindical Peronista (JSP) (p. 118).⁹ Se habla de la visión conspirativa que tenía la revista,

⁶ Datos tomados de Kiernan (7 de enero de 2007).

⁷ El libro en el que se apoya Besoky es Eatwell, R. y O’Sullivan, N. (1990). *The Nature of the right: American and European politics and political thought since 1789*. Boston: Twayne Publishers.

⁸ Por ejemplo, una nota titulada “Currículum de una atorranta llamada sinarquía”, se cierra con una cita de Juan D. Perón, tomada del diario *La Razón* del 4 de julio de 1972: “El problema es liberar el país para seguir libres. Es decir, que nosotros debemos enfrentar a la Sinarquía Internacional manejada desde las Naciones Unidas, donde están el comunismo, el capitalismo, la masonería, el judaísmo y la Iglesia Católica –que también cuando la pagan entra-. Todas estas fuerzas que tienen después miles de colaterales en todo el mundo son las que empiezan a actuar” (*El Caudillo* Nº 5, 14 de diciembre de 1973: 5).

⁹ Esto también lo afirma José Pablo Feinmann (2011, t. 2: 652).

basada en el concepto de sinarquía; se define a su ideología como “esquemática y simplificadora” (p. 124) y se dice de Felipe Romeo que “tenía un ‘par de certezas fascistas’ a las que llamaba peronismo. Usaba sin pudor y sin medida todo el repertorio denigratorio del macartismo: ‘rojos, zurdos, troskos’ [...] era furiosamente católico [...] y para él] judío y marxista eran sinónimos” (p. 118). Se agrega, además, que:

...fe, fanatismo y orden son los tres baluartes de El Caudillo [...] lo que esta ideología interpreta y justifica por excelencia es la relación con la Autoridad, con mayúsculas, sea de índole religiosa y/o política [...] la lealtad es en el peronismo lo que la fe en las religiones [...] es la argamasa que estructura al movimiento, tornándolo uno (p. 129).

José Pablo Feinmann (2011) también aporta algo acerca de la ideología de este semanario:

Los de *El Caudillo* eran peronistas, pero –antes que nada– eran fascistas. Fascistas de la España eterna. Fascistas de la Falange Española. Felipe Romeo admiraba a José Antonio Primo de Rivera. Habría –no puede haber duda alguna– leído a Ignacio B. Anzóategui: *Los escritos y discursos de la Falange* [...] Felipe Romeo era tan nazi que le decían ‘la viuda’, por Hitler. Pero tanto como a Hitler idolatraba a José Antonio y al Generalísimo [...] Ahora sabemos por qué *El Caudillo* se llamaba *El Caudillo*. Porque no hubo más grande caudillo que José Antonio. Que reencarnó en el Generalísimo y luego en el General (t. 2, pp. 652-3).

Los editoriales de Romeo y Enrique Mario Gerez son los únicos textos que llevan firma pero, gracias a una investigación de los periodistas Alberto Moya y Adrián Murano (2007), se sabe que el jefe de redacción era José Miguel Tarquini, viejo compañero de Romeo en Tacuara, quien convocó a redactores provenientes del diario *Crónica* y la revista *Extra*. “El resto del staff se completó con integrantes de la CNU, de la JPRA y con empleados rentados del Ministerio de Bienestar Social” (Besoky, 2010: 12). De ese ministerio provenía también el grueso de la financiación que sostenía a la revista. Aunque Kiernan (2009) señala que, además del dinero proveniente de allí:

...a partir de la muerte de Perón, en julio de 1974, aparecen anunciantes como ELMA, la desaparecida empresa naval estatal; el Instituto Nacional de Vitivinicultura, la Caja Nacional de Ahorro, el Banco Nacional de Desarrollo, el Banco Social de Córdoba y, poco antes del golpe, la municipalidad porteña. Nunca hubo un anunciante privado (párr. 4).

También figura en una declaración hecha por Salvador Horacio Paino –exmilitar y empleado del ministerio de López Rega- ante la justicia, que “la revista El Caudillo se pagaba con fondos de Bienestar Social [...] unos quinientos mil pesos del año 1973 se destinaban todos los meses a la revista”.¹⁰

Sobre el estrecho vínculo entre la revista y las bandas parapoliciales, Adrián Murano y Alberto Moya (2007) sostienen que:

...ambos, patotas y redactores, contaban con el mismo mentor, financista y jefe: el ‘Brujo’ José López Rega [...] el semanario mantuvo tres rasgos intactos: su retórica brutal; los abundantes avisos del Ministerio de Bienestar Social o la burocracia sindical afín a López Rega y la ausencia absoluta de staff (p. 20).

La reconstrucción de ese staff es el objetivo que se propone la investigación de Murano y Moya (2007). Así descubren que la llamativa sección *¡Oíme!*, “donde se fustigaba –y amenazaba– a la oposición”, no era producto de la pluma de Romeo, como sospecha José Pablo Feinmann (2011, t. 2, p.668), sino de “Salvador Nielsen, un ultramontano que repartía su pluma entre El Caudillo y el diario Crónica” (p. 21).

Responsable también de las temeridades que se leen en esta revista es un tal Héctor Simeoni. La investigación de Murano y Moya (2007) revela que su responsabilidad no se limita a la redacción de algún artículo sino que “en mayo de 1974, Simeoni quedó a cargo de El Caudillo por las ausencias de Tarquini y su director, Romeo” (p. 22). Los autores aseguran que “al menos cuatro fuentes directas y documentos de la época confirman el rol que ocupó Simeoni”, pero que éste, al ser consultado por ellos, delegó la responsabilidad a Luis Saavedra, de quien se acota que “solía amenizar la prosa barroca de El Caudillo con textos pulidos sobre los vínculos entre religión y patria” (p. 22).

Otros miembros de la redacción mencionados son Natalio Antonio *Nino* Palazzo, Luis Cabré, Carlos Tórtora, Ricardo Ahe, José Antonio del Valle, todos vinculados a agrupaciones de la derecha peronista e incluso al *Ministerio del Pueblo* -como López Rega gustaba denominar a su cartera-. Tal es el caso de Gerez, que era “jefe de Relaciones Públicas del semanario y empleado de la Dirección Nacional de Recaudación Previsional, una dependencia directa del *Brujo*” (pp. 23-4).

¹⁰ Declaración de Paino ante la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados, 12 de febrero de 1976, en Revista Gente, mayo 1976. Fuente: www.magicasruinas.com.ar.

Por su parte, Feinmann (2011), define al staff de *El Caudillo* como “la criminalidad *lumpen*. Eran las bandas de los sindicatos, de la ralea policial, de los *chorros* resentidos que buscaban *laburo*, de todos los enfermos *matazurdos* que había en el país y hasta de unos cuantos militares que decidieron colaborar” (p. 649).

Más datos interesantes para nuestro trabajo aporta Irina Hauser (7 de enero de 2007) en un artículo publicado en el diario *Página 12*. Dice que:

...entre los 40 cuerpos que hoy tiene la causa [Triple A] hay recortes de las revistas *Puntal* y *El Caudillo*, a las que se describe claramente como los órganos de difusión de la organización terrorista que dirigía El Brujo desde el Ministerio de Bienestar Social (párr. 3).¹¹

Y agrega que en el organigrama sobre la Triple A que Paino le entregó a la Justicia se “incluía a *El Caudillo* y decía que su personal ‘estaba preparado para cumplir órdenes tendientes a que llevara a cabo actos de terrorismo’” (Hauser, 7 de enero de 2007: párr. 7)

También escribe la periodista que:

...en su dictamen [el entonces fiscal Aníbal] Ibarra dedicó varias páginas a la revista *El Caudillo*. ‘Era financiada por el ministro de Bienestar Social, José López Rega. Es más, en ninguna otra publicación de la época dicho ministerio realizaba semejante publicidad y con tanta exclusividad. Y esto no se hace con un periódico ideológicamente ajeno sino con uno propio’, señalaba Ibarra. Luego agregaba dos páginas con citas para explicar por qué era ‘delictivo mantener una publicación’ así. Una de sus consignas habituales era, ponía como ejemplo, ‘el mejor enemigo es el enemigo muerto’” (Hauser, 7 de enero de 2007: párr. 10).

En otro trabajo, Juan Luis Besoky y Alberto Moya (2012) se ocupan de analizar específicamente la sección de humor de la revista. Según sus propias palabras, se proponen “dar cuenta de las marcas discursivas de un medio que sumó las páginas de humor a un ideario político para contribuir a un proyecto de demolición de sus adversarios” (párr. 1).

Allí afirman:

¹¹*Puntal* se llamó una revista de efímera existencia que Romeo publicó en los meses que transcurrieron entre la primera y la segunda etapa de *El Caudillo*.

...un análisis de sus viñetas permite hallar continuos rasgos estéticos que contribuyeron a crear un estereotipo del militante de izquierda [...] La figura del Montonero fue representada con lentes de intelectual, grandes orejas, nariz aguilina y con distintivos como la estrella de David, la hoz y el martillo o la bandera estadounidense. Estos rasgos buscaban enfatizar la caracterización de los sectores de la Tendencia revolucionaria como intelectuales (por lo tanto, no trabajadores); marxistas (no peronistas; o sea, infiltrados); judíos (apátridas) y pro yanquis (agentes de la CIA).

Le sumarán algunos gestos y ropas de mujer para tildarlos de homosexuales y de drogadictos (Besoky y Moya, 2012: párrs. 6, 8 y 9).

Si bien el blanco principal de sus ataques eran los que luchaban por la patria “sucialista”, asimismo se llevaban su parte “figuras de la esfera pública como el ministro de Economía José Gelbard o el director de La Opinión, Jacobo Timerman” (Besoky y Moya, 2012: párr. 36), sobre quienes también se descargaba un arsenal de antisemitismo.

Los trabajos hasta aquí citados, que analizan -desde distintos ángulos y con mayor o menor profundidad- la revista *El Caudillo de la Tercera Posición*, sirven de punto de partida para nuestra investigación. Ya planteadas todas estas cuestiones referentes a los lineamientos ideológicos generales, la procedencia de los fondos que la financiaban, la composición de su equipo de redacción, podremos -luego de hacer algo similar respecto del semanario *El Descamisado*- encarar nuestro análisis que, a diferencia de los que retomamos aquí, no se propone hacer radiografiar a una u otra publicación sino ponerlas a dialogar entre sí para descubrir en ese diálogo lo que motiva esta investigación: qué dice cada cual cuando dice ser peronista, qué dice cuando dice Perón, cuando dice Pueblo.

Sobre *El Descamisado*

El Descamisado se publicó todos los martes, bajo el sello editorial Vepe S.A., desde el 22 de mayo de 1973 hasta el 2 de abril de 1974. Tenía una distribución de alcance nacional y una tirada que algunos autores ubican alrededor de los 50 mil ejemplares y otros la llevan arriba de los 100 mil.¹² Al igual que en *El Caudillo*, la única firma era la

¹² Giselle Nadra y Yamilé Nadra (2011) hablan de “una tirada de entre 100 mil y 150 mil ejemplares” (p. 17). En *Dar la vida...* se afirma que se solían distribuir alrededor de cien mil ejemplares y sólo en las ediciones inmediatamente posteriores a la Masacre de Ezeiza se llegaron a imprimir 150 mil (Micieli y Pelazas, 2012: 18). Lucía Ulanovsky (2012) baja considerablemente el número a entre 40 y 60 mil ejemplares (párr. 5), y las mismas cifras manejan Sigal y Verón (2003, p. 151). En entrevistas realizadas por Graciela Esquivada (2009),

de su director, al pie del editorial. También en este caso se trataba de un ex-tacuara, pero con distinta trayectoria. Dardo Cabo era hijo de Armando -un militante de la Resistencia devenido vanguardista-, con tan solo 25 años dirigió el Operativo Cóndor y luego fue jefe de la agrupación Descamisados, que a fines de 1972 se sumó a Montoneros.¹³ Murió asesinado por los militares en 1977.

Todas las notas editoriales que llevan firma llevan la suya, sin embargo, según se revela en *Dar la vida / Quitar la vida*, “en muchos casos las escribían Ricardo Grassi o Jorge Lewinger”. El mismo libro aporta algunos datos más sobre el staff, “que incluía al periodista desaparecido Enrique ‘Jarito’ Walker y Ricardo Roa, uno de los actuales editores del diario Clarín” y “sumó la creatividad de Héctor Germán Oesterheld, desde el número 10, quien componía una historieta sobre los ‘450 años de Guerra Contra el Imperialismo’, junto a Leopoldo Durañona” (Micieli y Pelazas, 2012, pp. 18-9). En un trabajo sobre fotoperiodismo, la licenciada en Ciencias de la Comunicación, Cora Gamarnik (2011), aporta que el equipo de fotógrafos provenía de una revista editada en 1971 bajo el nombre de *Diafragma*.

En sus páginas se encuentran unos pocos auspiciantes como Eudeba o el Ministerio de Economía de la provincia de Buenos Aires, aunque siempre fue vox *populi* que la revista era financiada por Montoneros. Sin embargo, Micieli y Pelazas (2012) sostienen al respecto que contó “con un aporte inicial de la organización guerrillera pero, luego, se cubrieron los costos con las ventas y la publicidad oficial” (p. 20).

Las investigadoras comienzan su descripción del semanario con un rastreo del nombre elegido por Montoneros para su publicación. Se descubre que en 1879 ya había existido un periódico con ese título que “no ahorra centímetros de papel para criticar el avance represivo del Gobierno” (Micieli y Pelazas, 2012: 17). Pero habría que esperar 76 años, hasta el 30 de noviembre de 1955, para que aparezca

Miguel Bonasso dice que *El Descamisado* “llegó a tirar 90.000 ejemplares semanales” (p. 117) y Fernando Vaca Narvaja habla de entre 60 y 70 mil (p. 251).

¹³El Operativo Cóndor se puso en marcha el 28 de septiembre de 1966, cuando dieciocho jóvenes -nacionalistas y/o peronistas- de entre 18 y 32 años secuestraron un avión de línea que iba en vuelo comercial de Buenos Aires a Río Gallegos, amenazaron con armas de fuego al piloto y lo obligaron a desviar el rumbo hacia las Islas Malvinas. Aterizaron en Puerto Stanley, sobre una pista de carreras de caballos ubicada detrás de la casa del gobernador inglés. El reclamo de soberanía duró casi dos días, se izaron siete banderas argentinas, se entonaron canciones patrias y se rebautizó el lugar como Puerto Rivero –en homenaje al mítico gaucho malvinense-. Rodeados por la policía local y civiles armados y sin el apoyo del ejército argentino que pretendían obtener, los jóvenes depusieron las armas. Fueron entregados a la justicia argentina, que estableció penas de tres años de prisión para Cabo, Alejandro Giovenco –subjefe de este operativo y referente de la derecha CNU en los 70- y Juan Carlos Rodríguez, y nueve meses para los demás integrantes del comando. Fuente: Adrián Figueroa Díaz (27 de septiembre de 2006).

nuevamente una publicación llamada *El Descamisado*, ya enmarcada en la Resistencia Peronista.

Como si estas dos iniciativas hubieran sembrado el suelo fértil de la militancia revolucionaria, Montoneros decidió sacar una revista que se constituyera en órgano de difusión, discusión y formación de cuadros bajo el nombre que nos ocupa en este trabajo (Micieli y Pelazas, 2012: 18).¹⁴

Se revela también que, según un reportaje realizado a Ricardo Grassi, “el proyecto fue impulsado por la JP y Montoneros”, pero “los responsables provenían de Descamisados”. “La aclaración no es menor –enfatan las autoras- porque la concepción política de este sector se diferenciaba de la de Montoneros, con objeciones al foquismo o al excesivo militarismo de la conducción” (Micieli y Pelazas, 2012: 20).

En contraposición a esto, Horacio Verbitsky, entrevistado por Graciela Esquivada (2009) para su libro *Noticias de los montoneros*, sostiene:

Noticias y El Descamisado son dos formas opuestas de resolver el conflicto entre hacer periodismo y bajar línea. *El Descamisado* era la resolución disciplinaria, en la cual se seguía a rajatabla a la conducción política; los cuadros que ejecutaban eso no son intelectuales o, si lo son, se subordinaban sin crítica y producían esa revista vergonzosa, realmente infecta (p. 31).

El testimonio de Roberto Cirilo Perdía, publicado en el mismo libro, coincide en lo esencial con el de Verbitsky, aunque expresa otra mirada sobre la cuestión. Define a *El Descamisado* como:

...una alternativa al tradicional boletín interno del partido revolucionario: dijimos ‘Vamos a hacer una revista semanal que se venda en los quioscos, que la pueda comprar cualquier compañero a quien le interese, en Jujuy o en Tierra del Fuego’. Eso nos permitía una voz que se construía por las estructuras orgánicas y se distribuía en 60.000,

¹⁴ A comienzos de 2008 surgió una nueva versión de *El Descamisado* que continúa vigente a fines de 2013. Se consigue en papel y también puede leerse en Internet. Desde su “¿Quiénes somos?” se presenta como continuadora de las tres experiencias previas. Vinculada al Movimiento Peronista Auténtico se ubica a la izquierda del kirchnerismo y se presenta como “un intento más por hacer honor desde la ética a la estética de una identidad popular... Una trinchera contra el desmontaje de la ‘ética militante’. Una visión de la realidad que se propone mostrar al desnudo ese vacío profundo e inocultable de la cultura política argentina; que a diario se rellena vulgarmente mediante la impostura de una retórica impotente e impostora, bajo el piadoso manto de la ‘ética de la responsabilidad’”. Ver www.eldescamisado.org

70.000 ejemplares. Y si los compañeros de Santa Rosa, La Pampa, no estaban de acuerdo con tal decisión, ¡no la podían boicotear! La decisión se había acordado y le llegaba al militante por *El Descamisado*; si alguien decía 'No', le mostraban: 'Acá dicen que sí'" (Esquivada, 2009: 151-2).

Confirmando las apreciaciones de Perdía, nuestro entrevistado, desde la óptica de un militante de base recuerda su relación con el semanario en estos términos:

A *El Descamisado* yo lo compraba en el Kiosco, era como comprar la Hortensia, la revista de Córdoba, de humor, eran parte de la vida cotidiana. Y *El Descamisado* era un mensaje para todo el país, nos unía políticamente, tenía el mensaje unificador para todo el país. Gracias a *El Descamisado*, vos tenías una idea cabal de lo que hacía y lo que iba a hacer *la orga* y las fuerzas de la Juventud Peronista en todos lados. Era un compendio de actualización política permanente (ver anexo, p. 104).

Giselle Nadra y Yamilé Nadra (2011) también se ocupan de analizar este semanario. La propuesta en este caso es responder:

...un interrogante esencial para entender el 'fenómeno Montoneros': la organización ¿realmente tenía una ideología definida? Y en caso afirmativo, ¿cuál era? Este libro surge de la necesidad de responder a estas preguntas: de establecer qué elementos político-ideológicos transmitía, o pretendía transmitir Montoneros; tanto hacia su interior como hacia el resto de la sociedad. Nuestra herramienta para esta tarea es un análisis detenido de *El Descamisado* (p. 21).

Luego de realizar un extenso recorrido por las páginas del semanario, las hermanas Nadra (2011) descubren en él dos objetivos principales: la "bajada de línea" política, para lo cual "se recurre a un estilo coloquial y descuidado con respecto al lenguaje, la ortografía y la gramática" (p. 138); y la intención de:

...aportar al debate sobre la lucha interna en el peronismo y, más adelante, participar de lleno en esa lucha a través de la palabra y los intentos de organizar movilizaciones. En este marco encajan el estilo agitador y [...] el tono imperativo de muchas notas (p. 139).

Otra conclusión que se obtiene de ese análisis es que *El Descamisado* expresó los ejes ideológicos de Montoneros en "la medida mínima necesaria para las declaraciones y las consignas; carente de completitud y profundización, y muchas

veces evidenciando posiciones ingenuas ante el desarrollo de la trama política” (Nadra G. y Nadra Y., 2011: 140).

Finalmente, las autoras dan respuesta a la pregunta central de su investigación, atribuyendo a Montoneros una:

...ideología en sentido débil: una amalgama de varios fragmentos de ideologías, pertenecientes a etapas históricas, o a naciones con procesos más avanzados de evolución política [...] la gran pasión y el innegable compromiso de la mayoría de los militantes montoneros con una causa basada en una ideología débil les impidió advertir a tiempo el comienzo de su fragmentación y pérdida de cohesión, haciéndolos blancos fáciles de la expresión represiva de fuerzas económico-sociales y políticas que tenían una ideología claramente opuesta, pero también claramente definida (Nadra G. y Nadra Y., 2011: 141-2).

Si bien coincidimos en que los fundamentos ideológicos de Montoneros no eran demasiado sólidos, no nos parece, sin embargo, que eso les haya impedido “advertir a tiempo el comienzo de su fragmentación”; sin ir más lejos, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) ostentaba una ideología bien definida y su suerte no fue muy diferente. Pero nuestro punto de discrepancia esencial con este planteo pasa por el hecho de definir a la ideología del enemigo como “claramente opuesta, pero también claramente definida”. Si la ideología de Montoneros era una amalgama de fragmentos, difícilmente puede la del enemigo ser claramente opuesta en sus lineamientos, punto por punto, y a la vez ser claramente definida. Si es totalmente opuesta, cada uno de sus fragmentos debe ser la contracara de los fragmentos de la otra y, por lo tanto, será igualmente confusa. Consideramos, además, que las “fuerzas económico-sociales y políticas” que aniquilaron el accionar subversivo no constituían un cuerpo homogéneo y por ende también hubo diversidad ideológica en su composición.

Las explicaciones de la derrota, o al menos las de su celeridad, no habría que buscarlas en las deficiencias del edificio ideológico de Montoneros sino más bien, como lo hacen José P. Feinmann (2011) y Pilar Calveiro (2013), en la sobrevaloración, por parte de todas las organizaciones de izquierda, del peso específico de la violencia sobre el de la política. Volveremos sobre el tema en el próximo capítulo.

Otra autora que indaga en las páginas de *El Descamisado* es Daniela Slipak (2011). Su trabajo aborda el tema desde una mirada bastante cercana a la nuestra, en tanto se pone el foco sobre la cuestión de la identidad, qué es lo uno y qué es lo otro, cómo se traza esa línea que al definir un contorno define inevitablemente los otros, sobre los cuales se recorta. Aunque, nuestro trabajo se fija puntualmente en el contorno que

separa y a la vez une a la Tendencia y a la Ortodoxia peronistas, mientras que Slipak (2011) abarca también otras relaciones que definen a Montoneros. La autora se embarca en un análisis sobre:

...las formas de la alteridad que la organización político-militar argentina Montoneros instituyó durante la década del setenta. Específicamente, se indagará cómo las revistas de mayor tirada y circulación de la organización, a saber, *El Descamisado*, *El Peronista* y *La Causa Peronista*, establecieron límites a partir de los cuales homogeneizar su espacio de pertenencia (p. 93).

De todas maneras, Slipak (2011) no deja de hacer hincapié en que en la revista además de los adversarios históricos del peronismo, tales como el imperialismo y la oligarquía, “de manera superpuesta, se aludía a un actor que se rotulaba como *interno* al Movimiento Peronista aunque era ubicado por fuera de los límites del espacio comunitario sostenido en la publicación: la ‘burocracia sindical’” (p. 98). *El Descamisado* realizaba así, “un desplazamiento de las fronteras identitarias en aras de excluir de su campo de pertenencia a la mayor parte del sindicalismo, paradigmáticamente, la CGT y las 62 Organizaciones” (p. 98).

Respecto a los sucesivos desaires que Perón propinaba a la Tendencia desde su regreso definitivo, Slipak (2011) remarca que “la publicación atribuyó siempre a la burocracia sindical la responsabilidad por las acciones del líder”. Lo cual se enmarca en la estrategia de no confrontar directamente con él. “Cierto es –continúa la autora– que se le realizaron cuestionamientos, pero nunca se tradujeron en el abandono de su nombre, en la negación de dicho significante para la constitución de la trama identitaria” (p. 100).

Poco después se agrega que también López Rega e Isabel eran “representantes de la mediación que impedía la expresión del Perón que la revista había proyectado durante su exilio, provocando que, de alguna manera, aunque físicamente presente, éste permaneciera todavía ausente” (Slipak, 2011: 101).

Aporta Slipak (2011), además, que el retorno definitivo de Perón al país “no había frenado su desdoblamiento [...] se desenvolvía una disputa por la definición del peronismo, por la construcción de su legado, y esta querella podía ejercerse, incluso, contra lo que pronunciara el propio Perón” (pp. 109-10). Sin embargo, la revista jamás renuncia a “invocar al significante Perón para componer su espacio de pertenencia” y a esta postura la autora la define a la vez como “ciega obstinación” y “cálculo estratégico” (pp. 110-1). Y se pregunta:

Si la *persona* del pueblo, en el sentido hobbesiano, había surgido junto a Perón, ¿habría oportunidad de escindirla de este último? Esto es, ¿existía el pueblo *per se*, sin Perón? ¿Podría figurarse la unidad de éste sin remitirse a su líder? (p. 111).

Lo que va deducir Slipak (2011) es que para salir de esta encrucijada la organización Montoneros no intentaría desplazar al líder de su lugar de tal sino ubicarse ella en el lugar de pueblo (p. 112).

Hacia el final del ensayo se apela a una extensa cita de Carlos Altamirano -que habla sobre la *máscara política*, a la que atribuye el poder de transformar a quien se la coloca en aquello que la máscara representa-, para agregar Slipak (2011) que:

...el uso de esta máscara no sólo configura a los sujetos que la utilizan vinculándolos a determinada red de sentido, sino que implica, también, la transformación de la máscara misma. Su apropiación no puede dejar de ser, al mismo tiempo, una reinención. Por ello, independientemente de las expresiones que circulaban en esa época, en rigor de verdad, no había representantes 'ortodoxos' o 'heterodoxos', dado que la tradición no existía por sí misma, sino sólo en tanto era construida por quienes se apropiaran de ésta (p. 113).¹⁵

En otro trabajo, la misma Daniela Slipak (2012) vuelve a transitar las páginas de *El Descamisado* pero esta vez para descubrir cómo se construye en ellas el origen de Montoneros.

Se parte de la idea expuesta por Sigal y Verón (2003) de que:

...el recurso a partir del cual la Juventud legitimaba su posición en la dinámica política consistía en una inversión del modelo de la llegada: en lugar de haber arribado desde un exterior como Perón, la Juventud habría estado acompañando las luchas del pueblo durante toda la historia del país. Y, en ese sentido, en tanto su presencia era eterna, en tanto no se identificaba un origen en la agrupación, se anulaba la necesidad de justificar su existencia (Slipak, 2012: 49-50).

¹⁵ Feinmann (2011) también se refiere a este juego de máscaras: "La izquierda peronista se puso la máscara peronista. Perón se puso la máscara socialista. Así, mintiéndose, se entendieron. Luego, llegó el momento de sacarse esas máscaras. Y el rostro que apareció fue el de la muerte". José Pablo Feinmann, ob. cit., Tomo 1, p. 46.

No obstante la negación a establecer el origen de Montoneros en un hecho fundante como el “ajusticiamiento” de Aramburu y la pretensión de ligarse a la experiencia de las montoneras del siglo XIX, Slipak (2012) entiende que:

...el espacio de pertenencia que intentaba sostener la revista no establecía un relato lineal que ocultaba la instancia originaria, como afirmaban Sigal y Verón; volvía al pasado para instituir un punto de quiebre, un desnivel marcado por el encuentro entre el líder y su pueblo (pp. 57-8).

El recorrido por los párrafos de la revista lleva a la autora a identificar dos atributos fundamentales en el concepto de *pueblo* que allí se construye: su ligazón inmediata a Perón y, como consecuencia de esto, su dignidad y felicidad. Pero además, encuentra que “el pueblo es descrito como un sujeto que no sólo cumple la función de acompañar a un líder sino que asume un rol fundamental, a saber: ser el ‘motor de la historia’, y, de este modo, ‘rebasar a los conductores’” (Slipak, 2012: 59). Entonces se produce, por un lado, un “deslizamiento respecto del revisionismo histórico”, que le otorga a los caudillos una relevancia muy superior a la de las montoneras; y, por otro, al pivotar sobre el 55 tanto como sobre el 45 para construir los hitos fundantes de la organización, se subraya “la naturaleza combativa del pueblo, sujeto ahora resistente, dispuesto a recobrar su paraíso arrebatado” (Slipak, 2012: 60-1).

Así —completa la autora—, se buscaba dibujar un relato retrospectivo que permitiera realizar dos operaciones: por un lado, mostrar la esencia combativa del pueblo, de sus mártires y héroes; y, por el otro, establecer como responsable último de las elecciones de marzo de 1973, y de la vuelta de Perón, a ese sujeto combativo y, en definitiva, a su heredero, la agrupación Montoneros (Slipak, 2012: 63).

Y la conclusión a la que arriba Slipak (2012) al final de su recorrido es que:

...el ordenamiento de dicho relato [el de los orígenes de Montoneros según *El Descamisado*] se articulaba sobre la base de dos desniveles, dos rupturas: la primera se situaba en el momento de imbricación entre Perón y el pueblo, que daba nacimiento a una etapa de bienestar y de plenitud; podríamos decir, a una edad de oro. La presencia de Perón aparecía allí asociada a un pueblo feliz y digno. La segunda, por el contrario, partía de una frustración, de una falta, de un rompimiento de aquello que había coqueteado con ser un vínculo inmediato e indivisible: la relación entre Perón y el pueblo. La ausencia del líder, entonces, asignaba a este último una tintura resistente, combativa (...) Perón presente y ausente. Pueblo feliz y combativo. Edad de oro y

frustración del todo comunitario. Entre estas tensiones se dirimiría la trama construida por el semanario (pp. 64-5).

Desde un enfoque orientado a la propuesta estética, Lucía Ulanovsky (2012), en *Las operaciones editoriales de una publicación militante*, destaca las siguientes características de *El Descamisado*:

El diseño del semanario era ágil, de tamaño tabloide, recurría a las tintas de color y al uso de diferentes tipografías. Las tapas eran de colores vivos como el rojo, naranja, celeste, fucsia, entre otros tonos, y muchas veces se hacían a base de distintas tipografías sin imágenes. El color de la tapa se mantenía siempre en las páginas internas, lo que además de una elección editorial, era un modo de facilitar la impresión dada la tecnología existente. Los grandes titulares contrastaban con el fondo, por ejemplo, blancos si la página era negra (párr. 13).

Ulanovsky (2012) se acerca a estudiar *El Descamisado* por el lado de la retórica de la imagen. Anteriormente había analizado la revista Siete Días, sosteniendo la hipótesis de que utilizaba recursos importados de publicaciones como Life y Paris Match. “Tiempo después –relata-, me llamó la atención que la serie de procedimientos definidos para dar cuenta de esa retórica (simbolización, intericonicidad y ficcionalización, entre otros) también aparecían en una publicación militante: *El Descamisado* (1973)” (párr. 2).¹⁶

La autora califica de “híbrida” a la propuesta de *El Descamisado*:

¹⁶ Las definiciones de los procedimientos mencionados figuran en Ulanovsky (2011). Allí se lee: La **simbolización** es el proceso por el cual una imagen posee una representación que se asocia fácilmente con un contenido representado que ya es conocido en un contexto, aunque dependa del lector interpretarla o no. Por ejemplo, el tópico reiterado del joven desarmado a la intemperie atacando con piedras a las fuerzas represoras armadas y parapetadas, nos remite al contenido del débil contra el más fuerte y la aparente dificultad de vencer (párr. 7).

La **intericonicidad** permite relacionar una representación con otras representaciones; una imagen con otras imágenes, sean o no fotográficas. La capacidad en reconocerlas nace del hecho que generalmente son representaciones que tenemos incorporadas como familiares dentro del contexto cultural al que pertenecemos. Esa misma imagen del joven arrojando una piedra producida durante el Cordobazo nos remite al Mayo francés. Una fotografía de una hoguera en una calle cordobesa desierta nos remite a una imagen de una rebelión de estudiantes en las calles parisinas (párr. 8).

La **ficcionalización** es un recurso al que acuden los fotógrafos principalmente cuando no han podido captar de forma directa los hechos. La ficcionalización y el alcance de la dimensión simbólica se pueden, también, lograr en la compaginación mediante el tamaño o recorte de la foto, el orden secuencial, etc. La **construcción de la secuencia** como base del relato es común en el periodismo visual y puede ser considerada como un recurso más, puesto en marcha en la toma de la fotografía o en la compaginación (párr. 9).

...en lo que hace a la diagramación y a la abundancia de material fotográfico, muy próxima al periodismo sensacionalista representado en los años sesenta por la revista masiva *Así*, al mismo tiempo que utiliza recursos visuales de intericonicidad y otros tópicos recurrentes en el cine militante (niños pobres, viejitos campesinos, manifestaciones populares) (Ulanovsky, 2012: párr 11).

El lugar que ocupaba la fotografía en el semanario era preponderante, por eso reviste importancia analizar este aspecto de la publicación no muy explorado. En este sentido, Ulanovsky (2012) señala que “la relación texto e imagen respondía a operaciones muy pensadas y daba como resultado páginas con un acentuado contenido político” (párr. 15). También destaca que “la ironía, la hipérbole, la metáfora eran recursos empleados por el semanario con mucha destreza y conciencia” (párr. 17).

Para tomar dimensión de la importancia que se le daba a la fotografía en *El Descamisado*, tomamos un pasaje de un trabajo de Cora Gamarnik (2011) que no se ocupa específicamente de este semanario sino que lo menciona para señalar el destacado papel que tuvo en el desarrollo del fotoperiodismo en nuestro país. Dice la autora:

Vinculadas a organizaciones de la izquierda revolucionaria, en particular a Montoneros, surgieron en el país publicaciones militantes que, en medio del contexto político que se vivía, sumado a las innovaciones técnicas, produjeron cambios cualitativos en la fotografía de prensa en Argentina. Se destacaron especialmente, en este sentido, el diario *Noticias* y las revistas *El Descamisado* y *La Causa Peronista*. Estos nuevos medios alentaron y permitieron la llegada a la fotografía periodística de una nueva camada de profesionales, que en su doble rol de militantes y reporteros, dieron como resultado una fotografía de nuevo tipo (p. 6).

Aquí termina el recorrido por los trabajos que han abordado de una u otra manera nuestro tema. Una primera diferencia que puede establecerse entre la presente investigación y los textos recorridos en este apartado es que muchos de ellos se ocupan brevemente de las revistas que componen nuestro corpus de análisis, como pequeños fragmentos de investigaciones más amplias sobre peronismo. Otros de los textos que citamos abordan particularmente alguno de los dos semanarios y, en ocasiones, sólo alguna sección o aspecto puntual.

Esta investigación, en cambio, se propone realizar un análisis *comparativo* entre *El Descamisado* y *El Caudillo*, lo cual la distingue de aquellos trabajos que se ocupan de

analizar, por separado, una u otra de las dos publicaciones. Justificamos nuestra elección en base a lo que refiere Eliseo Verón (1971) sobre el *análisis de Corpus*:

...las estructuras de la comunicación no pueden determinarse sino por diferencia: las características de un mensaje se ponen de manifiesto cuando lo comparamos con otros mensajes, reales o posibles, y este es el único camino para reconstruir las operaciones mediante las cuales los distintos mensajes han sido contruidos [...entonces] el análisis se moverá en el interior de los dos conjuntos de mensajes [...] a la búsqueda de diferencias que manifiesten las dos dimensiones básicas: combinatoria y selección (p. 10).

Respecto a la investigación coordinada por Cristina Micieli y Myriam Pelazas (2012), *Dar la vida / quitar la vida. El peronismo en los años 70 a través de las publicaciones El Descamisado y El Caudillo*, a pesar de la similitud de la temática y del corpus que se analiza, hay una diferencia sustancial en cuanto al enfoque. En *Dar la vida...* la propuesta es “analizar los sucesos políticos que sacudieron al país entre los años 1973 y 1976, a través de dos publicaciones –El Descamisado y El Caudillo- que se disputaban la ‘veracidad’ de su filiación peronista” (p. 11). A lo largo del libro se utilizan las publicaciones como *documentos* con el propósito de realizar una lectura de los hechos históricos apuntando principalmente a la cuestión de la violencia política, tomando como eje del análisis los conceptos de *nuda vida* de Espósito y *estado excepción* de Agamben. Mientras que en este trabajo realizamos un análisis comparativo entre las publicaciones, aspirando a descubrir cómo cada grupo configura su discurso, mediante qué mecanismos se construyen discursos antagónicos a partir de la utilización de los mismos significantes, haciendo especial hincapié en la pareja conceptual *traición/lealtad*. No queremos ver *a través* de las publicaciones sino *en* ellas con qué herramientas discursivas justificaba cada cual su opción por un mismo movimiento político, si el orden social que anhelaban alcanzar no era el mismo, si las *patrias* por las que luchaban eran incompatibles. Por este motivo, nuestro acercamiento al objeto es desde las teorías que, partiendo de una noción amplia de *discurso*, elaboran Ernesto Laclau, por un lado, y Eliseo Verón, por otro.

Trayectorias previas de los actores en disputa

Eliseo Verón (1971) afirma que “en un mensaje el contenido no es lo único que ‘significa’ [...] La información transmitida no es [...] una propiedad intrínseca del mensaje individual, sino que depende del conjunto del cual proviene” (p. 8). Para tener una noción del conjunto del cual provienen los mensajes que se analizan en este trabajo, se reconstruyen aquí las trayectorias de los actores sociales que participan como productores o destinatarios de las revistas que componen el corpus, intentando definir de qué hablamos cuando decimos *derecha* o *izquierda* peronistas. Esta contextualización histórica, aunque pueda parecer demasiado extensa o divergente para los fines que aquí se persiguen, resulta, sin embargo, necesaria e incluso inevitable para acceder a tal propósito.

Comprender, aunque sea acotadamente -y desde un enfoque discursivo- la violenta fractura que se dio en el peronismo durante los *años de plomo*, reclama el intento de inmiscuirse en los sinuosos pliegues de este “gigante invertebrado y miope”, tal como definiera John William Cooke al Movimiento.

Se considera que este recorrido despejará algunas dudas iniciales y esenciales, aquellas que generan perplejidad ante el primer acercamiento al peronismo de los 70, que lo tornan incomprensible y casi inverosímil. Veremos que al cabo de andar un poco por algunos trazos de su historia, ciertos velos se corren y si no alcanzamos a comprender la totalidad y profundidad del fenómeno, al menos obtenemos las herramientas para pensarlo.

La Siniestra

***Aramburazo* o la irrupción de Montoneros**

Montoneros se presenta en sociedad el 29 de mayo de 1970 a través de un comunicado en el que declara haber detenido al retirado Teniente General Pedro Eugenio Aramburu para someterlo a “Juicio Revolucionario”, bajo los cargos de “traidor a la patria y al pueblo y asesinato en persona de veintisiete argentinos”. Además se señala que “actualmente Aramburu significa una carta del régimen que pretende

reponerlo en el poder para tratar de burlar una vez más al pueblo con una falsa democracia y legalizar la entrega de nuestra patria”.¹⁷

Tres días después, en su 4º comunicado, la organización informa que el ex-presidente de facto fue ejecutado. El caso toma trascendencia nacional desde el mediodía de aquel viernes 29, cuando la noticia comienza a circular por radio y televisión. La organización es completamente desconocida y las versiones sobre ella y los móviles de su acción comienzan a proliferar.

El 1º de julio, cuando la incertidumbre sobre el caso Aramburu reinaba no sólo sobre la opinión pública sino también sobre los investigadores, Montoneros realiza su segunda operación. Esta vez en La Calera, pequeña localidad cordobesa lindante a la capital provincial, adonde a las 7 de la mañana ingresaron 25 guerrilleros divididos en 4 comandos y tomaron la comisaría, la municipalidad, la central telefónica, el correo y la sucursal del Banco de Córdoba. El operativo se extendió por alrededor de una hora durante la cual los guerrilleros se aprovisionaron de armas, dinero y documentos, pintaron las paredes con el nombre de la organización y la proclama “Perón o muerte” e hicieron sonar la marcha peronista a través de altoparlantes. Durante la huida, la policía logró herir y capturar a dos de los montoneros, a quienes les extrajeron información sobre el paradero de los jefes del operativo. Estos se encontraban en una casa del barrio Los Naranjos, de Córdoba Capital, y luego de un intenso tiroteo cayeron detenidos. Se trataba de Emilio Maza, Ignacio Vélez, Cristina Liprandi de Vélez y Carlos Soratti. En esa casa se halló, entre otros, un documento en el que una tal Norma Arrostito autorizaba a Emilio Maza a conducir su Renault 4. Las pericias arrojaron como resultado que esa autorización había sido redactada con la misma máquina de escribir con que se tipearon los comunicados sobre el secuestro y muerte de Aramburu. Este dato funcionó como la punta del ovillo que permitiría descubrir quiénes habían protagonizado el hecho que sacudió al país un mes antes.

El 6 de junio cae detenido Carlos Maguid, cuñado de Arrostito y también parte del grupo que realizó el secuestro. El 8 de junio, producto de las heridas sufridas en el tiroteo de Los Naranjos, muere Maza y es reconocido por la esposa de Aramburu como uno de los dos hombres que habían visitado su departamento la mañana del secuestro. Ese mismo día resulta detenido el Cura terciarista Alberto Carbone, quien tenía en su poder la delatora máquina de escribir.

A partir de esta serie de aciertos, los investigadores logran identificar a los responsables del secuestro y el 16 de julio hallan el cadáver de Aramburu en la estancia La Celma, en la localidad de Timote, provincia de Buenos Aires, propiedad de

¹⁷ Montoneros, Comunicado N°1, en Feinmann (2011, t.1, p. 500).

la familia Ramus. Por esos días las principales ciudades del país amanecen empapeladas con afiches que dicen: “Se requiere la captura de: Carlos Gustavo Ramus, Mario Eduardo Firmenich, Esther Norma Arrostito, Fernando Luis Abal Medina, Carlos Raúl Capuano Martínez”. Cada nombre estaba acompañado de una fotografía del rostro del mencionado y algunos datos más como su alias, ocupación, nacionalidad, características físicas y edad. Todos eran jóvenes de entre 20 y 30 años.

Orígenes y gestación

Para dar con los orígenes de Montoneros hay que remontarse por lo menos a 1968, dos años antes de que se concrete su estruendosa aparición pública. Según el historiador inglés Richard Gillespie (1998 [1982]), autor de *Soldados de Perón. Los Montoneros*, la mayoría de los miembros de esta organización provenían de agrupaciones nacionalistas, católicas y anticomunistas como Tacuara, Acción Católica (AC) o el Movimiento la Nueva Argentina (pp. 74-5). Hay que tener en cuenta, sin embargo, que en América Latina el catolicismo ya contaba con sectores que abrazaban la “opción por los pobres” incluso antes del Concilio Vaticano II (1962-65) y se definieron políticamente en 1967 al crearse el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM).

En 1964 Fernando Abal Medina, Carlos Ramus y Mario Firmenich cursaban el secundario en el Colegio Nacional de Buenos Aires y participaban de la Juventud Estudiantil Católica (JEC), rama de la AC, donde predicaba el Padre Carlos Mugica, con quien forjaron una estrecha relación. Para 1967 los tres jóvenes estaban convencidos de que el uso de la violencia como medio de transformación social era no sólo aceptable sino necesario, entonces se separaron de la grey de Mugica, pasaron a la clandestinidad y se juntaron con Juan García Elorrio en el Comando Camilo Torres, que fusionaba peronismo, socialismo y lucha armada.

También Emilio Ángel Maza –estudiante de medicina en la Universidad Nacional de Córdoba y líder de la juventud integrista-, José Sabino Navarro, Jorge Gustavo Rossi – ambos miembros de la Juventud Obrera Católica- y Carlos Capuano Martínez – militante de la JEC-, fueron de los pioneros de Montoneros formados políticamente en el catolicismo. Muchos compartían, según asevera Gillespie (1998), un sentimiento de culpabilidad por pertenecer a familias antiperonistas y “se integraron al Movimiento con un celo propio de pecadores arrepentidos” (p. 85). Esta afirmación es ilustrativa de la manera más difundida de describir la composición de esta organización. Horacio Maceyra (1983), por ejemplo, escribe: “Muchos hijos de fervorosos antiperonistas que

en el 55 habían vivido a la ‘libertadora’ formaban ahora parte de las multitudes lanzadas a las calles a festejar el triunfo electoral de marzo del 73” (p. 28).

No obstante, abundan historias como la del militante montonero entrevistado para este trabajo, que difieren de esta caracterización:

Mi papá trabajaba en Transporte Automotor Cuyo (TAC), en la parte mecánica, y siempre fue peronista. Había migrado del interior de San Luis a la ciudad, había enganchado laburo, había podido estudiar, terminar la secundaria. Para él era como haberse recibido de doctor, como ser premio Nobel, y hace su casa en el barrio Evita. Yo me crío en ese ambiente, para mí era un orgullo decir que había nacido en el barrio Evita (ver anexo, p. 102).

Sobre la combinación de socialismo y peronismo que caracterizaba a la JP, Gillespie (1998) anota que “los Montoneros eran todo lo izquierdistas que les permitía el peronismo, y viceversa” (p. 99).¹⁸ Entonces surgía la pregunta ¿Cómo hacer coincidir al socialismo con los postulados tradicionales del peronismo? Los montoneros sostenían que *socialismo nacional* era un concepto equivalente al de *justicialismo*, que la síntesis de la independencia económica, la soberanía política y la justicia social no era otra cosa que el socialismo nacional.

Así lo deja en claro Dardo Cabo, cuando escribe para *El Descamisado* (Nº 35) una nota titulada “Cuba: cómo es el socialismo nacional”. Sobre la última de las seis páginas que ocupa “la carta” que el director del semanario envía desde la isla para “los compañeros”, se lee:

Y ese pueblo nuestro está en ese camino. Quiere una nación justa, sin ricos que vivan del pobre; económicamente libre, sin monopolios que la ahoguen; y políticamente soberana, sin imperios tutores. Y así se ha expresado todo el tiempo nuestro pueblo peronista [...] que como peronista levanta la bandera de la patria socialista (p. 21).

Lucas Lanusse (2010), en contraposición al relato de Gillespie (1998), desestima el peso que pudieran haber tenido el nacionalismo de derecha y el anticomunismo en los orígenes de los montoneros y señala, en cambio, que es el catolicismo revolucionario el componente esencial de la gestación de Montoneros. Maceyra (1983), por su parte, tampoco menciona al anticomunismo como elemento destacado entre la procedencia ideológica de los grupos de la izquierda peronista y subraya que además de aquellos

¹⁸En palabras de Feinmann (2011), la cuestión se plantea de otro modo: “la izquierda peronista fue todo lo peronista que pudo ser. Y Perón fue todo lo socialista que le pareció necesario” (t. 1, p. 630).

que venían “del nacionalismo católico como del socialcristianismo y de la izquierda. También los había –y en gran cantidad- que hacían sus primeras experiencias políticas” (p. 47).

Otra crítica que Lanusse (2010) hace del texto de Gillespie (1998) es su reproducción acrítica del “mito de los 12 fundadores”, que sostiene que al momento de su primera acción la organización guerrillera contaba con apenas una docena de miembros. Con el afán de indagar más allá de las páginas de *Soldados de Perón*, el sobrino-nieto Alejandro Agustín Lanusse se lanza a reconstruir los orígenes de Montoneros y concluye que fueron seis grupos los que terminan por confluir en la organización: Lealtad y Lucha –luego Peronismo de Base- y el grupo de Emilio Maza, en Córdoba; el Ateneo y el grupo Reconquista, en Santa Fe; el grupo de Sabino Navarro y el comando Camilo Torres, en Buenos Aires.

También destaca Lanusse (2010) al Primer Congreso del Peronismo Revolucionario, realizado en agosto de 1968 en la sede del Sindicato de Farmacia de Buenos Aires y al Plenario Nacional del Peronismo, reunido en Pajas Blanca, Córdoba, en enero de 1969, como dos encuentros fundamentales para que se vayan entrelazando las distintas experiencias que derivaron en la conformación de Montoneros.

Así queda delineado el mapa de agrupaciones católicas, estudiantiles y, en menor medida, sindicales que fueron surgiendo durante la segunda mitad de la década del sesenta y que hacia fines de ese decenio radicalizaron sus posiciones políticas y decidieron tomar las armas para luchar contra la dictadura militar, por el regreso de Perón y, en la mayoría de los casos, también por una revolución socialista.

Esta sucinta caracterización de los elementos que conformaron la Juventud Peronista de 1973/74, ayuda a contextualizar a las publicaciones que componen el corpus de esta investigación, para aproximarnos a una época que daba vida a esas páginas que hoy se añejan en las hemerotecas o se recuperan como *ruinas digitales*. Leer hoy *El Descamisado* o *El Caudillo* reclama la reconstrucción de su tiempo, implica pensar en las organizaciones a las que estas revistas respondían, en los periodistas militantes que trabajaban en sus redacciones, convoca a imaginar al joven que se acerca al kiosco y pide por una o pide por la otra.

El camino a la masividad

Existe consenso respecto al imprescindible papel que cumplieron las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) en la supervivencia de los montoneros luego del

Aramburazo y la toma de La Calera (Feinmann, 2011; Gillespie, 1998; Lanusse, 2010). Mientras la Policía los buscaba intensamente por todo el país, la mayoría de ellos estaban escondidos en “casas seguras” de las FAP en Buenos Aires.

Por esos días, la simpatía popular que despertaba Montoneros iba en franco ascenso pero sus posibilidades de acción eran prácticamente nulas, aparte del asalto a un banco en Laguna Larga, Córdoba, no se conoce otra operación realizada por la organización después de La Calera y hasta el 1º de septiembre. Ese día, un comando dirigido por Fernando Abal Medina y Carlos Ramus atacó el Banco de Galicia y Buenos Aires en Ramos Mejía, alzándose con 36 mil dólares. Este tipo de acciones eran frecuentes entre las organizaciones guerrilleras, que de tal modo obtenían el grueso de los recursos necesarios para su funcionamiento.

No había pasado siquiera una semana desde aquel atraco en Ramos Mejía cuando los mismos dos líderes se reunieron con otros tres compañeros en la pizzería La Rueda, en William Morris, provincia de Buenos Aires. Nadie logra explicarse por qué, siendo las personas más buscadas del país decidieron reunirse en un lugar público. Las consecuencias de tamaña imprudencia fueron muy graves para la organización. Alertada por el dueño del lugar arribó la policía y, a pesar de que en un primer momento lograron engañarla, rápidamente se produjo el enfrentamiento que dejó como saldo las muertes de Abal Medina y Ramus y la detención de Luis Rodeiro. Los otros dos asistentes a la reunión, José Sabino Navarro y Carlos Capuano Martínez, lograron huir. Tres cabos de la policía resultaron heridos. A raíz de este acontecimiento el 7 de septiembre fue bautizado como *el día del montonero*.

Los funerales de los combatientes caídos en La Rueda fueron una significativa muestra del apoyo con el que ya contaba la organización por parte de importantes sectores del peronismo. Los curas Carlos Mugica y Hernán Benítez oficiaron en los funerales de Ramus y Abal Medina y el propio Perón envió una corona de flores.

Durante el resto del año los montoneros priorizaron la difusión de sus ideas políticas publicando documentos y concediendo entrevistas, aunque también realizaron algunos operativos, la mayoría en Córdoba y principalmente con el objetivo de conseguir recursos.

Luego de las muertes de Abal Medina y Ramus la conducción de la organización quedó en manos de José Sabino Navarro, quien, según el relato de Gillespie, recorrió distintos puntos del país buscando construir una estructura de alcance nacional. Aunque Roberto Baschetti (citado en Feinmann, 2011, t. 1: 561-2) sostiene que

“Navarro es sancionado con una despromoción y enviado a Córdoba” en reprimenda por un comportamiento contrario a la “moral montonera”.¹⁹

Más allá del papel que haya cumplido Sabino, lo cierto es que en ese tiempo se promovió la unificación de las juventudes peronistas y se intentó estrechar vínculos con los otros grupos guerrilleros peronistas –FAP, Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Descamisados-. Llegaron a realizarse operativos conjuntos pero no se logró concretar la estructuración de las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP). Recién a fines del 72 Descamisados se une a Montoneros, en octubre del 73 ocurre lo propio con las FAR y en junio del 74 con el grupo de las FAP dirigido por Carlos Caride.

Durante 1971 y 1972 Montoneros sufre importantes bajas, entre ellas la de José Sabino Navarro, que muere junto a otro compañero en julio de 1971 durante un enfrentamiento con la policía cordobesa -quedando la conducción de la “orga” en manos de Mario Eduardo Firmenich-; Susana Lesgart y Mariano Pujadas, fusilados en la *masacre de Trelew*, el 22 de agosto de 1972; Capuano Martínez, asesinado por la policía algunos días antes en un bar del barrio porteño de Barracas.

Durante 1972 se produce un crecimiento notable de la Juventud Peronista (JP) – pasa de 5 mil a 100 mil personas su capacidad de movilización-, impulsado principalmente por la JP Regionales, de explícita *tendencia montonera*. Esta rama que rápidamente se torna hegemónica dentro de la JP, se forma a mediados de año y es liderada por Rodolfo Galimberti, quien era representante juvenil en el consejo superior del Movimiento Nacional Justicialista y se suma por esos meses a Montoneros.

Sin embargo, el fuerte apoyo obtenido entre la juventud no logró extenderse a otros ámbitos. Sostiene Gillespie (1998) que:

...el hecho de que sus actividades guerrilleras sólo hubieran estado ligadas tangencialmente, en el mejor de los casos, a las luchas obreras no les ayudó a superar la línea divisoria entre la guerrilla y los sindicatos: una línea impuesta por las exigencias de seguridad de los rebeldes, basadas en el anonimato y el aislamiento, y además una línea divisoria de clases que separaba ante todo a los luchadores de la clase media de una clase obrera generalmente reformista (pp. 154-5).

¹⁹ Según la versión de Baschetti, Sabino Navarro, que tenía pedido de captura, es sorprendido por dos policías mientras cometía adulterio en el interior de un auto estacionado en la vía pública. Logra escapar, pero sobre los cadáveres de los uniformados.

De la primavera camporista a la Triple A

La fuerza de apoyo que Montoneros logró reunir a través de la JP y las otras organizaciones que componían la Tendencia Revolucionaria del Movimiento Peronista –Juventud Universitaria Peronista (JUP), Juventud Trabajadora Peronista (JTP), Unión de Estudiantes Secundarios (UES), Movimiento de Villeros Peronistas (MVP), Agrupación Evita (AE) y Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP)- le permitió jugar un rol central en la campaña electoral que llevó al triunfo de la fórmula Cámpora – Solano Lima el 11 de marzo de 1973. De esta manera la organización ganó algunos espacios dentro del nuevo gobierno: eran afines a ella los ministros de Relaciones Exteriores, Juan Carlos Puig; de Educación, Jorge Taiana; y de Interior, Esteban Righi. Además, la Tendencia pudo ubicar a ocho de sus miembros en la Cámara de Diputados del Congreso Nacional, a cincuenta en diversos puestos de gobiernos provinciales y a varios más en cargos ejecutivos y legislativos municipales. También consiguieron importantes espacios en las universidades nacionales, destacándose el nombramiento de Rodolfo Puiggrós como interventor en la Universidad de Buenos Aires.

En los días previos a la asunción de Cámpora, ocurrida el 25 de mayo, hace su aparición el semanario *El Descamisado*, que en su número de prueba dedica la tapa al presidente electo. El lanzamiento de la nueva publicación coincide con el momento de mayor simpatía popular hacia la izquierda del Movimiento.

La capacidad de movilización de Montoneros, a través de las organizaciones de superficie que componían la Tendencia, alcanzó su cima durante 1973-74, pero paralelamente la relación con el líder se fue tornando cada vez más ríspida, los gestos de aprobación de Perón se fueron diluyendo hasta convertirse en el poderoso veneno que portaban los dardos que les disparó a mansalva el 21 de junio de aquel vertiginoso 73, al día siguiente de la Masacre de Ezeiza. El problema eran los *infiltrados*, lo que en el lenguaje de la época era una clara definición política a favor de la derecha del Movimiento, y no sólo esa sutileza terminológica señalaba tal toma de posición. Todo el discurso pronunciado en aquella cadena radial era una severa reprimenda a la otrora juventud maravillosa, que algunos días antes había sido excluida -por el coronel Jorge Osinde- del comité que organizó el acto de bienvenida al General y que aquel 20 de junio fue atacada a balazos desde el palco oficial.

A partir de entonces, los montoneros se dedicaron a realizar inverosímiles malabares discursivos intentando disimular que el líder había tomado partido por el bando enemigo.

El Descamisado publica completo el discurso pronunciado por Perón el 21 de junio bajo el título de “Lo que dijo Perón”, acompañado por un recuadro donde se realiza una interpretación notoriamente forzada. La evidente contradicción se disimula, según Sigal y Verón (2003), presentando al discurso de Perón como un *mensaje cifrado* que la lectura de *El Descamisado* decodifica presentando su *verdadero* sentido (p. 173).

Tres meses después de la Masacre de Ezeiza, cuando sólo habían pasado dos días del triunfo electoral de Perón, el 25 de septiembre de 1973 fue asesinado José Ignacio Rucci, autoridad máxima de la Confederación General del Trabajo (CGT), hombre de confianza de Perón y pieza clave del Pacto Social con que éste pensaba *ordenar* al país. Rucci era uno de los enemigos más visibles de la Tendencia por lo que su asesinato fue atribuido a Montoneros y la organización, si bien no lo asumió públicamente tampoco se encargó de desmentir las acusaciones.

José Amorín (2005), militante montonero de las filas de Sabino Navarro, aporta una reflexión muy interesante sobre el supuesto móvil de aquel crimen: la traición del líder sindical.

Rucci jamás había comprometido su lealtad con Montoneros. Debía lealtad a Perón y, a diferencia de Vandor, nunca le había jugado en contra. Al contrario: respecto del movimiento sindical, seguía las instrucciones de Perón al pie de la letra. Lo cual no era del todo agradable para Lorenzo Miguel y la conducción de la C.G.T. Entonces, si por su actividad sindical Montoneros consideró traidor a Rucci es porque consideraba traidor a Perón (p. 80).

Así parece haberlo entendido Perón, quien terminó de enfurecer y el *Documento Reservado* que la jefatura peronista publicó al respecto dejaba claro que su furia tenía un destinatario bien definido: “los grupos marxistas terroristas y subversivos” infiltrados en el movimiento.

La cruzada antiguerrilla que emprendió el gobierno incluyó una reforma del Código Penal que los ocho diputados ligados a Montoneros no estaban dispuestos a apoyar, lo que los llevó a dimitir el 24 de enero de 1974, a través de una carta que *El Descamisado* (Nº 37) publicó con el título de “Primero la Patria, luego el Movimiento, después los hombres” (p. 4).

Para entonces, los montoneros ya se aferraban a la *teoría del cerco* para intentar explicar el comportamiento del líder, que nada tenía que ver con lo que ellos esperaban de él. Según esta teoría, Perón estaba rodeado por un séquito de malvados

personajes que le impedían hacer contacto con el pueblo y le mostraban al anciano conductor una realidad tergiversada según los intereses de aquellos.

A medida que Perón avanza con la derecha contra la izquierda, señalan Sigal y Verón (2003), “El Descamisado comienza a publicar sistemáticamente fragmentos de lo que el propio Perón *ha dicho en el pasado*: una manera de confrontar al enunciador-líder con su propia palabra anterior” (p. 192).

El 11 de marzo, a un año del triunfo electoral de Cámpora, en el estadio de Atlanta se realizó el último acto multitudinario organizado por Montoneros y la JP, al que asistieron 50 mil personas. En su discurso, Mario Firmenich llamó a “recuperar el gobierno para el pueblo y para Perón”, denunció que dentro del peronismo se estaba produciendo un “desplazamiento de los leales por los traidores” y se manifestó “totalmente en contra” del Pacto Social (*El Descamisado*, N° Extra: 8). La relevancia que tuvo este acto para la conducción de Montoneros quedó de manifiesto en la decisión editorial de publicar, por primera y única vez, un número especial de *El Descamisado* con la cobertura del evento. El siguiente gran acontecimiento del que participaría la JP, el acto del día del trabajador, ya no podría ser tratado en las páginas de este semanario; fue clausurado algunas semanas antes. No obstante, Montoneros relanzaría su publicación semanal con un nuevo nombre: *El Peronista*, y luego *La Causa Peronista*.

El 1° de mayo de 1974, finalmente, Montoneros y Perón se encontraron cara a cara en la Plaza de Mayo y el resultado no pudo ser otro: las multitudinarias columnas de la JP increparon al General por tener “lleno de gorilas el gobierno popular” y el viejo líder los trató de estúpidos e imberbes, para luego lanzarles una amenazante advertencia respecto de los tiempos violentos que se avecinaban. Las columnas de la JP se retiraron dejando la mitad de la plaza vacía. La tan anunciada ruptura por fin se concretaba.

El militante entrevistado para este trabajo, recuerda con enorme congoja aquella jornada:

Cuando Perón empieza a putear y la gente se empieza a dar cuenta que los está puteando, gira, dan vuelta las banderas y yo creo que es una de las escenas más tristes que vi en mi vida, porque era un mar de gente, viste que se ve como bruma y lo único que se veía era esa bruma de donde emergían palos vacíos, las banderas enrolladas y eso andaba y se iba (...) No me voy a olvidar nunca de un viejito que lloraba y que se caía, se iba cayendo, muy deprimido, una cosa terriblemente triste, y lloraba y decía: ‘Cómo nos va a hacer esto el General’ y rompía, nosotros se lo queríamos quitar para que no lo rompiera, el carnet de afiliado al justicialismo. Es muy difícil poder transmitir la

pena, el dolor y el dolor transmitido por la gente, porque cuando tenés cien mil personas sintiendo lo mismo, por empatía ya te duele (ver anexo, p. 110).

Fue vivido como un velorio por los militantes de la JP aquel 1º mayo. Se preanunciaba, quizás, lo que ocurriría dos meses después. Aunque la muerte de Perón, acontecida el 1º de julio, les permitió a los montoneros salir de la encrucijada en la que se encontraban para volver a actuar en el escenario que más les convenía, con el líder ausente podían reconstruir su figura a imagen y semejanza de sus deseos.

Pero el legado que dejó el fallecido presidente estaba muy lejos del socialismo nacional con el que soñaba la JP. La primera magistratura quedó en manos de su viuda, aunque nadie dudaba de que esas manos respondían a los designios de José López Rega, quien controlaba además la fuerza paraestatal denominada Alianza Anticomunista Argentina (AAA o Triple A), gestada varios meses antes de la muerte de Perón. Gillespie (1998) afirma que fueron alrededor de 200 las personas asesinadas por la Triple A y los comandos civiles fascistas entre noviembre del 73 y septiembre del 74, entre ellas el padre Carlos Mujica; los abogados Rodolfo Ortega Peña, Alfredo Curuchet y Silvio Frondizi; los militantes de la resistencia peronista, Horacio Chávez y Julio Troxler; y el ex-vicegobernador de Córdoba, Atilio López.²⁰

Esto demuestra que la avanzada fascista desatada desde el gobierno no sólo se abocó a exterminar a la guerrilla sino que extendió su purga asesina a todos los ámbitos de la militancia de izquierda –peronista y no peronista-, con especial énfasis en los sectores universitarios y sindicales.

Los montoneros siguieron durante algunos meses intentando eludir una realidad que se mostraba con espantosa claridad: su principal enemigo era el gobierno peronista de María Estela Martínez. Finalmente, el 6 de septiembre de 1974 decidieron pasar nuevamente a la clandestinidad para luchar contra un gobierno al que ya no consideraban popular, ni peronista.²¹

²⁰ Ver también Calveiro (2013), Esquivada (2009), Feinmann (2011) Larraquy (2007), Maceyra (1983), entre otros.

²¹ El entrevistado fue detenido ilegalmente durante el gobierno de la viuda de Perón y así explica esta situación: “Era muy difícil explicarle al enemigo que me había detenido la Isabel. ¿A qué apelas? A tus convicciones, y la convicción era que nosotros peleábamos por una patria justa, libre y soberana. Isabel se fue de eso, como después lo hizo Menem. Entonces, no son peronistas” (ver anexo).

El fatal destino del militarismo

Desde septiembre de 1974 hasta marzo de 1976 Montoneros experimentó un notable crecimiento como organización militar pero, al mismo tiempo, su influencia en el terreno político se fue debilitando de manera inversamente proporcional.

En el capítulo anterior, cuando discutíamos con el libro de Giselle y Yamilé Nadra (2010) que se acerca a *El Descamisado* en busca de la ideología de Montoneros, discrepábamos con la idea de que fuese la indefinición ideológica la principal causa de su derrota. Señalábamos, en cambio, que el abandono de la política de masas en simultáneo con la exacerbación del militarismo fue lo que empujó al abismo a la organización.

Este trágico cambio en las prioridades de Montoneros se percibe claramente apenas ojeando sus publicaciones. Las notas celebratorias de movilizaciones populares que abundan en *El Descamisado* van cediendo terreno ante la exaltación de “atentados” y “ajusticiamientos” que llenan las páginas de las revistas que la sucedieron. Ejemplificando este desplazamiento, Calveiro (2013) señala que “el *Evita Montonera* de octubre de 1976 dedicaba 18 páginas al análisis político y 49 a las actividades militares” (p. 124). Contundente proporción.

Resulta paradójico en algún punto que siendo *El Caudillo*, como veremos luego, creada a imagen y semejanza de *El Descamisado*, para ser su némesis, termine por imponer su retórica violenta como único discurso político posible.

Vale la pena volver sobre Calveiro (2013) para leer que:

“...uno de los signos más claros de la derrota política de Montoneros lo constituye esto: el no haber podido constituirse en una alternativa de resistencia a esas formas del poder, en una posibilidad de fuga de él, sino haber generado, a la postre, su reproducción lisa y llana” (p. 131).

Si bien los montoneros declararon oficialmente retomar la lucha armada el 6 de septiembre del 74, lo cierto es que las acciones guerrilleras no habían sido totalmente interrumpidas luego del 25 de mayo del 73. Más allá de que hayan sido o no quienes ejecutaron a Rucci, Gillespie (1998: 206-7) les atribuye “sin duda” las muertes del sindicalista Rogelio Coria (22/03/74); el guardaespaldas de la UOCRA, Félix Navazo (01/07/74); el ex-ministro del Interior, Arturo Mor Roig (15/07/74); el dueño del diario Hoy, de La Plata, David Kraiselburd (17/07/74); y el líder de la CNU, Martín Salas (24/08/74).

Sin embargo, a partir de septiembre del 74 la actividad guerrillera desplazó a la militancia de superficie como objetivo principal de Montoneros, lo que implicó un aumento notable del “riesgo que suponía participar en las organizaciones de masas, el flanco más visible y vulnerable de la organización” (Gillespie, 1998: 219). Aquellas estaban completamente identificadas con Montoneros y algunas (JP, JUP, JTP y UES) lograron sobrevivir durante 1975 pero desde la clandestinidad.

También en septiembre del 74, renunciaron a sus bancas los dos diputados nacionales montoneros que habían accedido a ellas tras las ocho dimisiones de enero de ese año: Leonardo Bettanín y Miguel Domingo Zavala Rodríguez. A fines de noviembre fueron intervenidas las provincias de Santa Cruz y Salta, hasta entonces gobernadas por los simpatizantes de la izquierda peronista Jorge Cepernic y Miguel Ragone, respectivamente. Antes habían sido destituidos los gobernadores de Buenos Aires, Bidegain; de Córdoba, Obregón Cano; y de Mendoza, Martínez Baca.

Mientras iban perdiendo todas sus representaciones en el sistema político oficial, los montoneros perfeccionaban su estructura militar. Se estima que llegaron a reunir entre cinco mil y diez mil personas en condiciones de combatir e incluso desarrollaron un aparato de inteligencia llamado Servicio de Informaciones Montonero. Respecto de esta transformación que sufre la organización, el licenciado en Historia Ernesto Salas (2006) señala:

Durante 1975 los frentes de masas de Montoneros, ya semiclandestinizados, fueron progresivamente militarizados, y transformados hacia fin de año en milicias con un vago entrenamiento insurreccional; muchos militantes fueron trasladados desde los frentes políticos para realizar diversas tareas logísticas en electrónica, fabricación de armas, apoyo al combate, etc. (párr. 3).

Los recursos financieros los obtenían principalmente mediante secuestros extorsivos, destacándose el de los hermanos Juan y Jorge Born, que les reportó alrededor de 60 millones de dólares. Algo de ese dinero se usaba para la compra de armamento pero por lo general se optaba por expropiarlo a la policía y las fuerzas armadas, e incluso se llegó a crear un Servicio de Fabricaciones Montoneras, con fábricas de armas en distintas zonas del país.

En un principio, los montoneros dirigieron sus ataques principalmente contra miembros de la Triple A, comenzando por uno de sus cabecillas, el jefe de la Policía Federal, Alberto Villar, asesinado en noviembre de 1974. A consecuencia de esta acción, mediante el decreto 1386, el gobierno declaró el estado de sitio y la violencia

estatal y paraestatal se desató con más furia contra la guerrilla. Las respuestas de los distintos grupos guerrilleros no se hacían esperar y la violencia política entró en un espiral ascendente incontrolable. Según estimaciones del diario Buenos Aires Herald, publicadas el 12 de septiembre de 1975, las muertes por razones políticas ocurridas desde el 1º de julio de 1974 sumaban 705. El diario la Opinión (02/01/76) señaló 860 víctimas de la violencia política durante 1975, el diario La Tarde (22/03/76) contó 149 durante los primeros meses del 76, previos al golpe, y Amnistía Internacional, en un informe publicado por la edición internacional del diario La Nación, el 3 de julio de 1978, estimaba en 1500 la cantidad de asesinatos cometidos por la violencia derechista comandada por López Rega (Gillespie, 1998: 264).

A este intento por cuantificar los hechos de violencia para tener alguna dimensión de lo que ocurría por aquellos meses, se suma Graciela Esquivada (2009), quien se sirve a su vez de una investigación de Juan Carlos Marín:

Conviene asociar a la conclusión de Gillespie la investigación de Juan Carlos Marín, *Los hechos armados, un ejercicio posible*, donde se prueba que la cantidad de "acciones antisubversivas" realizadas entre mayo de 1973 y marzo de 1976 supera siempre a las de la guerrilla, y aumenta a medida que se consolidan la Triple A y demás grupos de tareas: la suma de actos violentos en 1973 fue de 1760; en 1974, de 2425, en 1975, de 4324. "La mayoría de los hechos armados producidos por las fuerzas antisubversivas y que resultan con muertos y heridos los realizan fuerzas ilegales", escribió Marín. "Se trata de una ilegalidad contra la cual las fuerzas legales no libran ninguna lucha, pues la consideran anticuerpo necesario y natural de la sociedad que la defiende contra los delincuentes subversivos." (p. 364).

También Calveiro (2013) reflexiona sobre el significado de los números cuando lo que se cuentan son cadáveres:

La cuantificación de las muertes importa porque, a la vez que señala la existencia de una confrontación violenta, muestra su dirección principal. En cualquier confrontación, el que tiene mayor poder militar es el que es capaz de generar más víctimas y el que, por lo mismo, es beneficiario y responsable de la violencia (p. 48).

No obstante la clara supremacía del accionar de las fuerzas antisubversivas, también es cierto que se produce un intensivo incremento de las acciones guerrilleras, que en su mayoría resultaban exitosas en términos de eficacia militar, pero lejos de atraer a las masas hacia la lucha armada generaban un temor creciente en la sociedad

civil que aislaba cada vez más a los grupos radicalizados. Así lo entiende el militante entrevistado para este trabajo, al afirmar que:

...nosotros éramos la gloriosa Juventud Peronista, que surge de una alianza de clases, entre marginados y clase media, haciendo laburo en los barrios, de ahí que Montoneros después pueda accionar y esconderse en los barrios. Y Montoneros pierde la batalla porque abandona ese espacio político, por varias causas, creo que la más jodida es no haber sabido interpretar el momento político que se vivía, nos concentramos en la cuestión de las armas y nos enfrentamos a un enemigo que, desde ese punto de vista, era imposible vencer (ver anexo, 107).

Buscando revertir esta situación, los montoneros intentaron reconstruir su estructura política legal a través de la creación de un partido político que primero iba a llamarse Partido Descamisado, luego Partido Peronista Auténtico y finalmente se llamó Partido Auténtico (PA), debido a que los términos *descamisado* y *peronista* fueron declarados propiedad exclusiva del Partido Justicialista oficial. En el PA confluían los militantes de la Tendencia, la mayoría de los gobernadores provinciales depuestos que simpatizaban con la izquierda peronista (Bidegain, Martínez Baca, Cepernic y Obregón Cano) y algunos sindicalistas ligados a la Resistencia Peronista posterior al golpe de 1955.

El PA participó sin demasiado éxito en las elecciones acontecidas el 13 de abril de 1975, en la provincia de Misiones, luego siguió organizándose hasta alcanzar una estructura nacional que a fines de octubre contaba con 40 mil afiliados. El 25 de septiembre fue lanzado oficialmente el Movimiento Peronista Auténtico (MPA) que contenía las cuatro ramas históricas del Movimiento Justicialista: el PA constituía su Rama Política; la Agrupación Evita, su Rama Femenina; la JP, la JUP y la UES, su Rama Juvenil; y el Bloque Sindical del Peronismo Auténtico era su Rama Sindical.

Esta estrategia de retorno a la legalidad política se vio interrumpida el 24 de diciembre, cuando el PA fue prohibido por el gobierno, acusado de participar en el ataque contra el Batallón Depósito de Arsenales 601 de Monte Chingolo, que en realidad fue perpetrado por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Por tal motivo también se prohibió la publicación de *El Auténtico*, última revista legal vinculada a Montoneros.

A pesar de estos intentos, la política de masas de Montoneros nunca logró recuperar los niveles de participación alcanzados durante 1973-74; el entusiasmo popular vivido durante los 49 días de *primavera camporista* se fue diluyendo en los crecientes caudales de sangre derramada. Para marzo de 1976, la derrota de la

izquierda, tanto peronista como marxista, estaba evidentemente sentenciada, pero lejos de cerrarse de tal modo este nuevo capítulo de violencia política en la Argentina, apenas se trataba del preludio de uno de los genocidios más grandes de nuestra historia, sólo comparable con el que sufrieron los pueblos originarios cien años antes.

La(s) Diestra(s)

Se encarará ahora la difícil tarea de definir con mayor precisión al sector representado en el discurso del semanario *El Caudillo*, aquel que hasta aquí se ha mencionado, de modo general, como *derecha peronista*. En principio, resulta necesario distinguir al menos dos grupos que se ubicaron de ese lado de la divisoria: el sindicalismo ortodoxo, nacionalista y anticomunista, que para comienzos de la década del 70 ya contaba con una estructura *gangsteril* muy desarrollada; y la derecha no-sindical -o específicamente política- que se fue nucleando alrededor del creciente poder de José López Rega. Ambos grupos ostentaban su obediencia a Perón –luego de la muerte de Vandor, la CGT pasó a ser conducida por José Ignacio Rucci, mucho más disciplinado que su antecesor-, aborrecían en igual medida cualquier tipo de desviación hacia el marxismo que se le quisiera imprimir al movimiento y compartían *grupos de tareas* a través de los cuales desarrollaban su lucha contra los *infiltrados*. Grupos también compuestos por gran cantidad de miembros y ex miembros de las fuerzas de seguridad del Estado.²²

El vínculo entre la CGT y las bandas parapoliciales de López Rega era tal que cuando la Triple A firmó por vez primera una de sus acciones, la víctima fue el senador Hipólito Solari Yrigoyen, quien pocos días antes había recibido una amenazante crítica por parte de Lorenzo Miguel, líder de la central obrera. Sin embargo, el sindicalismo nunca perdió del todo su autonomía y lo demostró en 1975 cuando, en el marco del *Rodrigazo*, la CGT realizó su primera huelga general contra un gobierno peronista, conflicto que obligó a la renuncia de López Rega.

²²Según conjetura Larraquy (2007), la derecha peronista puede incluir hasta al propio almirante Emilio Eduardo Massera, quien visitaba frecuentemente la residencia presidencial durante el 73-76, especialmente luego de la muerte de Perón. Visitas que comenzaron a incomodar y hasta perturbar al ministro de Bienestar Social, quien, no obstante, compartía con el almirante su pertenencia a la Propaganda Due (P2) -logia masónica conducida por Licio Gelli desde Roma, de la cual también formaban parte el general Carlos Suárez Mason y el efímero presidente Raúl Lastiri-. La creciente presencia de Massera en el fuero íntimo de la presidenta irritó a López Rega al punto de ordenar a sus hampones el asesinato de aquel. Massera, por su parte, entregó –hacia fines de 1974- a Ricardo Balbín un informe sobre el accionar delictivo de la Triple A y su estructura de mandos que ubicaba al *brujo* en la cabeza, y seis meses más tarde uniría fuerzas con Lorenzo Miguel para destronar al superministro.

En este sentido, Micieli y Pelazas (2012) apuntan que, para definir al gobierno de Isabel, “la Tendencia acuñó un neologismo: ‘el brujovandorismo’, sin advertir que el lopezreguismo y el sindicalismo no eran asimilables” (p. 181).

Sin bien *El Caudillo* respondía principalmente al sector político identificado como *lopezreguismo*, en el periodo analizado la relación de éste con la burocracia sindical pasaba por su mejor momento y los gremios *ortodoxos* contaban con una importante representación en la revista. Por tal motivo en este apartado se recorren las trayectorias de estos dos sectores de la derecha peronista, mientras que a la izquierda se la redujo al caso de la Tendencia, controlada por Montoneros, porque *El Descamisado* no representaba más que a ésta.²³

Un pequeño glosario de las organizaciones que oficiaban principalmente como fuerza de choque de la derecha peronista en el periodo 1973-76 y eran constantemente *publicitadas* en *El Caudillo*, muestra que casi todas ellas tenían terminal en el Ministerio de Bienestar Social o en la CGT:

- Juventud Peronista de la República Argentina* (JPRA). Creada por el lopezreguismo para contraponer a la JP Regionales que integraba la Tendencia hegemonizada por Montoneros. Su líder era Julio Yessi y agrupaba a ex-miembros de la Juventud Federal de Manuel de Anchorena.

- Juventud Sindical Peronista* (JSP). Rama juvenil de la CGT.

- Concentración Nacional Universitaria* (CNU). Protegida por la UOM de Lorenzo Miguel, tenía su base de operaciones en la sede de ese sindicato. Se dio a conocer en diciembre de 1971 con el asesinato de la estudiante Silvia Filler en Mar del Plata.

- Comando de Organización* (C. de O.). Dirigido por el diputado nacional Alberto Brito Lima.

- Alianza Anticomunista Argentina* (Triple A). Respondía directamente a López Rega y terminó en buena medida unificando el accionar criminal paraestatal.

Burocracia Sindical

La burocratización del sindicalismo argentino no es un fenómeno propio de los años setenta ni nació con Vandor en los sesenta. Hacia fines de la década del cuarenta Perón ya lograba construir una fuerte estructura sindical burocrática que le respondía con relativa obediencia.

²³ Otro sector de la izquierda peronista, no alineado a Montoneros, era el que publicaba la revista *Militancia*, dirigida por Eduardo Luis Duhalde y Rodolfo Ortega Peña.

Sin embargo, aquella burocracia que nació y creció durante los primeros 10 años de peronismo, tendió a desaparecer después de 1955 y al calor de *La Resistencia* surgieron nuevos liderazgos -combativos primero, conservadores después- y nuevas estructuras.

Las transformaciones económicas del país, además de las políticas, también tuvieron importante peso en esta renovación sindical, ya que si antes los sindicatos fuertes eran los ligados a los ferrocarriles y a los frigoríficos, luego de la etapa de industrialización fueron desplazados principalmente por la Unión Obrera Metalúrgica, de donde surgieron los tres mayores exponentes del sindicalismo de los 60/70: Augusto Timoteo Vandor, José Ignacio Rucci y Lorenzo Miguel.

De La Resistencia al ascenso de Vandor

En el imaginario peronista que se construye en El Descamisado, el sindicalismo bien entendido es el que se practicaba durante los años de la Resistencia Peronista y se lo define en contraposición al vandorismo, que viene a representar todo aquello que el sindicalismo no debe ser. Cabe entonces, como parte de esta contextualización, revisar brevemente los rasgos de estas dos caras del movimiento obrero peronista.

El historiador inglés Daniel James (2006) señala al “no profesionalismo, espíritu de sacrificio, participación activa de gente común, carencia de una elite burocrática que centrara la organización” como la “serie de virtudes asociadas, en el folklore peronista, con el periodo de la resistencia”, que se simbolizaban en el proceso de armado de los *caños* –bombas hechas de sustancias químicas básicas alojadas en cascos improvisados- (p. 116).

Al respecto, nuestro entrevistado recuerda que su padre le contaba:

...de alguna manera como una queja nostálgica, ‘yo pertenecí a la Resistencia, y solamente bastaba la palabra. A mí me preguntaron: ¿Vos sos peronista? Sí; ¿leal? Sí. Y listo’. ¿Cómo accionaban? Se hacían asambleas de 20 o 30 tipos y ahí decidían. Así se metieron los milicos y los hicieron bosta (ver anexo, p. 103).

Una vez que los militares se estabilizaron en el gobierno, se fue ampliando la brecha que separaba a estos comandos clandestinos -impulsados en algunos casos por la vieja guardia sindical- de la actividad oficial de los sindicatos controlados por nuevas dirigencias, más interesadas en la negociación con el régimen.

Mientras los *duros* aspiraban a la puesta en marcha del Plan Insurreccional que proponía John W. Cooke, los *blandos* ponían paños fríos buscando tejer alianzas. Perón terminó por ceder ante la propuesta de los negociadores y pactó con Frondizi de cara a las elecciones de 1958. Aun desobedeciendo la orden del líder de apoyar al candidato de la UCRI, alrededor de 800 mil peronistas del ala dura se abstuvieron o votaron en blanco.

A mediados de enero de 1959, cuando se produce la huelga de los trabajadores del Frigorífico Lisandro de la Torre, la figura de Vandor estaba bien conceptuada por el peronismo combativo, a punto tal que Cooke le escribió a Perón que el líder metalúrgico “aparece encabezando el sector más duro, y tiene además de sus méritos personales, la fuerza de contar con la solidaridad de su gremio” (citado en Chianelli, 2008: 11).

Las derrotas sufridas por el movimiento obrero durante el gobierno de Frondizi, represión estatal y empresarial mediante, desalentaron la participación de las bases. A ese repliegue se suma una actitud cada vez más conciliadora por parte de la cúpula sindical, que se refleja en las palabras de Eleuterio Cardozo, líder de la Federación Nacional de Trabajadores de la Carne, pronunciadas durante el plenario de *las 62 Organizaciones Peronistas*, acontecido en mayo de 1960 en Capital Federal. Allí Cardozo propuso que entre el camino revolucionario y el camino de la evolución, la clase obrera debía optar por el segundo porque:

...la clase obrera no es el único factor de poder. Nos guste o no nos guste también lo son la Iglesia, el Ejército y las fuerzas económicas. Se debe conversar con todos estos grupos, para lo cual la dirección del movimiento requiere una imprescindible flexibilidad (James, 2006: 168).

Este posicionamiento, abiertamente *integracionista*, fue duramente criticado por el Perón *revolucionario* de aquellos años, a punto tal que Cardozo fue expulsado del movimiento.

Catorce años después, la defección del sindicalista seguía presente en la memoria del peronismo combativo. *El Descamisado* (Nº 39) lo recuerda de este modo:

Los traidores ocupan la primera fila, Eleuterio Cardozo, por ejemplo. ¿Se acuerdan, compañeros, cuando Perón lo echó del Movimiento por traidor junto con Gomiz y Carullas? Cómo nos vamos a olvidar si todo este tiempo Perón nos lo marcó como el ejemplo de los peronistas que se pasan al proyecto del enemigo. Porque ellos se integraron, fueron los primeros integracionistas. Bueno, ahora Cardozo saca

comunicados en Mendoza diciendo quienes son los leales y quienes no. El Movimiento se ha convertido en el cambalache, y en esa vidriera se juntan todos y están en la compraventa. Por supuesto, venden liberación y dan patentes de lealtad (p. 2).

Como se deja entrever en esta cita, lo cierto es que la postura de Cardozo era una manifestación más, quizás demasiado explícita, de la lógica integracionista que compartía toda la cúpula sindical, la cual era conveniente para ella, pero no siempre tolerada por las bases.

La democratización alcanzada por la actividad sindical durante el periodo de *La Resistencia* se fue perdiendo a medida que se fueron recuperando las estructuras formales de los gremios. Esta reconstrucción del aparato burocrático encumbró rápidamente a nuevos líderes que en 1955 luchaban codo a codo con las bases, las mismas que en 1960 ya los acusaban de corruptos y matones.

Esta dirigencia, digamos que supo adaptarse a los tiempos que corrían y sacar provecho de lo que los gobiernos era capaces de ofrecer a fin de evitar conflictos gremiales de importancia. Como contraparte de estos beneficios, la cúpula sindical ofrecía el control de las comisiones internas para que pudiesen aplicarse las medidas de reestructuración económica.

Pese a esta burocratización creciente, los grupos más combativos seguían operando en la clandestinidad. El papel que jugó Perón en la organización de estos grupos no es conocido, sin embargo, del mismo modo que sucedería más tarde con las FAR y Montoneros, las acciones de estas *formaciones especiales* le permitían “subrayar [ante el gobierno] su importancia como factor de perturbación y socavar la posición de quienes hubieran optado, dentro del movimiento, por un compromiso” (James, 2006: 201).

Los años vanderistas

Ya desde octubre de 1963, cuando estableció una Junta Reorganizadora para ordenar al movimiento, Perón comenzó a tomar medidas para frenar el crecimiento de Vander, aunque la tensión entre ambos se mantuvo latente hasta 1965. Las elecciones del 14 de marzo de ese año dejaron muy fortalecido al vanderismo y Perón siguió intentando ampliar los espacios de representación del movimiento para diluir ese poder cada vez menos gobernable.

Finalmente, el enfrentamiento abierto entre Perón y Vandor se dio en abril del 66 cuando, en las elecciones gubernativas de Mendoza, el primero apoyó a Enrique Corvalán Nanclares y el Partido Justicialista de Vandor postuló a Alberto Serú García.

El candidato de Perón se impuso claramente sobre el de Vandor, aunque el gobernador electo fue Emilio Jofré, del Partido Demócrata. Tras la derrota, el *Lobo* no tuvo más remedio que bajar su perfil y sus pretensiones, *desensillar hasta que aclare*. Aunque, según Rodolfo Walsh (1987), “el caudillo metalúrgico se replegó, sí, pero a los contactos militares que iban a fructificar dos meses más tarde con el golpe de Onganía” (p. 40).

El peronismo, comenta James (2006):

...había de seguir siendo esencialmente, sobre todo después de que Vandor no acertara a impartirle alguna forma institucional coherente de base gremial, una suerte de federación desarticulada de distintos grupos leales a Perón. Esa parece haber sido por cierto la intención del propio Perón (p. 248).

El autor inglés destaca dos rasgos centrales del proyecto vandorista. Por un lado, el modelo político y social que proponía se derivaba directamente de la experiencia 46-55 (alianza multclasista); y, por otro, el vandorismo buscaba establecer un equilibrio de fuerzas dentro del peronismo donde su propia posición fuese hegemónica sobre el ala política oficial, el neoperonismo e, incluso, el propio Perón.

Rodolfo Walsh (1987), en su investigación sobre el tiroteo que tuvo lugar en la pizzería La Real, de Avellaneda, en mayo de 1966, sostiene que en ese hecho:

...actuaron todos o casi todos los factores que configuran el vandorismo: la organización gangsteril; el macartismo ('Son trotskistas'); el oportunismo literal que permite eliminar del propio bando al caudillo en ascenso; la negociación de la impunidad en cada uno de los niveles del régimen; el silencio del grupo sólo quebrado por conflicto de intereses; el aprovechamiento del episodio para aplastar a la fracción sindical adversa; y sobre todo la identidad del grupo atacado, compuesto por auténticos militantes de base (p. 9).

Es conocida la lógica pendular que caracterizó a la estrategia que desarrolló Perón desde el exilio: un giro a la izquierda-un giro a la derecha. Así fue alentando y desalentando a los distintos sectores del movimiento, buscando siempre mantener el control de la situación y generando en sus celosos seguidores importantes confusiones. Así, por ejemplo, a fines de 1965 la izquierda sindical se unió a la derecha dirigida por José Alonso para formar *las 62 Organizaciones de pie junto a*

Perón. Esta nueva federación se da a conocer el 18 de enero del 66 y al día siguiente Vador saca una solicitada que se titula “Leales a Perón”. Si bien algunos lo desafiaban, lo cierto es que nadie se animaba a arriesgar los réditos que proporcionaba la lealtad al general. Lealtad que, en este caso, el fundador del movimiento rechazó como pocas veces. Dejando a un lado la mesura diplomática con la que solía expresarse, le escribió a José Alonso:

En esta lucha, como bien lo ha apreciado Ud., el enemigo es Vador y su treza, pues a ellos hay que darles con todo y a la cabeza, sin tregua ni cuartel. En política, no se puede herir, hay que matar, porque un tipo con una pata rota hay que ver el daño que puede hacer (citado en Chianelli, 2008: 14).

Para una caracterización de la izquierda y la derecha peronista de la década del 60 -o *duros* y *blandos*, como se los conocía por aquellos años-, recurrimos nuevamente a Daniel James (2006), quien anota:

En materia de ideología formal esa izquierda elaboró muy poco por lo cual pueda distinguírsela [...] Conceptos como ‘leales’, ‘traidores’, ‘duros’, ‘blandos’, ‘fe’, ‘lealtad’, ‘intransigencia’, que constituían el núcleo tradicional de la terminología de los duros, se refería en definitiva a cualidades morales y valores éticos antes que a programas políticos y preceptos ideológicos [...] Si bien en muchos sentidos compartían con la ‘burocracia’ dominante el mismo lenguaje formal de disensión y crítica, esa retórica cuyos principales blancos eran la ‘oligarquía’ y las ‘clases parásitas’ asociadas al ‘imperialismo’, la insistencia de la izquierda en definirse a sí misma en función de los valores y la experiencia originados en la lucha de clases, el sufrimiento y la solidaridad, empapó ese lenguaje de un tono y significados radicalmente distintos (pp. 277-9).

Algo similar ocurriría unos años después entre la Juventud Peronista y el ala *ortodoxa* del Movimiento.

*"Sucios bolches"*²⁴

El golpe de Estado del 28 de junio de 1966, comandado por Juan Carlos Onganía fue muy bien recibido por el sindicalismo vandorista y esto se debe, según señala Marcelo Cavarozzi (1983), a "las invocaciones al orden, la unidad, el verticalismo, el anticomunismo y la tutela estatal [que] ocuparon un lugar preponderante en la ideología esbozada inicialmente por Onganía y la corriente paternalista organicista de las fuerzas armadas" (p. 34).

La excesiva cordialidad en la relación entre la dirigencia gremial y el gobierno de Onganía acabó con la paciencia de las bases, consolidando un poderoso movimiento opositor dentro de los sindicatos. En marzo de 1968, en el congreso para normalizar la CGT se eligió como secretario general al dirigente de los trabajadores gráficos bonaerenses, Raimundo Ongaro. El vandorismo decidió retirarse y conformar una central obrera paralela que se denominó CGT Azopardo, mientras la dirigida por Ongaro llevó el nombre de CGT de los Argentinos o CGT Paseo Colón.

Dos innovaciones, una aplicada por Frondizi y otra por Illia, resultaron decisivas en la conformación de una nueva corriente sindical en las industrias de mayor crecimiento desde fines de los años 50 (automotriz, siderurgia y petroquímica). Se trató de la posibilidad de que se creen *sindicatos por empresa* y que se puedan realizar *negociaciones colectivas a nivel de la firma*, es decir, descentralizadas y, por lo tanto, fuera del control de la estructura gremial nacional.

La renovación sindical se dio principalmente en el interior del país y Córdoba fue la provincia donde se concentró el sindicalismo más combativo (Luz y Fuerza, SITRAC-SITRAM, IKA-Renault), que se destacaba por su carácter antiburocrático.

Uno de los principales referentes de ese sindicalismo combativo, el dirigente de Luz y Fuerza de Córdoba, Agustín Tosco, sostenía que "burócrata es aquel que sin vocación, sin ideales, se convierte en un típico administrador de un cargo sindical, lo usa para su satisfacción personal y en definitiva desde allí comienza a 'mandar' sobre sus compañeros" (citado en James, 2006: 304).

²⁴ Esta era una expresión muy utilizada por la Ortodoxia peronista para referirse a la izquierda. Se le adjudica a José Ignacio Rucci haber declarado ante la prensa que "sólo los sucios bolches y los inmundos trotskistas me pueden atentar". *El Caudillo* (Nº 3) publica bajo el título de "Sucios bolches", un recuadro donde se transcribe una carta enviada por Rucci con motivo del traslado de los restos de Angel Bernardino Bertoglio, "miembro de la corriente nacionalista peronista" asesinado en febrero de 1964, según se lee en la misiva, por "los personeros del inmundo trapo rojo" (p. 19).

Este nuevo gremialismo no sólo hacía hincapié en valores como la honestidad de los dirigentes sino que tenía una postura ideológica bien definida en la lucha contra el capitalismo y por la construcción de una sociedad socialista. Esta postura clasista no logró convencer del todo a la gran masa de trabajadores que en su mayoría no tenía más pretensiones que el retorno a los años felices del primer peronismo

Onganía fue destituido en junio de 1970, a un año del *Cordobazo* y a pocos días de la muerte de Aramburu a manos de Montoneros. Levingston ocupó la presidencia hasta marzo de 1971, cuando un nuevo estallido social en la ciudad de Córdoba, conocido como el *Viborazo*, derivó en su reemplazo por Agustín Lanusse, quien puso en marcha el Gran Acuerdo Nacional (GAN), que apuntaba a una paulatina recuperación de las instituciones democráticas. En julio se levantó la proscripción de los partidos políticos y se tomaron una serie de medidas económicas que contemplaban las críticas que había recibido, tanto de empresarios como de trabajadores, la política del ministro de Economía, Krieger Vasena. A pesar de esta gradual apertura democrática, la actividad guerrillera lejos de mermar se fue incrementando durante esos meses, a punto tal que, en palabras de James (2006), “hacia 1972, Perón y el peronismo eran vistos por muchos miembros de las fuerzas armadas como la única esperanza viable de restablecer el orden social y contrarrestar la amenaza planteada por los jóvenes y los militantes sindicales de extrema izquierda” (p.315).

Los albores de la nueva década encontraban a una CGT dirigida por el metalúrgico José Ignacio Rucci, obediente a las órdenes que emitía Perón desde Madrid. Para entonces, la burocracia ya no veía en el sindicalismo combativo a su principal enemigo, sino en las organizaciones guerrilleras, que habían asesinado a Vandor en 1969 y a Alonso al año siguiente.²⁵

Por su parte, éstas consideraban que la burocracia sindical era el principal escollo para acceder, a través del peronismo, al socialismo nacional.

A pesar de contar con la plena fidelidad del nuevo titular de la CGT, durante 1972 Perón se mostró cercano a la juventud y crítico respecto de la burocracia sindical. De hecho, los candidatos que presentó el FREJULI en las elecciones de marzo de 1973 reflejaban esta postura del líder. La ecuación se va a invertir totalmente a partir de su regreso definitivo al país y la puesta en marcha del Pacto Social. El asesinato de

²⁵ El 11 de febrero de 1971, el Ejército Nacional Revolucionario, dirigido por Dardo Cabo, se adjudicó la responsabilidad por la muerte de Vandor. Sin embargo, algunos autores (Larraquy, 2007; Chianelli, 2008) involucran al gobierno militar y a la CIA en este atentado.

Rucci, en septiembre de 1973, desató la ya poco disimulada intolerancia del líder respecto del ala izquierda del movimiento.

La nueva Ley de Asociaciones Profesionales, dictada en noviembre de 1973, le brindó a la burocracia las herramientas legales para deshacerse rápidamente del sindicalismo clasista. Poco antes de su aprobación, desde las páginas de *El Descamisado* (Nº 24) se alertaba sobre el contenido profundamente antidemocrático de la reforma, concentrado principalmente en su artículo 34, que “faculta a la CGT nacional a intervenir las regionales [...] establece que los Sindicatos podrán intervenir a las comisiones internas, lo que equivale a amordazar a los delegados” (p. 25).

No obstante está victoria sobre el sindicalismo combativo, su compromiso con el Pacto Social dejó a la cúpula *cegetista* con muy escaso margen de maniobra ante la disconformidad de las bases que iba en aumento, en tanto notaban que se cumplía la parte del Pacto que congelaba sus salarios pero no la otra parte, que aseguraba la estabilidad de precios.

En julio de 1975, a un año de la muerte de Perón y en medio de una profunda crisis económica, finalmente la central obrera le soltó la mano a la viuda del general y dejó que el tercer gobierno peronista naufrague desoladamente hasta desembocar en una nueva dictadura militar.

Triple A

Para nombrar al enemigo que conspiraba contra el pueblo desde las entrañas mismas del movimiento peronista, en las publicaciones de la Tendencia se apelaba a la denominación *brujo-vandorismo*. Acabamos de trazar un perfil del segundo componente de la fórmula, intentaremos ahora identificar al primero, porque la burocracia sindical no estaba sola en su cruzada macartista.

El debut oficial de las tres A fue el atentado contra el senador Hipólito Solari Yrigoyen, el 21 de noviembre de 1973 y luego del golpe de marzo de 1976 sus miembros se exiliaron o se desparramaron por los distintos grupos de tareas de la dictadura. Durante apenas dos años y medio operó, entonces, esta organización paraestatal de extrema derecha, aunque sus miembros y su accionar criminal existieron antes y después. Participaron de ella verdugos de las más variadas procedencias: policías, militares, sindicalistas, delincuentes comunes, jóvenes militantes, políticos de trayectoria, periodistas, empresarios, jueces, legisladores, gobernadores, ministros, ¿presidentes?...

El nombre y el hombre

La organización comenzó llamándose Acción Antiimperialista Argentina y terminó por definirse contra sólo uno de los dos imperialismos de los cuales el peronismo se diferenciaba al encarnar la tercera posición: ni yankis, ni marxistas.

Es cierto que el lopezreguismo arremetía con mayor virulencia contra la izquierda, sin embargo no en vano su semanario se llamaba *El Caudillo de la Tercera Posición*. Luego del 1º de mayo de 1974, cuando considera que ya ha aplastado a la Tendencia, en esas páginas comienza a desplegarse una estrategia de diferenciación respecto de la *derecha oligárquica*. En este sentido coincidimos con Micieli y Pelazas (2012), cuando afirman que:

...las páginas de *El Caudillo* de los primeros números reflejan la lucha contra un 'enemigo' poderoso encarnado en la JP que se ha infiltrado en las filas del peronismo [...pero] a medida que avanza 1974, el triunfalismo de *El Caudillo* se hace cada vez más evidente (p. 213).²⁶

Derrotada la infiltración comunista, el semanario se ocuparía de atacar al otro imperialismo. Sin embargo, el trato que recibían los yankis no era el mismo que se le propinaba a los marxistas. ¿Será porque –como sugiere el periodista e historiador Marcelo Larraquy (2007: 222)- el retorno de Perón estuvo avalado por Estados Unidos, el Vaticano, la organización masónica de Licio Gelli y otros poderosos sectores que encontraban en el anciano líder un garante del anticomunismo en Argentina? No puede afirmarse que la Triple A haya respondido a directivas de Washington pero sin duda, lejana de la equidistancia, simpatizaba más con las barras y las estrellas que con la hoz y el martillo.

Podrían rastrearse dos vertientes que confluyen en esta fuerza represiva paraestatal. A una la denominaremos *mística*, era encabezada por López Rega y en ella podríamos incluir a Felipe Romeo y otros redactores de *El Caudillo*, quienes comprendían su accionar como una tarea mesiánica que respondía a ciertos designios del más allá. La otra vertiente, más mundana, estaba constituida por la estructura criminal que habían sabido edificar los comisarios Juan Ramón Morales y Alberto Villar durante los años 60, a la cual también pertenecían otros miembros de la policía como

²⁶ Los ataques de *El Caudillo* a la "derecha oligárquica" se pueden ver en tapa en el N° 30 y en sección de humor del N° 32, entre otros ejemplos.

Rodolfo Eduardo Almirón Sena –alias *el pibe*-, Miguel Ángel Rovira y Edwin *el inglés* Farquharson.

Morales, Villar y López Rega se conocieron mientras los dos primeros eran inspectores jefes de brigada de la custodia de Perón y el tercero hacía guardia en una de las entradas del Palacio Unzué. Corría la primera mitad de la década del 50.

El nombre de esta tristemente célebre alianza tiene un origen menos tétrico que su destino. La casualidad, o alguna fuerza sobrenatural que incompresiblemente dirige el rumbo de la humanidad hacia la tragedia, quiso que, para octubre de 1965, José López –jubilado de la policía federal desde 1962- esté trabajando en Suministros Gráficos, una ex imprenta estatal devenida cooperativa que imprimía desde folletos y periódicos del proscripto peronismo hasta libros de esoterismo. Peligrosa combinación. Así fue que llegó a los talleres de la cooperativa el juez Julio César Urien, que compartía estas dos pasiones y las estaba conjugando en una serie de libros. Ya había publicado *La razón del tercer mundo* y ahora traía bajo el brazo *El tercer mundo en acción*. Ambos bajo la firma de Anael, tal el nombre de la logia presidida por el doctor Urien. López Rega se mostró muy interesado por la cuestión y así fue ganando la confianza del juez que terminó por integrarlo a su grupo.

Larraquy (2007) describe la teoría de Urien de la siguiente manera:

...la moral de la humanidad iba a evolucionar en la medida en que se desarrollaran los tres vértices magnéticos de la Triple A [...] que los Grandes Iniciados de la Antigüedad – Buda, Confucio, Krishna, Jesús y Mahoma, entre otros- habían vislumbrado a los pueblos de la Triple A –Asia, África y América- como una hermandad universal, pero que esa evolución había sido distorsionada algunos siglos después de la muerte de Cristo, cuando la Iglesia Católica dejó de ser nazarenista y se ocupó de defender el poder de los ricos [...] que, en el nuevo ciclo evolutivo de la historia, sobre los vértices del triángulo magnético de la Triple A se gestaría la liberación del Tercer Mundo, que vencería al capitalismo y el comunismo. Las masas escaparían de las garras de los poderes mundiales del dinero y crearían una sociedad nueva (p. 141).

Esto ya estaba sucediendo: al primer vértice lo constituía la China de Mao, el segundo se estaba desarrollando en Argelia y al tercero lo preparaba Anael y requería la presencia de Perón.

Entre los miembros de la logia estaban Julio Troxler –sobreviviente de los fusilamientos de José León Suárez en 1956 y asesinado por la propia Triple A en 1974- y el mayor del Ejército, ex edecán de Perón, Bernardo Albarte. A casa de este último, luego de unas cuantas peripecias, fue a parar María Estela Martínez de Perón

cuando fue enviada a la Argentina por su esposo a fin de contrarrestar el poder de Vandor, en 1965. Allí la conoció López Rega.

Como una mueca macabra del destino, José López Rega nació un 17 de octubre, exactamente 29 años antes de que Perón sea definitivamente encumbrado por el pueblo trabajador argentino. Y desde su primer día en este mundo conoce de cerca el frío y misterioso rostro de la muerte: su madre, Rosa Rega, fallece al darlo a luz.

Ya desde muy joven, *Lopécito* se sumerge en lecturas acerca de los sentidos ocultos de la existencia y redacta, también, sus propias reflexiones al respecto.

A fines de 1944 ingresó a la Policía Federal y en abril de 1950, a raíz de algunos contactos fortuitos fue nombrado agente adscrito de la custodia presidencial.

Luego del derrocamiento de Perón, obtuvo algunos ascensos hasta llegar a sargento primero, pero en 1962 se jubiló para dedicarse plenamente a indagar en sus inquietudes espirituales. En noviembre de ese año publicó su primer libro, *Astrología esotérica*, impreso en Suministros Gráficos, que era presidida por José Miguel “El Gordo” Vanni, a quién López supo convencer de que le permitiera saldar la deuda contraída por la impresión del libro trabajando para la imprenta.

Cuando en 1965 conoce a Estela Martínez, logra seducirla de inmediato. Ella también sentía atracción por las fuerzas ocultas, es que de muy joven “se había ido a vivir con la familia Cresto, un matrimonio correntino que había abierto en Buenos Aires una escuela espiritista” (Larraquy, 2007: 155). Fue tal la identificación con su madre espiritual, Isabel Zoila Gómez de Cresto, que la joven Estela Martínez hizo suyo uno de sus nombres. Luego tomaría prestado también un apellido para pasar a la historia como Isabel Perón.

Rápidamente el servicial compañero López se convirtió en secretario de la Señora y cuando llegó la hora de retornar a Madrid, con la satisfacción del deber cumplido –ya que los 9 meses que Isabel pasó en Argentina le sirvieron a Perón para revivir el entusiasmo por su regreso y debilitar a Vandor-, decidió viajar en compañía de su nuevo consejero espiritual, quien además fue con la responsabilidad de representar a la logia Anael, función que a los pocos meses dejó de lado.

Otro dato a tener en cuenta es que durante esta visita al país la enviada del General fue “custodiada por suboficiales retirados del Ejército, por un grupo de la JP (Juventud Peronista) de Alberto Brito Lima, y por integrantes del Movimiento Nacional Argentina (MNA) de Dardo Cabo” (Larraquy, 2007: 149). Estos dos últimos grupos comenzarían de inmediato a mostrarse hostiles entre sí, como preanunciando lo que sucedería algunos años después.

Luego de algunos traspiés durante sus primeros meses en Madrid, con la salud de Perón cada vez más deteriorada, López Rega fue acumulando poder dentro de la quinta 17 de Octubre. A su eficiente desempeño como mayordomo le fue sumando otras habilidades hasta que finalmente logró ganarse la confianza del general. Se convirtió en su secretario privado, pasó a controlar su agenda y su correspondencia. Era un filtro ineludible para todo aquel que quisiera entrevistarse con el líder.

A mediados de 1971 fue enviado a Buenos Aires a fin de reordenar al movimiento bajo la égida de Perón. Allí participó de un acto organizado por la UOM y por primera vez ofició de orador ante un auditorio de sindicalistas y jóvenes militantes, todos fervientes anticomunistas.

Durante ese viaje también realizó las gestiones para que se editara en Argentina la revista *Las Bases*, que se publicó desde noviembre de 1971 hasta agosto de 1975.²⁷

Durante ese mismo mes de noviembre en que la nueva revistase lanzaba en el país, Perón hizo a un lado a Paladino como referente político del movimiento con lo cual López se deshizo de un importante enemigo. Ahora quería enfrentar al poder sindical y para esto debía contar con el apoyo de un grupo armado. Así fue que, aprovechando la visita de Alberto *Chacho* Molina, enviado por Montoneros a Madrid, intentó tejer una alianza con esta organización, la cual todavía no tomaba en serio a *Lopécito*. Este acercamiento del *brujo* a Montoneros iba en línea con el giro a la izquierda que estaba impulsando Perón como parte de la estrategia que desplegaba contra Lanusse y que se manifestaba en las páginas de *Las Bases*, donde se denunciaba a las “Fuerzas Armadas por el recrudescimiento de la campaña de crímenes, secuestros y torturas a militantes peronistas y guerrilleros” (Larraquy, 2007: 216).

El discurso de *Las Bases* iría mutando luego en sintonía con el viraje de la estrategia de Perón. Sin embargo, Humberto Cucchetti (2008), en una investigación sobre esta revista, sostiene que:

Si el cambio de las relaciones de fuerza en el peronismo y el auge de las vanguardias armadas supusieron algunas rupturas en el universo de significados de la revista, ésta no abandonó, siguiendo discursos de Perón, López Rega, dirigentes sindicales y resoluciones de los órganos directivos peronistas, una retórica revolucionaria que decía asumir directamente los rasgos de un movimiento nacionalista de liberación. En esta

²⁷ En su versión madrileña, *Las Bases* era un boletín que contenía discursos y análisis de actualidad de Perón; de distribución gratuita, llegaba a la Argentina por correo o a través de intermediarios. En esta primera etapa se imprimieron 13 números, entre marzo de 1969 y mediados de 1970. Fuente: http://www.ruinasdigitales.com/blog/las_bases/

asunción y en el señalamiento de un 'enemigo antinacional y marxista' se fue avanzando en la legitimación de la represión ilegal (párr. 4).

Todavía a fines de 1971, el líder endulzaba los oídos de la juventud revolucionaria con la cautivante sinfonía del socialismo nacional pero algunas de sus decisiones ya permitían sospechar que se trataba de un canto de sirena. Cuando, en diciembre de 1971, Isabel y López Rega regresan a la Argentina, el encargado de velar por su seguridad no es otro que Jorge Osinde, quien no ocultaba su odio visceral hacia el *zurdaje*. Y no sólo fue designado custodio de la Señora sino también referente de la derecha dentro del Consejo Superior Justicialista recientemente reorganizado.

Desde el mismo día que Cámpora ganó las elecciones, López Rega comenzó a conspirar para derrocarlo y no le faltaron aliados para llevar a cabo la tarea: la referente de la rama femenina, Norma Kennedy, de larga y violenta trayectoria en el peronismo; los sindicalistas, encabezados por José I. Rucci y Rogelio Coria; la CNU, que operaba al amparo de la UOM; los jóvenes de derecha, muchos de los cuales respondían al estanciero Manuel de Anchorena; Osinde y su incipiente banda paramilitar; Alberto Brito Lima y su Comando de Organización.

Su rol de ministro de Bienestar Social le permitía debilitar al nuevo gobierno desde adentro y sus vínculos con los sectores más violentos de la Ortodoxia le garantizaban poder de fuego para enfrentar, con grandes posibilidades de vencer, a la Tendencia. El sueño de su nefasta y distorsionada Triple A iba tomando forma, así quedó demostrado el 20 de junio de 1973 en Ezeiza.

El periodista y ex-redactor del diario de Montoneros, *Noticias*, Horacio Verbitsky (1985), investigó en profundidad los acontecimientos de aquel 20 de junio y publicó un libro sobre el tema que comienza así:

La masacre de Ezeiza cierra un ciclo de la historia argentina y prefigura los años por venir. Es la gran representación del peronismo, el estallido de sus contradicciones de treinta años.

Es también uno de los momentos estelares de una tentativa inteligente y osada para aislar a las organizaciones revolucionarias del conjunto del pueblo, pulverizar al peronismo por medio de la confusión ideológica y el terror, y destruir toda forma de organización política de la clase obrera (p.5).

Sobre los hechos en sí, el autor se propone establecer que "la masacre fue premeditada para desplazar a Cámpora y copar el poder" (Verbitsky, 1985: 7).

Sobre el final del libro el periodista llega a la conclusión de que “los preparativos para el retorno [...] no hubieran sido posibles sin la aquiescencia de Perón. Su discurso del día siguiente [...] no deja dudas sobre el partido que adoptó luego de los acontecimientos” (Verbitsky, 1985: 74).

Después de Ezeiza el avance de la derecha se acelera. El 4 de julio, en la residencia de Gaspar Campos, se llevó a cabo una reunión de gabinete durante la cual Cámpora y Solano Lima ofrecieron sus renunciaciones. López Rega y el ministro de Economía, José Ber Gelbard, decidieron enviar al presidente del Senado, Díaz Bialet, de viaje al exterior para que, cuando se oficialicen las renunciaciones, la presidencia de la nación quede en manos de Raúl Lastiri, yerno del ministro de Bienestar y número uno de la cámara de diputados. Esto ocurrió el 13 de julio.

Diez días después, la JP movilizó cien mil personas a Gaspar Campos para acompañar a los dirigentes que se reunirían con Perón, en lo que sería la ruptura del cerco que impedía el contacto del líder con su pueblo. El mensaje del General fue muy claro -y los esfuerzos de la juventud por deformarlo, muy burdos-, designó como intermediario entre su persona y la JP nada menos que a su secretario privado y ministro de Bienestar Social.

López Rega mantenía una comunión de intereses con la CGT y las 62 Organizaciones, y así como en Ezeiza unieron fuerzas por primera vez, la nueva cruzada consistió en instalar a Isabel en la fórmula presidencial junto a su marido para cerrar definitivamente el paso de ‘los infiltrados’ en el gobierno (Larraquy, 2007: 249).

Durante la campaña electoral, Perón decidió despegarse provisoriamente de su secretario privado para no poner en riesgo el importante caudal de votos que podía aportarle la juventud. Lo envió a tejer alianzas al interior del país durante agosto y a la Conferencia de Países No Alineados realizada en Argelia al mes siguiente.

A todo esto, el edificio de Bienestar Social ya se había convertido en un centro de operaciones donde tenían cabida todas las fuerzas de choque de la derecha peronista. Además, el ministro ya había conformado su custodia personal al mando de Juan Ramón Morales y su propia organización juvenil, la JPRA, comandada por Julio Yessi. Ya se hablaba de *lopezreguismo* como una línea más del movimiento justicialista.

Larraquy (2007) sostiene que de ese ministerio salieron los hombres, las armas y los vehículos que se utilizaron para vengar la muerte de Rucci con el asesinato del estudiante de Derecho y militante de la JP, Enrique Grynberg. Aunque Norberto

Galasso (citado en Feinmann, 2011) atribuye la ejecución de esa “venganza” a “comandos ligados a la Central Obrera” (t. 2, p. 642).²⁸

Otra consecuencia del crimen de Rucci fue la redacción, por parte del Consejo Superior Peronista, con el aval de Perón, del *Documento Reservado*, tal como se conoció al comunicado en el que se le declara la guerra sin cuartel a la infiltración marxista en el movimiento.

Por esos días se gesta el lanzamiento de *El Caudillo*, que, según Larraquy (2007) es “un semanario que nació por una decisión del Consejo Superior del Movimiento para contrarrestar las críticas de *El Descamisado* al gobierno peronista” (p. 262).

La represión ilegal contra la izquierda, que se anticipaba apenas maquillada en el Documento Reservado y con la que Perón amenazó a los diputados de la JP en enero de 1974, se desataría impiadosa durante este año.

El 29 de enero, el comisario retirado Alberto Villar –formado en *guerra sucia* por la OAS (Organización de la Armada Secreta) francesa y famoso por irrumpir con tanquetas de infantería en el velorio de los fusilados de Trelew- fue reincorporado como subjefe de la Policía Federal, fuerza a la que había renunciado cuando asumió Cámpora. Otro de los policías reincorporados por decreto presidencial fue Luis Margaride, a quien se lo designó jefe de la Superintendencia de Seguridad Federal (SSF), una suerte de policía política. Estas dos designaciones fueron repudiadas desde las páginas de *El Descamisado* y celebradas por *El Caudillo*.

El 8 de febrero se produce el episodio Ana Guzetti, en el que esta periodista de diario El Mundo (ERP) le preguntó a Perón qué medidas se iban a tomar para frenar el accionar de las bandas parapoliciales y el General le dio como respuesta la indicación al Ministerio de Justicia para que inicie una causa contra ella. El 22 de febrero *El Caudillo* se ocupó de denigrar en sus páginas a Guzetti y un año después la periodista cayó en manos de un grupo de tareas que la secuestró y torturó durante diez días.

A fines de ese mismo febrero del 74, Ricardo Obregón Cano y Atilio López, respectivamente gobernador y vice de la provincia de Córdoba, son forzados a renunciar a sus cargo por el jefe de la policía provincial, coronel Antonio Domingo Navarro. El hecho se conoce como *navarrazo* y contó con el aval de Perón, quien en lugar de restituir al gobierno elegido democráticamente optó por enviar como interventor a Duilio Brunello, bajo cuyo gobierno se desenvolvió el comando

²⁸ También existen versiones que imputan el asesinato de Rucci a la Triple A. La más conocida es la que publica el periodista estadounidense Martin Edwin Andersen (2000) en su libro *Dossier secreto. El mito de la “guerra sucia” en la Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana), versión enfáticamente desmentida por el periodista y ex-montonero Juan Gasparini (1999) en un artículo anexo a la segunda edición de su libro *Montoneros. Final de cuentas* (Buenos Aires: De la Campana).

Libertadores de América, conformado por bandas parapoliciales y paramilitares que respondían al general Luciano Benjamín Menéndez.

A mediados de abril, Villar reemplazó al general Miguel Ángel Iñíguez como jefe de la Policía Federal. De este modo, López Rega se liberó del último obstáculo que le quedaba en la fuerza, fue reincorporado a la misma y el 3 de mayo ascendido de sargento a comisario general.

El creciente poder del ministro de Bienestar ya no sólo preocupaba a la militancia de izquierda. Tras la muerte de Perón:

...un grupo de ministros liderados por Gelbard se había contactado con el almirante Massera y con Balbín; tenían la intención de conformar un bloque de apoyo, sensato y razonable, para rodear a la presidenta y obligarla a desprenderse de López Rega (Larraquy, 2007: 295).

A partir del asesinato de Ortega Peña, el 31 de julio de 1974, los crímenes de la Triple A comenzaron a multiplicarse exponencialmente y el temor a su accionar se expandió más allá del ámbito de la militancia de izquierda, alcanzando, por ejemplo, a periodistas y actores.

Según Larraquy (2007), la muerte de Villar, el 1º de noviembre del 74, a manos de Montoneros, no le cayó tan mal a López Rega ya que las disputas por el control de la represión habían deteriorado mucho la relación.

A pesar de haber cumplido con éxito los objetivos que se había trazado, López Rega llegaba al final del año 1974 con su poder debilitado producto del desgaste que le implicó a su figura ser la cara más visible de la sanguinaria cruzada antimarxista que se desarrolló en el país. Sindicalistas, militares, políticos, uno a uno le iban soltando la mano al superministro que sólo encontraba en Isabel el apoyo incondicional para continuar con su misión.

La rivalidad entre López Rega y Massera aumentaba con el correr de los meses y el almirante ganaba cada vez más simpatía entre los dirigentes peronistas.

El 5 de febrero de 1975 se firmó el decreto 2261 que permitió la intervención del ejército para reprimir a la guerrilla en los montes tucumanos, en lo que se denominó *Operativo Independencia*.

Para la misma época se produce una importante huelga de los trabajadores de la siderúrgica Acindar de Villa Constitución, provincia de Santa Fe. Una lista integrada por socialistas, marxistas, radicales y peronistas independientes de la UOM había ganado la comisión interna de la fábrica y le reclamaban al director, José Alfredo

Martínez de Hoz, una recomposición salarial que éste se negaba a aceptar. “Cumplido el primer mes de lucha gremial, la ‘Patria Metalúrgica’, en alianza con la empresa, presionó a la presidenta para que declarara ilegal la huelga y aprobara la intervención del Estado en el conflicto para reprimir el supuesto ‘complot subversivo’” (Larraquy, 2007: 329). Para colaborar con la represión oficial -a cargo del Batallón 601 del Ejército y la Policía Federal y provincial-, la Triple A envió desde Buenos Aires un centenar de autos Falcon cargados con hombres fuertemente armados. El saldo negativo para los huelguistas fue de más de 700 despedidos, 300 detenidos, 35 muertos y 20 desaparecidos.

Esta exitosa colaboración de la Triple A con las fuerzas represivas estatales no impidió que en el mes de abril comience a destaparse su olla, ya rebalsada de sangre. El teniente coronel Jorge Felipe Sosa Molina -integrante de la *línea legalista* del Ejército, opuesta a la de Videla-, elevó un pedido de investigación oficial sobre esta organización criminal. El revuelo causado por esta investigación le costó el cargo al comandante en jefe del Ejército, Leandro Anaya, reemplazado por el general Alberto Numa Laplane, a pedido de López Rega.

Esto demuestra que el secretario de la presidencia intercambiaba golpe por golpe con los sectores cada vez más numerosos que querían deshacerse de él. Así fue que, el 2 de junio, logró colocar en la cartera de Economía a Celestino Rodrigo en lugar del *cegetista* Gómez Morales. El plan económico, conocido como *Rodrigazo*, implicaba una devaluación del peso del cien por ciento y un aumento de precios que casi duplicaba ese porcentaje, con un incremento salarial mucho menor. La crisis social no tardaría en desatarse.

La CGT llamó a una huelga general para el 7 y 8 de julio. Tres días después López Rega renunció al ministerio y se refugió en Olivos, protegido por los casi cincuenta hombres armados que componían su custodia y en compañía de la presidenta de la nación.

Los comandantes de las Fuerzas Armadas decidieron poner en marcha el *Operativo Desarme* que implicaba el despliegue de cien hombres para inhabilitar a los custodios y poder ingresar a la quinta presidencial. La acción se ejecutó el 19 de julio, se incautó un verdadero arsenal y se le exigió a la presidenta la renuncia de López Rega. Este aceptó dejar el país pero antes de marcharse consiguió que se lo nombrara embajador plenipotenciario en Europa.

Habiéndose librado de López, la línea golpista se ocupó de tomar el poder de las FFAA. El 27 de agosto Jorge Rafael Videla fue designado comandante en jefe del Estado Mayor Conjunto. El 13 de septiembre, mientras la presidenta descansaba en

las sierras de Córdoba junto a las esposas de los comandantes Videla, Massera y Fautario, su gabinete –donde la CGT había colocado dos ministros claves: Antonio Cafiero en Economía y Carlos Ruckauf en Trabajo- amplió la potestad de los militares para actuar contra la guerrilla en todo el territorio nacional.

Hacia fin de año López Rega perdió su título de embajador y fue procesado por los escándalos de corrupción vinculados a la fundación Cruzada de la Solidaridad Justicialista, en los cuales también estaba seriamente implicada la presidenta de la nación. A su vez, avanzaba en la Justicia la causa sobre la Triple A y ya se señalaba al ex-ministro como jefe de esa organización.

EL PERONISMO COMO FENÓMENO DISCURSIVO

Una mirada “veronista”

Un recorrido por las páginas del libro *Perón o Muerte. Fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, de Silvia Sigal y Eliseo Verón (2003 [1986]), resulta una vía interesante para realizar el pasaje de la contextualización histórica al análisis del corpus. La pertinencia de este libro respecto de nuestro análisis se manifiesta desde un primer momento, cuando en la introducción los autores confiesan que “este trabajo tiene su origen, su único origen, en la necesidad de comprender, aunque sólo fuese de manera imperfecta, parcial y provisoria, lo que ocurrió en la Argentina en 1973-74” (p. 13). Descubrimos allí, idénticas motivaciones a las nuestras.

Los autores apuntan que la noción central de su trabajo es la de *discurso* y le atribuyen a ella un papel protagónico en el esfuerzo por salir de la disyuntiva acerca de si, en la arena política, es la violencia la regla y la razón democrática la excepción, o viceversa. Y esto se explica porque:

...como todo comportamiento social, la acción política no es comprensible fuera del orden simbólico que la genera y del universo imaginario que ella misma engendra dentro de un campo determinado de relaciones sociales [...] la acción social misma no es determinable fuera de la estructura simbólica e imaginaria que la define como tal (Sigal y Verón, 2003: 15-6).

En este punto encontramos una primera y esencial correspondencia con la otra obra en la que fundamentalmente se apoya nuestra investigación. Laclau y Mouffe (2004) consideran al respecto que “ningún objeto se da al margen de toda superficie discursiva de emergencia” (p. 145). Tanto en un caso como en otro la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas no es pertinente. Sigal y Verón (2003) grafican, con gran claridad metafórica, la eliminación de este límite al afirmar que:

...la violencia no se opone a la palabra como el ‘hacer’ al ‘decir’; ella no empieza, como la música, ‘donde mueren las palabras’. La violencia, como los discursos, está articulada a la matriz signifiante que le da sentido y, en definitiva, la engendra como comportamiento enraizado en el orden simbólico y productor de imaginario (p. 16).

A partir de estas reflexiones se puede replantear lo que se decía en la presentación de este trabajo cuando nos referíamos al enfrentamiento entre izquierda y derecha

peronistas como una disputa que supo ir más allá de las palabras. Tanto éstas, como los cadáveres que se tiraban sobre la mesa de negociaciones, deben pensarse como operaciones al interior de un mismo campo, siempre discursivo, sin *más allá*. Por supuesto, no se sostiene que sea lo mismo agredir verbalmente a alguien que asesinarlo, sino que tanto lo dicho como lo hecho forman parte de una *misma* trama de sentido.

Según la *teoría del discurso*, sobre la cual trabajan los autores de *Perón o Muerte*, “el sentido no es ni subjetivo ni objetivo: es una relación (compleja) entre la producción y la recepción, en el seno de los intercambios discursivos” (Sigal y Verón, 2007: 17). Y es desde la posición del observador, ocupada por el analista del discurso, que esta relación puede ser captada.

En los juegos de discurso tiene lugar la producción social de sentido. La característica principal del sentido es la no linealidad de su circulación. Ciertas condiciones sociales dan lugar a producciones discursivas que generan un campo de efectos posibles, algunos de esos efectos son actualizados en recepción –de hecho un mismo discurso produce unos efectos en ciertos receptores y otros efectos en otros- y son, a su vez, condiciones de producción de nuevos discursos.

El análisis de los discursos sociales –amplían Sigal y Verón (2003)- se interesa en las *relaciones interdiscursivas* que aparecen en el seno de las relaciones sociales; la unidad de análisis, por lo tanto, *no es el sujeto hablante, el actor social*, sino las distancias entre los discursos” (p. 19).

Siguiendo esta teoría, entonces, los autores consideran que “el fenómeno peronista, con su larga historia”, debe ser tratado como condición de producción del discurso de la izquierda del movimiento e, inversamente, este discurso puede considerarse “como el lugar en el que se manifestó una cierta *configuración de efectos* del discurso de Perón” (Sigal y Verón, 2003: 20-1).

Pero ese mismo “fenómeno peronista” también fue condición de producción del discurso de la derecha del movimiento. En *El Caudillo* y *El Descamisado* se materializan, entonces, dos “configuraciones de efectos” muy distintas, en buena medida opuestas, que resultan de un mismo discurso originario.

La pregunta que surge inmediatamente es ¿dónde reside la especificidad del fenómeno discursivo peronista? Y la respuesta que dan los autores es: en su *dimensión ideológica*, es decir, en la relación que este discurso mantiene con sus condiciones sociales de producción que son las del sistema político democrático.

Para llegar a esta conclusión Sigal y Verón (2003) realizan una interesante distinción entre el sustantivo *ideología* y el adjetivo *ideológico/a*. Al primer término le atribuyen un carácter “‘preteórico’ y puramente descriptivo [...] que] permite designar configuraciones históricas extremadamente complejas pero intuitivamente identificables, como cuando se habla de comunismo, leninismo, liberalismo o fascismo, como concepciones del mundo, teorías políticas o configuraciones de opiniones” (p. 21). Así concluyen que el peronismo no puede ser caracterizado como una ideología porque “algunos de sus temas dominantes variaron a lo largo del tiempo [...] y] otros de sus temas son demasiado vagos o ambiguos como para definir una ‘ideología’” (p. 21).

Al caracterizar al adjetivo, especifican el concepto como *dimensión ideológica*, lo definen como *analítico* y poseedor de una *pretensión teórica* y le asignan la potestad de designar la relación entre el discurso y sus condiciones sociales de producción. El lugar que ocupa el concepto de *dimensión ideológica* es central en esta teoría del discurso en tanto que “los diferentes tipos de discurso se distinguen por una estructuración diferente de su dimensión ideológica” (Sigal y Verón, 2003: 21-2).

Por otro lado, mientras el nivel de funcionamiento discursivo propio de la ideología es el *plano del enunciado* –contenido del discurso–, la dimensión ideológica opera sobre el *plano de la enunciación* –nivel del discurso donde se establece la relación entre el que habla con lo que dice y se propone una relación a quien recibe con lo dicho–.

Una vez definidos estos diferentes niveles de funcionamiento discursivo, los autores pasan a afirmar que “los avatares del peronismo de ‘izquierda’ no pueden comprenderse como respuesta a los *enunciados* peronistas sino como estrategia (fracasada) de inserción en el *dispositivo de enunciación* del peronismo” (Sigal y Verón, 2003: 25).

Para alcanzar esta conclusión se realiza un extenso análisis que se divide en tres momentos, según la posición en la que se colocan los analistas para abordar el fenómeno discursivo peronista: *producción, circulación y reconocimiento*.

Los autores sostienen que Perón elabora su estrategia discursiva según un modelo que denominan *modelo de la llegada*. Perón se caracteriza a sí mismo como alguien que viene de *afuera* de la sociedad (desde el cuartel) a cumplir con su deber de soldado de reconstruirla porque se encuentra desintegrada. Se define su papel como el de un redentor.

Su *presencia* se vuelve así el significante de una *ausencia* que el líder viene a asumir: llegar quiere decir venir a ocupar el lugar de esa 'cosa pública' que no existe más allá y que es sin embargo indispensable para que la Nación exista (Sigal y Verón, 2003: 43).

Trazando un paralelismo con la teoría desarrollada por Laclau y Mouffe (2004), podemos decir que Perón viene a ocupar ese lugar imposible que establece el cierre de lo social.

Continuando con el análisis del discurso de Perón durante sus primeros años en la función pública, Sigal y Verón (2003) descubren que "la ecuación ejército = pueblo = trabajadores, expresa un *objetivo* a alcanzar por la revolución y no un estado inicial" (p. 45), lo que significa, en términos de lo expresado en *Hegemonía y estrategia socialista*, que *la Revolución*, encarnada ya en la figura de Perón, viene a actuar como fuerza articulante para constituir una cadena de equivalencias con pretensiones de hegemonía.

Los propios autores de *Perón o Muerte*, van a advertir que la posición del líder se muestra como una mediación indispensable, que sólo por Perón y a través de éste la ecuación mencionada más arriba puede resolverse, que el enunciador líder representa un "punto nodal", una "articulación crítica" (Sigal y Verón, 2003: 47).

Si en la primera etapa del fenómeno peronista la relación entre *pueblo y trabajadores* se acerca por momentos a una relación de identificación, esta ecuación (a) sólo es posible por la mediación del enunciador líder y (b) es una consecuencia de la racionalidad patriótica de la revolución y de su objetivo último: *la unidad nacional*" (Sigal y Verón, 2003: 48).

Claramente queda definido así el objetivo del *soldado-redentor* como el de establecer una sutura a lo social, fijar un sistema de diferencias, instituir *una sociedad*.

Pero ¿De qué manera logra Perón ubicarse en esa posición de *articulación crítica*? Los autores arriesgan una descripción de la transmutación de la persona misma de Perón en tres movimientos:

- 1) Soldado convertido en Ejército irrumpe en la escena social en nombre de la Patria.
- 2) Ejército, desde el Estado, define a la justicia social como medio para la reconstrucción de la nacionalidad.
- 3) Perón abandona su condición de soldado para transformarse en ciudadano, "*efectuando en su propia persona la unificación*, confundiéndose con el pueblo" (Sigal y Verón, 2003: 50).

Para que esta transmutación ocurra, lógicamente, no alcanza con la presencia de un cuerpo que se ofrezca como soporte, debe existir también una reciprocidad: si Perón reconoce a los trabajadores como argentinos, estos, al sentirse así interpelados reconocen en él a uno de los suyos, y no a uno cualquiera sino al *primus inter pares*, al primer trabajador, al líder. De eso se trata la economía del *modelo de la presencia y la reciprocidad*.

Un líder no es otra cosa que un *operador*, extremadamente complejo, por el que pasan los mecanismos de construcción de una serie de *relaciones* fundamentales: del enunciador con sus destinatarios, del enunciador con sus adversarios y del enunciador con las entidades imaginarias que configuran el espacio propio del discurso político. Comprender este nudo de relaciones es indispensable para identificar los mecanismos a través de los cuales, dentro de un movimiento político determinado, se genera la creencia y se obtiene la adhesión” (Sigal y Verón, 2003: 52).

Desde Laclau y Mouffe (2004), podría decirse que el líder es algo así como un *punto nodal articulante*. Es decir, que opera simultáneamente como el significante privilegiado que fija parcialmente el sentido del discurso peronista y como la fuerza articulante que reúne a los diferentes elementos en torno de ese significante.

En el discurso de Perón la política es sinónimo de disociación entre los argentinos, la cual tiene lugar debido a la ausencia del Estado. Su proyecto de construir ese Estado que hasta entonces está ausente, queda, así, fuera del campo de la política. El proyecto peronista no se ubica en el plano de la política sino en el de la verdad. Cabe mencionar aquí la descripción que hacen los autores de *Hegemonía y estrategia socialista* de las sociedades dominadas por la lógica populista, donde se diluyen los límites entre las posiciones políticas de los sujetos y las referencias sociales de los agentes. Sigal y Verón (2003), por su parte, van a decir que “si la palabra peronista representa, *en el campo político*, la palabra verdadera, es porque su carácter de tal está asegurado por su origen, y éste es *exterior* al campo político” (p. 63). Y agregarán más adelante, profundizando sobre la cuestión del alcance del antagonismo que construye el peronismo, por un lado, que “Perón consagrará, durante sus gobiernos, la designación más general para englobar a todos los no-peronistas: la *anti-Patria*” (Sigal y Verón, 2003: 69), despojando a sus enemigos de toda substancia, definiéndolos de un modo puramente negativo. Y, por otro lado, destacarán que “Perón opone *social a político* para definir el status ‘trans-ideológico’ de su Doctrina [...] desde el punto de vista del nivel en que se coloca la Doctrina, *la posición ideológica no es pertinente*”

(Sigal y Verón, 2003: 70). El campo político ha sido *vaciado* al negársele a las fuerzas opositoras toda identidad positiva.

Para lograr erigirse como “la voz de la verdad”, Perón efectúa una estructuración de las entidades del imaginario político conformada por ciertos colectivos singulares abstractos a los que corresponden respectivos colectivos plurales concretos. Estos son: Patria/argentinos, Ejército/soldados, Pueblo/trabajadores. Y en esta articulación él mismo logra ubicarse, mediante la transmutación de su persona que se describió antes, como un cuarto colectivo singular al cual corresponde el colectivo plural *peronistas*. Fuera de esta articulación sólo hay lugar para lo Otro, la anti-Patria/ellos.

En este punto, Sigal y Verón (2003) van a señalar algo esencial para nuestro trabajo:

...la diferencia (fundamental) entre Perón y los otros colectivos es, por supuesto, que estos últimos son mudos: Perón es el único colectivo singular que habla, y por eso mismo es capaz de ‘expresar’ los otros colectivos. Afirmar que en la palabra de Perón se expresa la verdad misma de lo real, es lo mismo que decir que por su boca habla la Patria y se expresa el pueblo. Es por esta razón que un anti-peronista es, automáticamente, un anti-argentino y un anti-pueblo (p. 81).

Así, los autores llegan a diferenciar este “proceso de abstracción del enunciador” de la “personalización carismática”. Esta última implica una posición de liderazgo constituida alrededor de propiedades específicas y concretas de una persona, mientras aquél significa que el enunciador comienza a funcionar en el mismo registro que entidades como el Pueblo, la Nación o la Patria. “Esa voz y ese cuerpo materializan colectivos que no son sólo abstractos, vale decir, que no pueden definirse sino por su irremediable ausencia” (Sigal y Verón, 2003: 82). Momento crucial del desarrollo argumentativo de este libro, aquí los autores concluyen que la substitución de la consigna “Patria o Muerte” por la de “Perón o Muerte” no implica que “la ofrenda de la propia vida en nombre de la patria ha sido reemplazada por la ofrenda en nombre de un individuo; la substitución muestra, al contrario, que proclamar ‘la vida por Perón’ es lo mismo que proclamar ‘la vida por la Patria’” (Sigal y Verón, 2003: 82).

Una vez alcanzado este nivel de abstracción del enunciador-líder, están dadas las condiciones como para que se geste un nuevo antagonismo, esta vez dentro del propio colectivo plural *peronistas*.

Un análisis comparativo entre *El Descamisado* y *El Caudillo*

Al interés por abordar el enfrentamiento entre izquierda y derecha peronistas desde el análisis de los discursos que los protagonistas elaboraban en el momento en que los acontecimientos sucedían, se lo puede justificar con las precisas palabras del antropólogo Fernando Balbi (2007), cuando afirma:

Las perspectivas de los actores [...] constituyen un camino privilegiado para acceder al conocimiento de lo social no sólo porque ellas mismas son parte de lo social sino, y muy particularmente, porque los actores deben necesariamente tener algún tipo de visión de su propio mundo social tal que les permita operar en él. Dicho de otra manera: inevitablemente el tipo de concepción (conocimiento) que los actores tienen acerca de su propio medio social debe estar relativamente ajustado a la 'realidad' de ese mundo (p. 18).

El análisis es comparativo por lo que resulta pertinente un recorte temporal que se acota a los cinco meses en que los semanarios convivieron, tomando como punto de partida el N° 24 de *El Descamisado*, del 30 de octubre de 1973, que *El Caudillo* toma como referencia para su lanzamiento, ocurrido 17 días después. El cierre del periodo se ubica el 12 de abril de 1974, cuando *El Caudillo* N° 22 celebra en tapa la clausura de *El Descamisado*.

Desde su lanzamiento, *El Caudillo* define claramente cuál será su principal adversario. La estética de tapa es una clara imitación de *El Descamisado* y el titular se construye a partir de una operación de *intertextualidad* sobre un reciente titular de esta publicación.²⁹ El 30 de octubre, *El Descamisado* había titulado “Consejo Superior Provisorio ¿Qué quiere?”. El tamaño de la tipografía de la pregunta era tal que ocupaba casi toda la tapa y se leía con una leve inclinación hacia arriba. De fondo, en letras rojas, se desplegaba un listado continuo de respuestas a la pregunta: “desmovilizar – desorganizar – matonear - tirotear...”. Observando estas tapas resulta evidente que la de *El Caudillo* es una respuesta a la de *El Descamisado* y esa es su carta de presentación. Se deja en claro desde el comienzo con quién pretende discutir la nueva publicación y en qué términos. En su tapa se lee “¿Qué quiere Perón?”, con

²⁹ En Genette (1989) se define a la *intertextualidad* como una “relación de copresencia entre dos o más textos”, por ejemplo la cita, el plagio, la alusión. Se trata de “un enunciado cuya plena comprensión supone la percepción de su relación con otro enunciado al que remite necesariamente tal o cual de sus inflexiones no perceptibles de otro modo” (p. 10).

la misma tipografía, tamaño e inclinación que la de *El Descamisado*, y de fondo aparece el decreto, firmado de puño y letra por Juan Perón, donde se designan los miembros del Consejo Superior. En este caso, el texto de fondo no es a color porque *El Caudillo* siempre se imprimió monocromo. La innovación del nuevo semanario es el tratamiento que realiza a sus contratapas, en las cuales se completa lo expresado en tapa.³⁰ En el caso de este primer número, allí se lee “¿Qué quiere?”, seguido del logo de *El Descamisado* y de fondo las mismas palabras que aparecen en la tapa del número con el que se discute.

Tapa *El Descamisado* N°24



Tapa *El Caudillo* N°1



Contratapa *El Caudillo* N°1



Es notorio que *El Caudillo* sigue los pasos de *El Descamisado* hasta en cuestiones mínimas. Por ejemplo, la revista montonera numeraba sus páginas, ubicando al lado de cada número un pequeño logo. La revista lopezreguista comienza a numerar sus páginas a partir de la 13ª entrega y a partir de la 14ª incluye también su sello junto a cada número. *El Descamisado* (N° 41: 31) utiliza un *croquis* para ilustrar cómo fue el atentado que terminó con la vida de Vando y *El Caudillo* (N° 16: 6) utiliza el mismo recurso pocos días después, cuando denuncia los ataques del “erpiario” *El Mundo* contra una manifestación de la JPRA. En la edición del 24 de diciembre del 73, *El Descamisado* publica un Informe sobre el negocio de las empresas discográficas titulado “Esta historia tiene más vueltas que un disco...”. Para no ser menos, en su edición del 28 del mismo mes, *El Caudillo* publica un reportaje a Miguel Angel Merellano que se titula “Las grabadoras. Un negociado con muchas vueltas”. Mismo tema y título muy parecido, jugando con “las vueltas” del disco y el negocio de la música.

³⁰ En las contratapas de *El Descamisado* generalmente se promocionan notas sobre la lucha de los trabajadores contra la patronal y la burocracia. También aparecen convocatorias a actos o manifestaciones y, en los últimos números, reclamos por la liberación de compañeros detenidos.

Nosotros y ellos

Desde su primer editorial, *El Caudillo* (Nº 1: 2-3) utiliza la primera persona del plural. Se trata de un *nosotros inclusivo*, que interpela a los lectores como *compañeros* y se diferencia tanto de los “TRAIDORES INFILTRADOS” (escrito así, todo con mayúsculas, recurso muy utilizado por ambas publicaciones para destacar algo) contra quienes combate, como del Pueblo, a quien defiende. Los enemigos del pueblo son tanto “el capitalismo explotador” como “el comunismo esclavista”. Se construye el antagonismo en términos de “aliados/enemigos”, “pueblo/antipueblo”, “leales/traidores”, “patria peronista/patria gorila”. La revista se presenta como el único medio peronista. “Como no existe prensa peronista y todos los medios conspiran por la destrucción, se unen con el negativismo o niegan el triunfo del pueblo, por eso sale EL CAUDILLO”. También se acusa al enemigo de estar financiado por la sinarquía internacional y se lo amenaza en nombre del pueblo: “esta purga no es nada comparado con lo que el pueblo les prepara”.

Por su parte, *El Descamisado* también interpela a los lectores como *compañeros* y utiliza el *nosotros inclusivo*. Asimismo, comparte con su adversario algunos de los binomios con que se construyen los antagonismos. Sin embargo, a la hora de identificar al enemigo aparecen algunas diferencias. En ambos casos se denuncia a la oligarquía y el imperialismo, pero en *El Descamisado* se agrega un elemento que no aparece en la publicación rival: la burocracia sindical, a la que se señala como instrumento de los otros dos. Y se afirma que ese enemigo a través de ese instrumento se ha *infiltrado* en el movimiento.³¹ De un lado a otro se cruzan la acusación de haberse montado recientemente sobre los 18 años de lucha para hacer usufructo del poder del movimiento con fines *inconfesables*.

Perón, Evita, los 18 años de lucha, el Movimiento así como conceptos del tipo *Lealtad, Patria, Pueblo* aparecen recurrentemente en las páginas de las dos publicaciones. Funcionan como *puntos nodales*, es decir, siguiendo a Laclau y Mouffe (2004), elementos que fijan parcialmente el sentido de la cadena signifiante. Y pueden hacerlo porque no son una diferencia más de la serie signifiante sino que, por su carácter *flotante*, “no logran ser articulados a una cadena discursiva” (p. 154). Y esto no acontece por una carencia de significado, sino que es justamente lo contrario, la polisemia del *signifiante flotante* desarticula a la estructura discursiva. De aquí deviene la imposibilidad de construir un sistema signifiante cerrado, que sea *idéntico*

³¹ Ver, a modo de muestra, el editorial del Nº 24.

a sí mismo, porque “todo punto nodal se constituye en el interior de una intertextualidad que lo desborda” (p. 154). Este desbordamiento, esta subversión, resulta de la presencia de lo contingente en lo necesario, “y se manifiesta bajo las formas de simbolización, de metaforización, de paradoja, que deforman y cuestionan el carácter literal de toda necesidad” (p. 154). Lo puramente necesario -que el perro sea perro y nada más-³² sólo tendría lugar al interior de “un sistema de posiciones diferenciales en un espacio suturado” (p. 155), lo cual, ya se ha dicho, es imposible.

Por este motivo es que las dos publicaciones pueden recurrir a los mismos significantes privilegiados para fijar parcialmente el sentido de construcciones discursivas no sólo distintas sino antagónicas.

La disputa por la apropiación de los significantes flotantes, asume en este caso, la forma de un enfrentamiento violento y así, las amenazas son moneda corriente. “A los tiros también se le opondrán los tiros si ellos insisten en provocarlos”, se lee en un editorial de *El Descamisado* (Nº 24: 3). E incluso se justifican algunos asesinatos como el de Rucci o el de Coria. Cuando se explica por qué murió este último se dice -entre otras frases del mismo tenor- que “los que han vendido al pueblo y al Movimiento seguirán soportando inevitablemente las consecuencias de la violencia que generaron” (*El Descamisado*, Nº 45: 2). Todo ese editorial parece una justificación de por qué *matamos* a Coria.

Como vemos, la retórica violenta no es exclusividad de *El Caudillo* pero sí es más frecuente encontrar en sus páginas intimidaciones directas. Son comunes artículos donde se *marca* al enemigo, como ocurre en una nota titulada “Universitarios, millonarios e infiltrados”, donde se le brinda al lector “los nombres y antecedentes ‘políticos’ de estos guerrilleros con chaleco” (*El Caudillo*, Nº 4: 14).³³ También los entrevistados se suman a su prédica atemorizante, como lo hace el líder de la JPRA, Alejandro Giovenco: “Ya sé que van a reventar a muchos de nosotros, pero nosotros también les vamos a voltear muchos a ellos, sin la menor duda” (*El Caudillo*, Nº 9: 18).³⁴ El número 11, publicado el 25 de enero de 1974, luego del ataque del ERP al regimiento de Azul, marca un quiebre a partir del cual el nivel de agresividad de *El*

³² Letra de la canción *En el hospicio*, del grupo de rock argentino Pastoral.

³³ En el Nº 8 se le apunta a Diego Muñiz Barreto en un recuadro titulado “Ojo diputadito” (p. 19). En el Nº 11, se muestran tres tapas del diario *El Mundo* acompañadas por una columna de texto que termina diciendo: “Para ellos también la represión, porque son la expresión más repugnante del odio a la Patria y a sus instituciones” (p. 17). En el Nº 18, la furia por el asesinato de Miguel Angel Castrofini desata una nueva descarga de agresividad, se habla de “la gran cruzada justicialista” y se amenaza de muerte, con nombre y apellido, a Mario Kastelboim (pp. 2-3).

³⁴ Gabriel Cigna, otro dirigente de la misma agrupación juvenil, advierte: “ahora decidimos terminantemente nuestra futura dialéctica que será la de los puños y las pistolas” (*El Caudillo*, Nº 11: 19).

Caudillo aumenta considerablemente. “Defender a Perón / Con todos los calibres”, son los titulares de tapa y contratapa, respectivamente. El de tapa, va precedido por el siguiente texto:

Nuestros enemigos en el 55 nos hicieron una revolución, hasta el 73 nos persiguieron, ahora tratan de impedir la Reconstrucción Nacional con el sabotaje económico y el desorden interno. La alternativa era, ‘o con tiempo o con sangre’. El tiempo ya lo malgastaron infiltrándose, ahora llegó el momento de ver si tienen sangre y p.l.tas para enfrentarnos cara a cara. Somos fanáticos y cumpliremos la orden de nuestro caudillo.

Entre la amenaza y la burla, es común que en las páginas de *El Caudillo* al enemigo se le atribuya cobardía -por lo general metaforizada en la figura del niño, la mujer, la gallina- y al grupo de pertenencia del enunciador, virilidad.³⁵ Abundan las agresiones de tono machista, misógino y homofóbico. Son frecuentes los enunciados de este tipo: “...se olvidaron que Perón no se llama Bidegain, Obregón Cano o Martínez Baca, a los que se puede presionar con un amague *amanerado e histeroide*” (Nº 13: 4); “Hablar nunca es difícil para las *mujeres*. Y hablar sin fundamento, más todavía si son ‘*zurdas*’” (Nº 14: 15); “Perón es el jefe porque nos enseñó a vivir como *machos* en un mundo de *maricones*” (Nº 16: 2); “ni un solo cordobés acudió a los *femeninos* pedidos de auxilio [del gobernador depuesto]” (Nº 17: 2); “Los hechos son *machos* / Las palabras son *hembras*” (Nº 12: tapa y contratapa respectivamente).

Entre las muchas fobias de *El Caudillo* no podía faltar, por supuesto, la xenofobia. Un caso ejemplar ocurre cuando se explica por qué murió el joven militante del Movimiento Villero Peronista (MVP), Alberto Chejolán (*El Caudillo*, Nº 21: 18). En un principio se habla de “la accidental muerte de un inocente”, pero unas líneas más adelante se aclara: “si se tiran contra Perón se tiran contra el Pueblo. Y si las hacen que se las aguanten”. Luego se señala a los *verdaderos* asesinos y, de paso, se desparrama un poco de chauvinismo patriotero:

...a Chejolán lo mataron los montoneros; los de la tendencia que se apoyan en los bolivianos que vienen a joder a Perón y a presionarlo [...] Nada tenemos contra ellos. Pero en la Argentina de Perón, los primeros que tienen que comer son los argentinos.

³⁵ Por ejemplo, en respuesta a un texto publicado por la revista *Militancia* en el cual un integrante del Movimiento Villero Peronista ataca verbalmente a Romeo, se apunta: “Como nuestro director está muy ocupado no hace caso a las amenazas escritas. Si vienen armados pueden reiterarlas verbalmente. Nuestras oficinas están en la calle Sarmiento 1371, 1er. Piso. Si no vienen podemos llegar a pensar que ‘perro que ladra no muerde’ y como las acusaciones de Udes. tienen mucho de ‘perro’, no corran el riesgo de convertirse en gallinas. Vengan...”. (*El Caudillo*, Nº 5: 9).

Una oda a la Patria Grande. Y, por si no hubiera quedado claro, se insiste: “La oposición, venga de donde venga, será reprimida. Por quien sea, por la policía o por los peronistas”.

Otro modo de desafiar al enemigo muy presente en *El Caudillo* es la satirización. Los ejemplos abundan, el tono burlesco puede aparecer en cualquier sección, pero obviamente las páginas de humor son su lugar natural. La sección *Chismes-entretenimientos* se dedica exclusivamente a reírse de los rivales políticos. En algunos casos las referencias a los contenidos de *El Descamisado* son abundantes al punto de no entenderse algunos chistes si no se lo ha leído.³⁶

A partir de la 14ª edición se incluye un nuevo recurso para ridiculizar a la Tendencia: un trabajo de humor gráfico que ocupa la doble página central. El primero que aparece es “Yo milito”, caricatura de un militante de la JP destacando todos los elementos extranjeros que lo componen, junto a un poema que insiste con la idea del antinacionalismo y el antiperonismo del muchacho (*El Caudillo*, Nº 14: 12-3). A la semana siguiente la propuesta es “Arme su propio Firmenich (Juego de niños)”. En este caso es una especie de rompecabezas para colocarle los accesorios al líder montonero: brazaletes de cada una de las organizaciones de la Tendencia, máscara tipo Ku Klux Klan del ERP, camiseta peronista, metralleta zurda, etc. (*El Caudillo*, Nº 15: 12-3).³⁷ A esta nueva humorada se le da tanta importancia que en el número 17 se la promociona en tapa.

El Descamisado, en cambio, prácticamente no recurre al humor, su sección de historieta aborda con seriedad acontecimientos históricos. Luego, más allá de alguna nota que contenga dosis de sarcasmo o ironía, el abordaje de los temas suele ser serio, aunque no formal, respetuoso de la importancia histórica de los acontecimientos que se viven.

³⁶ Tal es el caso de “El infierno de Dante Gullo”, una única viñeta que ocupa toda la página que en la edición del 15 de febrero de 1974 se le dedica a la sección *Chismes-entretenimientos* (*El Caudillo*, Nº 14: 23).

³⁷ El del número 19 es más abarcativo y bajo el título de “Los streakers”, se ven caricaturas de Gullo, Firmenich, Ortega Peña, Guzzetti, Tosco, Duhalde y Quieto, todos desnudos. Se satiriza un método de protesta utilizado en Estados Unidos “que consiste en desnudarse repentinamente en cualquier avenida concurrida. Por ‘falta de calle’, los tendenciosos prefirieron mostrar sus vergüenzas en la página central de nuestro semanario. (Los acogemos con cariño)” (*El Caudillo*, Nº 19: 13-4).

Encadenamiento de significantes

En la introducción de este trabajo se hace referencia a la negatividad de las identidades políticas, que sólo de modo indirecto, a través de una equivalencia entre sus momentos diferenciales, pueden ser representadas. De ahí deviene la ambigüedad propia de toda relación de equivalencia que opera sobre términos necesariamente diferentes pero a condición de subvertir su carácter diferencial. De esta manera, a través de la equivalencia, la negatividad en cuanto tal –es decir, la imposibilidad de lo real-, asume una existencia real.

Veamos ahora, de qué manera en cada una de las publicaciones se establecen relaciones equivalenciales para construir, a la vez, la identidad propia y la del adversario.

En la sección *Dele-dele* de la primera edición de *El Caudillo*, se hace una reivindicación de Juan Manuel de Rosas, a quien se ubica, por supuesto, en el centro de la línea que completan San Martín y Perón. Este ya es el primer *encadenamiento* que aparece en la nota, sin embargo no puede decirse que sea *construido* allí, sino que forma parte del discurso peronista desde hace tiempo. La articulación propia aparece cuando, refiriéndose a “los unitarios de aquella época, y sus herederos políticos de ahora”, se afirma que “los traidores son ellos, pero le endilgan el calificativo al enemigo circunstancialmente indefenso” (p. 12). Se establece así, una equivalencia entre los unitarios del siglo XIX y los jóvenes peronistas de izquierda de 1973 y se vincula a ambos, a su vez, con la traición y la artimaña de endilgar al otro este calificativo peyorativo que les es propio. Todo el artículo puede leerse como un intento de fijar eslabones en la cadena de equivalencias con la que *El Caudillo* construye su identidad peronista y su *otro* no-peronista infiltrado; con frases como: “la Patria Peronista es exactamente la misma que la Patria Federal” (p. 12), por ejemplo.³⁸ Pero, además, el mensaje va dirigido a la Tendencia y el propio título así lo indica: “¿Rosas marxista?... Pero, ¡No seas zonzol!” (p. 12). Se los acusa de querer apropiarse de los íconos peronistas o reivindicados históricamente por el Movimiento, a estos “bisnietos de aquellos doctorcitos unitarios que se pasaban la gran vida en Montevideo [...que] aunque no tengan lazos de sangre con aquéllos, están poderosamente emparentados ideológicamente” (p. 12).³⁹ Dentro de la misma sección,

³⁸ La identificación con el federalismo está muy presente en *El Caudillo*. Un título del N° 12, por ejemplo, es: “Córdoba: unitaria, gorila y marxista o federal, popular y peronista” (p. 17).

³⁹ Es frecuente que desde *El Caudillo* se denuncie esta relación de filiación entre la oligarquía y los montoneros: “Unidos del brazo, oligarcas patrones y oligarcas hijos, se han hecho capitalistas y marxistas respectivamente y juntos cenan en la bien tenida mesa que les prepara

en un recuadro se marcan otras fronteras: cultura popular (José Hernández) / intelectuales de izquierda (Cortázar) o de derecha (Borges); poder político (Perón) / poder económico (Gelbard); tercera posición / capitalismo y marxismo (p. 15). Y se agregan más eslabones a la cadena de equivalencias que define la identidad propia: Dios, Patria, Justicia Social (p. 15).

En otra edición, se publica una entrevista a Gabriel Cigna, secretario general de la JPRA en la provincia de Buenos Aires, quien brinda una definición sobre la Tendencia que suma significantes a la definición del *otro*, del falso peronista:

No son peronistas y cumplen la misión del gorilismo militante ya desterrado. Son la oposición al gobierno de Perón. Son los instigadores ideológicos de los hechos sangrientos que se han perpetrado contra el pueblo en los últimos tiempos. Son los mismos que intentaron matar a Perón en Ezeiza, los que se oponen a la reforma peronista del Código Penal, a la Ley Universitaria 'Perón', los que mataron a Rucci, los que atacan el Pacto Social y en resumen a la Revolución Peronista (*El Caudillo*, Nº 11: 19).

Tres entregas más adelante se aportan nuevos elementos a la cadena de significantes que caracteriza al enemigo:

Ante él [Perón] y todo lo que nuestro Movimiento representa se erigen en obstáculo permanente las insidias de los imperialismos, que, una vez más, como en el pasado encuentran en el elemento vernáculo agentes propicios para la desunión y la dependencia. Son los Sarmiento, los Mitre, los Rivadavia de ayer. O los Aramburu, Rojas, o Manrique de hace un rato y los actuales Ortega Peña, Duhalde, Gullo, Firmenich, etc. (*El Caudillo*, Nº 14: 2).

En *El Descamisado* también aparecen construcciones de este tipo. La cobertura de un congreso de organizaciones villeras en Córdoba se titula "Fue una práctica de autogobierno, de democracia directa, de cultura popular... de lo que se viene" (Nº 37: 16-7). O, en la misma edición, otra nota lleva de volanta: "Bidegain intentó trabajar por la patria justa, libre y soberana", y de título: "Calabro es la patria vandorista" (Nº 37: 30-1).

la sinarquía siempre que festeje un triunfo del antipueblo" (Nº 8: 2). Otra muestra hallamos en "¡Oíme oligarca!" (Nº 21: 10-1), donde se afirma que los "zurdos" son hijos de la oligarquía y sus pasquines financiados por ella. Pues al oligarca le conviene su accionar ya que divide al movimiento obrero y genera un caos que le permite postularse como el mal menor.

Se trabaja sobre los conceptos que históricamente definen al peronismo –patria justa, libre y soberana- y sobre antagonismos igualmente clásicos como “pueblo/oligarquía” y sobre esa base se intenta establecer otros nuevos como “patria peronista/patria vandonista”. Así, ante la muerte del gobernador y vice de Misiones se titula “Un día de tragedia para el *pueblo*. Un día de fiesta para los *oligarcas*” (*El Descamisado*, N° 30: 4); una nota sobre la lucha de los trabajadores de la metalúrgica Del Carlo, en Vicente López, se titula con un textual que dice: “Cuando los obreros luchamos contra *patrones y traidores* estamos con *Perón*. Y lo ayudamos a gobernar” (N° 31: 18-9).⁴⁰ Del lado de la oligarquía están los patrones, los traidores, la patria vandonista; del lado del pueblo, los obreros y Perón, la patria justa, libre y soberana y, próximamente, el autogobierno, la democracia directa, la cultura popular.

En cada edición, *El Descamisado* va reforzando lo que corresponde a su campo y lo que está afuera. Tomemos como ejemplo la última entrega de una serie de notas sobre “el negociado de la carne”, el título es “Rockefeller y Morgan, dueños de los pollos” y la única foto que acompaña al texto es una *imagen de identificación* de José Ber Gelbard (N° 32: 20).⁴¹ Se equipara, de este modo, a esos dos multimillonarios estadounidenses con el ministro de Economía. En el mismo número, se contrapone la actividad de otra dependencia del Estado, como lo es la Comisión Municipal de la Vivienda, que ayuda al “pueblo villero” a construir sus casas (N° 32: 20 y 26). Así se van estableciendo las fronteras del campo de pertenencia de la JP: de su lado se ubica el pueblo villero y algún sector del estado; en la vereda de enfrente se ubica al capital transnacional y a uno de sus aliados dentro del estado nacional, nada menos que el Ministerio de Economía.

Omar Torrijos, Salvador Allende, Fidel Castro, son líderes latinoamericanos *peronistas* para *El Descamisado*.⁴² Y, en general, se toma partido por las luchas populares en América Latina frente al avance golpista de los ejércitos de la región alentados por Estados Unidos.

Otro significativo que flotaba por el aire espeso de esos meses es: *terrorismo*. Al respecto, encontramos una nota de *El Descamisado* (N° 41) donde el título dice “El terrorismo está en otro lado”, y la volanta completa: “en los locales de la JTP no van a

⁴⁰ Títulos de este tipo hay montones. Por ejemplo un informe sobre un conflicto en el sector de transporte en Córdoba se titula “Los patrones, gorilas y burócratas en una avanzada contra los trabajadores y el gobierno popular. Perdieron como en la guerra” (*El Descamisado*, N° 35: 4).

⁴¹ Eliseo Verón (1997) se refiere a las *imágenes de identificación* como aquellas fotografías donde aparece un personaje del que se habla en el artículo, sin que se sepa si esa foto fue tomada hace algunos días o hace varios meses o incluso hace varios años, ni dónde fue tomada, ni en qué circunstancias.

⁴² Tal como se afirma en el título de la cobertura de la visita del panameño a la Argentina: “Torrijos: Un General Peronista” (*El Descamisado*, N° 36: 6).

encontrarlo” (p. 26). Esta nota está ligada a otra por medio de un cintillo que dice “Ataques a JTP”. Esa otra nota lleva de volanta: “Ante el allanamiento habla Enrique Juárez de la JTP”, y el título es “Villar y Margaride le hicieron un favor a Otero y Lorenzo Miguel” (p. 25). Por un lado, se intenta desligar a la JTP de las acusaciones que la vinculan con actos terroristas y por otro se insinúa que *terrorismo* es lo que hacen ellos y ellos son la burocracia sindical, o sea Otero y Lorenzo Miguel, a quienes Villar y Margaride -es decir, la policía- les hacen favores.

Estrategias discursivas y transtextualidad

En cuanto a las estrategias discursivas, siguiendo lo expuesto por Eliseo Verón (1995), puede decirse que tanto en *El Caudillo* como en *El Descamisado* predomina la *simetría* o *complicidad*, donde “el enunciador legitima la producción de su discurso para un destinatario a partir de la hipótesis de que enunciador y destinatario se parecen” (p. 108). En este tipo de estrategia es común que el destinatario tome la palabra y que se den cambios permanentes de enunciación, lo cual sucede en ambas publicaciones, que suelen darle lugar a la voz del destinatario no sólo a través de las *cartas de lectores* sino en las notas en las que se entrevista a *gente común*. En el primer número de *El Caudillo*, por ejemplo, hay dos notas construidas en base a testimonios de *vecinos*, como un ama de casa o un almacenero (pp. 4-5 y 20-1). En una edición posterior, para construir una nota titulada “Repudio a la Tendencia de las bases peronistas”, el semanario afirma haber salido a “pulsar la opinión del Movimiento Peronista en sus bases” y allí opinan militantes barriales desconocidos (*El Caudillo*, Nº 15: 20). En el caso de *El Descamisado* es muy común que se incluyan los cánticos de las manifestaciones, incluso en los títulos. Así ocurre nada menos que en la tapa y nota principal del Nº 25 (crónica de un acto de la JTP en el Luna Park): “Se va a acabar la burocracia sindical” y “A la lata, al latero, sindicatos peronistas, sindicatos montoneros”, respectivamente. Pero aquí se ve algo más que la inclusión en el mensaje de la palabra del destinatario. Sigal y Verón (2003) sostienen que la producción discursiva de la JP está dominada por la *función poética* (consignas y eslóganes) a la que Roman Jakobson define por su ambigüedad: “no sólo el mensaje mismo, sino también la fuente y el destino se vuelven ambiguos” (citado en Sigal y Verón, 2003: 159). Esta ambigüedad, subrayan los autores de *Perón o Muerte*, contiene la clave del predominio de la función poética en *El Descamisado*, porque el desdoblamiento del destinatario que supone la función poética permite que el dispositivo de enunciación del semanario funcione en dos niveles:

En un primer nivel, la palabra es mostrada al general Perón. ¿Con qué objeto? *Para ver qué es lo que Perón hace ante esa 'exhibición'*. Perón, como vimos, *no hace nada*. Esto quiere decir, en todo caso, que *Perón no condena la palabra así mostrada*. Así obtenida una precaria legitimidad, el discurso funciona entonces en un segundo nivel: se muestra a los otros (tanto a los compañeros militantes como a los enemigos 'internos')... (Sigal y Verón, 2003: 161).

Otra característica que permite suponer que las dos revistas utilizan *estrategias de simetría* es la escasa clasificación de la información. Cuando se construye una relación de *distancia* o *estrategia pedagógica* –el otro tipo de estrategia de las que habla Verón (1995)-, la información suele estar bien delimitada por secciones, lo que no ocurre en estas publicaciones (p. 109).

Las temáticas a veces son identificadas mediante cintillos –como “Investigación exclusiva” o simplemente “Mendoza”-, en otros casos se contextualiza a través de la volanta y hay notas que se destacan por el tamaño del título y de las imágenes –en el caso de *El Descamisado*, también mediante la utilización del color-.

Las dos revistas suelen incluir notas de política internacional o de rememoración de hechos históricos, aunque no haya secciones delimitadas para estos temas. La inclusión de reportajes es más frecuente en *El Caudillo*, como así también las notas que tienen el expreso propósito de atacar al adversario. En *El Descamisado*, en cambio, abundan notas de denuncia –a empresas y sus sindicatos aliados- y coberturas de luchas obreras. También es mayor aquí la presencia de artículos que se ocupan del interior del país y la utilización del ensayo fotográfico.

En los dos semanarios suelen aparecer notas que hacen crítica de medios. Una serie de artículos sobre “canales de televisión”, publicada en cuatro entregas de *El Descamisado* (Nº 28, 29, 30 y 32) es un ejemplo. Otro es “La historia de Radio Colonia” (pp. 6-7) y un reportaje a Enrique Alejandro Mancini sobre “Cómo deben ser los medios de comunicación” (18-9), en *El Caudillo* Nº 4. En términos generales, se nota en este semanario una referencia más constante a otros medios, en especial a diarios y revistas y no en muy buenos términos, ya que, como advirtió en el editorial de su número lanzamiento “todos los medios conspiran por la destrucción, se unen con el negativismo o niegan el triunfo del pueblo” (*El Caudillo*, Nº 1: 3).

Sin embargo, el hecho de que en una publicación sea más frecuente la entrevista y en la otra el ensayo fotográfico, por ejemplo, no implica que estos recursos no sean utilizados en diferente medida por ambas revistas.

Eliseo Verón (2004) distingue dos usos del concepto de género: los *Géneros-L* (literarios), caracterizados por un cierto agenciamiento de la materia del lenguaje (entrevista, encuesta, alocución); y los *Géneros-P* (producto), en cuya caracterización aparecen muy a menudo ciertos invariables de 'contenido'. Esto es, un conjunto relativamente estable de campos semánticos. En este caso hablamos de diario, revista de divulgación científica, etc.

A continuación, el semiólogo señala que los títulos que compiten están muy cercanos en términos de los campos semánticos abordados –'grillas' de cortes comparables con lo 'real' que tratan-, así como con respecto a los géneros-L dominantes. Se da una homogeneidad respecto a los grandes ejes temáticos. Esto es lo que ocurre con las publicaciones que aquí se analizan, ya que compiten dentro de un mismo género-P: *semanario político*.

Queda por ver, entonces, cómo se diferencian entre sí los títulos. En nuestro caso la diferencia fundamental es ideológica. Si bien existen diferencias entre las estrategias enunciativas de cada revista, la incidencia que puedan tener en la conducta de compra/no-compra es ínfima. La preferencia del lector por uno u otro de los semanarios depende casi exclusivamente de su postura ideológica.

También apunta Verón (2004), que el lector 'fiel' lo es porque sabe de antemano qué tipo de discurso va a encontrar. "La lectura de ciertos géneros-P (y de ciertos títulos) posee un valor-signo que vuelve a inscribir el acto de compra dentro de una estrategia más amplia de distinción social" (párr. 59). Con esto queremos señalar que el hecho de ser lector de *El Caudillo* o de *El Descamisado* implica mucho más que una mera preferencia de lectura, es una clara muestra de la posición del sujeto en el espacio político.

Si bien, como veníamos describiendo, la información en estos semanarios no se encuentra mayormente clasificada en secciones, sí existen unas pocas que están bien delimitadas y tienen continuidad. En *El Caudillo*, en principio, se distingue *Dele-dele*, ilustrada con el dibujo de un bombo y compuesta de textos cortos presentados en recuadros. Además de promocionar las actividades de la JPRA, el C. de O., el Ministerio de Bienestar y afines, en esta sección se *pasa revista*, se tocan temas de cultura, espectáculos y deportes, siempre desde la crítica ideológica. También aparece desde el primer número la sección *¡Oíme...!*, aunque a ésta no se la identifica como tal de manera clásica, sino a partir de la reiteración en las sucesivas entregas de artículos similares en su diagramación, forma de enunciación y cuyo título siempre comienza con la palabra *Oíme* pero va cambiando el sujeto interpelado. Luego se irán sumando

otras como el *correo de lectores*, *Una semana en política* y *chismes-entretenimientos*, donde, podríamos decir, se amenaza con humor. *El Descamisado* cuenta con *Organizar-movilizar-controlar-custodiar-apoyar*, que aparece en distintas partes de la revista y tiene una dinámica similar a *Dele-dele*. También tiene el *Correo Descamisado* y la historieta *450 años de guerra contra el imperialismo*.

No obstante la predominancia de la *simetría* como estrategia discursiva, en el caso de *El Caudillo*, se da cierta ambigüedad, porque algunos artículos se construyen desde la *distancia*. Además de la clasificación de la información que mencionamos antes, Verón (1995) define a esta estrategia en términos de “somos diferentes por eso lo que le tengo que decir es interesante”, y le atribuye la característica de la interpelación a la segunda persona, “haga esto o aquello”. A esta característica, el autor la sub-denomina *estrategia pedagógica* y agrega que, en el caso extremo, hay frases nominales en infinitivo que se presentan como verdades absolutas.

Otras posibilidades son hacerle preguntas al destinatario o realizar enumeraciones (p. 108-9). Buen ejemplo de este tipo de notas es “Currículum de una atorranta llamada Sinarquía” (*El Caudillo*, N° 5, pp. 4-5). Más allá del estilo coloquial del título, la redacción del artículo tiene un estilo bastante cercano al mundo académico, abundan las citas de autoridad y el contenido está claramente ordenado por apartados donde se abordan a su tiempo los aspectos económicos, políticos y religioso-culturales del tema central para finalmente arribar a las conclusiones.

Por otro lado, puede mencionarse una diferencia respecto de *El Descamisado* en cuanto al lenguaje utilizado, que da indicios sobre el público al que apunta cada semanario. Mientras la revista *montonera* emplea un lenguaje coloquial, juvenil, descontracturado, la *ortodoxa* mantiene cierta formalidad en su modo de expresarse, aunque no se priva de apelar al insulto para darle una mayor carga de agresividad a sus enunciados, podría decirse que utiliza un estilo y una jerga propia de los ámbitos policiales o militares.

En cuanto al plano del contenido o campo semántico, Verón (1995) distingue cuatro componentes: *Distintivo*, que se basa en la función referencial (relación del discurso con lo real) y donde el enunciador aparece como el depositario del saber; *Didáctico*, donde se anuncian verdades absolutas, generales; *Orden del deber*, en el que prevalecen las expresiones que de modo explícito suponen la exhortación, tales como “es necesario que...”, “debemos...”; *Programática*, donde es evidente la proyección del ideal imaginario. Es el poder hacer. Los dos primeros son del orden del saber, el tercero, como su nombre lo indica corresponde al deber y el cuarto al poder (p. 116).

Luego se brindan algunos ejemplos de construcción del adversario. En el orden del saber (por ejemplo, en la tecnocracia), el otro es un ignorante, “si supiera algo tendría el mismo programa que yo”. En el orden del deber (por ejemplo, en el macartismo), las ideas del otro son peligrosas (p. 118).

Aplicando estas clasificaciones podemos afirmar que en *El Caudillo*, la construcción del adversario se da tanto en el *orden del saber* como en el *orden del deber*. Los “tendenciosos”, ante todo, no conocen al peronismo, porque son muy “jovencitos” y porque provienen de “familias gorilas”. Pero esta misma ignorancia, a su vez, los lleva a confundir al peronismo con ideas socialistas y ahí es donde entra en juego el orden del deber: el adversario ya no es apenas alguien que *no sabe*, sino alguien cuyas ideas son peligrosas. *El Descamisado*, en cambio, caracteriza a su adversario sólo desde el orden del deber. En este caso el adversario sabe lo que hace, tiene claro lo que quiere pero tanto sus proyectos como sus acciones son contrarias al deber ser, son moralmente incorrectas.

Otra clasificación que realiza Verón (2004) es la de las tres subespecies de destinatarios propias del *discurso político*: *Pro-destinatario*, contemplado a través de mecanismos de refuerzo de la creencia compartida; *Para-destinatario*, blanco de mecanismos del orden de la persuasión; y *Anti-destinatario*, blanco de los rostros de lo polémico.

Tanto *El Descamisado* como *El Caudillo* tienen bien definidas sus tres subespecies de destinatarios. El para-destinatario es compartido, se trata del peronista medio, trabajador, que no se interesa demasiado por las cuestiones políticas y que, por ende, no toma partido por ninguno de los dos bandos que se disputan el control del movimiento. Los lugares de pro-destinatario y anti-destinatario se dan cruzados. El pro-destinatario de una revista es el anti-destinatario de la otra y viceversa y a quién se interpela en cada caso queda muy claro, es totalmente explícito.

Un caso particular es la sección *¡Oíme!*, que muchas veces interpela directamente al anti-destinatario, pero está escrito de un modo irónico y agresivo que busca *divertir* al pro-destinatario. La intención es hacer una caracterización del adversario. Por ejemplo, en el primer número, la nota se titula “¡Oíme, piba!” y en el primer párrafo se lee: “¡Sí, a vos te hablo! A vos, que llevás la parte de arriba enfundada en ideas rusas y la parte de abajo en ‘bluyins’ yankis” (*El Caudillo*, Nº 1: 10-1). La estrategia enunciativa de interpelar al anti-destinatario en segunda persona logra potenciar la violencia del mensaje.

En este caso podemos decir, siguiendo a Catherine Kerbrat-Orecchioni (1997) que se trata de un *tropo comunicacional* que sucede cuando “la jerarquía efectiva de los

niveles de recepción se invierte en relación con la jerarquía esperada, es decir que aquél que se inscribe literalmente en el enunciado como su destinatario indirecto funciona de hecho como el verdadero alocutario” (p. 35).

El enunciador, se refiere a sí mismo como un “negro peronista”, que no tiene tiempo para “concientizarse” porque “labura”. En el quinto número el título es “¡Oíme, compañero!” y por primera vez en esta sección no se interpela al anti-destinatario, sino al para-destinatario. “A vos, que cuando nos encontramos en la calle –siempre con poco tiempo ambos, porque los dos laburamos- solamente me repetís unas pocas palabras: ‘No entiendo mucho de lo que pasa, pero el general sabe lo que hace’” (*El Caudillo*, Nº 5: 10-1). Esto tiene que ver con la caracterización del para-destinatario que hicimos y refuerza, una vez más, la idea de que el enunciador es un “laburante”.

En *El Descamisado* también se apela a ciertos giros en el destinatario apuntado. Por ejemplo, en el editorial del Nº 26 se interpela alternadamente a Perón y a los *compañeros*. Es el momento en que finalmente se acusa recibo de los ataques que Perón le viene propinando a la Tendencia y comienza a desplegarse la teoría del cerco: los “adulones y traidores” tienen rodeado al General. La obligación de los *leales* es señalarlos pero, si el conductor les exige que dejen de hacerlo, lo harán por última vez en este editorial. Se comienza hablando de *nosotros* y *ellos*, sin destinatario definido y mencionando a Perón en tercera persona: “...esos dirigentes de la cúpula sindical, son traidores, totalmente traidores. Porque lo vendieron a Perón, negociaron con Lanusse, echaron de las fábricas a los obreros que se les oponían, matonean y asesinan” (p. 2). Y en ese momento, en el sexto párrafo, se lo empieza a interpelar en segunda: “Son traidores, General” (p. 2), así se continúa casi hasta el final, donde se redirecciona el discurso y se apunta explícitamente a los *compañeros*. “Compañeros, aquí en el Movimiento Peronista está el pueblo, aquí están los trabajadores y aquí su líder y conductor [...] y aunque uno piense distinto, cuando el General da una orden para el conjunto, hay que obedecer” (p. 3). El mismo recurso se repite en el título del editorial del número 37 pero ya exagerado hasta el punto de la incongruencia: “Compañeros: cómo y de quién lo defendemos, general”.

Sigal y Verón (2003) también reparan en esta alternancia en el destinatario apuntado por *El Descamisado* y la definen como una “especie de fórmula mágica que intenta desesperadamente mantener juntos los pedazos de un dispositivo de enunciación que está a punto de disgregarse en mil fragmentos” (p. 212), dispositivo que consiste en posicionarse como portavoz del pueblo -es decir, como vanguardia política-, a la vez que leal a Perón, única voz legítima del pueblo para el movimiento peronista.

Tomando la teoría de la *transtextualidad* o *trascendencia textual del texto*, que desarrolla Gerard Genette (1989) en *Palimpsestos* y define como “todo lo que pone al texto en relación, manifiesta o secreta, con otros textos”, podemos decir que entre las dos publicaciones existe una constante relación de *metatextualidad*, la cual consiste en referirse a otro texto (o, en este caso al texto del otro) sin citarlo “e incluso, en el límite, sin nombrarlo”. También puede decirse, siguiendo al mismo autor, que *El Caudillo* nace en relación de *hipertextualidad* con *El Descamisado*, sobre el cual realiza una operación de *transformación indirecta* o *imitación*, la cual consiste en utilizar las mismas formas para comunicar otros contenidos. Además, las dos revistas realizan operaciones de *intertextualidad*, donde la presencia de otros textos es explícita. Suelen incluirse recortes de los diarios de mayor tirada, sobre los cuales se realizan intervenciones a mano alzada para señalar lo que se quiere destacar. A ese recorte, a su vez, se lo pone en relación de *paratextualidad* con un título y un comentario que guían su lectura (Genette, 1989: 9-16).

Una utilización interesante de la *paratextualidad* –que no es más que eso, la relación que el texto propiamente dicho mantiene con su paratexto: título, subtítulo, prefacio, epílogo, etc...- se da en la publicación que hace *El Descamisado* de una serie de discursos que dio Perón en la CGT y la revista transcribe y publica completa, con una diagramación sobria, donde predomina fuertemente el texto y sólo a veces se ilustra con alguna *fotografía testimonial*.⁴³ Los títulos y subtítulos corresponden a citas de lo expuesto por Perón y en ocasiones se incluye una bajada que intenta hacer lupa sobre los fragmentos de la disertación más convenientes a los intereses del semanario. En el N° 25 se publica el discurso del 2 de noviembre y tanto el título como el copete evitan referirse a las afirmaciones que son francamente opuestas a las que sostiene la revista y, por extensión, Montoneros. Puede notarse el esfuerzo por disimular algunos signos de fuerte contenido político emitidos por Perón. Mientras la JTP realizaba su acto en el Luna Park en el que se atacaba sin reparos a la dirigencia de la CGT, el viejo líder daba su discurso “desde esta central obrera, que para mí es casi como mi propia casa”. Y decía cosas como: “...no creo que en ningún otro lado se haya alcanzado, cualitativamente, el grado de perfección que nuestra organización pone en evidencia todos los días”. O, más adelante: “...la organización sindical argentina encuadrada en dirigentes capaces y honestos, sin estridencias y sin revoluciones, que son generalmente teóricas y que se hacen cuando se está en la

⁴³ La *fotografía testimonial* es “la imagen cuya pertinencia se fundamenta por entero, en el momento en que se la difunde por primera vez, en el hecho de captar el instante del evento [...] está allí porque constituye la captación del acontecimiento del que se habla en el texto que la acompaña” (Verón, 1997: 62).

oposición y no cuando se está en el bando de uno” (*El Descamisado*, Nº 25: 6-7). A continuación del discurso de Perón, se publica un comunicado de Montoneros emitido el día 3 de noviembre, que termina diciendo: “...convocamos a todas las fuerzas leales del Movimiento Peronista a defender al Gral. Perón y al gobierno, organizándose contra esta ofensiva de la cúpula sindical” (*El Descamisado*, Nº 25: 8). ¿Defender a Perón de los dirigentes a los que el día anterior había saludado afectuosamente y había calificado de capaces y honestos? Los esfuerzos por tapar el sol con la mano se notaban insuficientes, no se puede gambetear con estrategias discursivas un acontecer político que se define con tanta claridad. Cualquier lector atento de *El Desca*, lo habrá visto a pesar de los velos: Perón estaba con la cúpula sindical, contra la Tendencia.⁴⁴

Juegos estéticos: el decir de las imágenes

También menciona Genette (1989), entre los elementos que componen el universo paratextual, a las ilustraciones. Pero no indaga en esta cuestión específica como sí lo hacen Eliseo Verón (1995; 1997) y Lucía Ulanovsky (2012). Basándonos en estos textos, podemos efectuar algunas observaciones sobre el rol que juega la imagen en estas revistas.

En principio notamos que por tratarse de semanarios políticos predominan las imágenes que establecen con el texto una relación *especular o tautológica*, tal como la nomina Verón (1995), donde imagen y texto se remiten mutuamente y aquella es “de ‘fondo semántico’ porque es la imagen sobre la cual se puede escribir, es informativa en sentido clásico” (p. 105). Por ejemplo, si *El Descamisado* habla de un atentado en el despacho del gobernador de Mendoza, se publica una imagen del gobernador en su escritorio y a continuación otra de la oficina destruida por una bomba. Si *El Caudillo* hace una nota sobre el “sabotaje a la canasta familiar”, se ilustra con fotos de carnicerías y almacenes, comerciantes y amas de casa.

Sin embargo, a pesar de esta coincidencia propia del hecho de que ambas publicaciones pertenecen a un mismo *género-P*, al realizar un análisis más atento del uso que se le da a la imagen en cada una de ellas, se encuentran algunas diferencias.

⁴⁴ Una manipulación similar ocurre cuando se reproduce el último de estos discursos de Perón en la CGT y la siguiente nota, que aborda el Congreso de la Federación Universitaria para la Liberación Nacional de Buenos Aires (FULNBA), se titula con una frase de Perón, que no fue dicha en referencia a ese encuentro del cual, por supuesto, tampoco participó: “Preferimos el desorden en libertad que el orden en esclavitud” (*El Descamisado*, Nº 33: 6).

El Caudillo utiliza con frecuencia lo que Verón (1995) llama *retórica de carácter*, que consiste en mostrar “figuras notorias de la política para construir interpretaciones de la sociedad” (p. 108). Así, por ejemplo, publica en la misma página una foto de un busto de *El Chacho* Peñaloza y otra de un busto de Facundo Quiroga. Cada cual acompañada de su respectivo epígrafe que completa lo que se quiere transmitir. “Chacho: la verdad nunca muere”, en un caso. “Quiroga: la voluntad de los pueblos”, en el otro (*El Caudillo*, Nº 1: 6). En otra edición, se dedica la doble página central a un retrato de Juan Manuel de Rosas, homenaje ante un nuevo aniversario de su muerte (*El Caudillo*, Nº 18: 12-3). En esta retórica no puede faltar, claro está, la notoria figura de Don Juan Perón. En la edición del 21 de diciembre se le *obsequia* al lector una foto *en pose* del general sonriente junto a su esposa y una copa de champán en alto. La imagen ocupa la página completa y sobre el ángulo inferior derecho se imprime: “Perón e Isabel brindan por el pueblo y su futuro” (*El Caudillo*, Nº 6: 3).⁴⁵

Por otro lado, vemos que los procedimientos que señala Ulanovsky (2012) como característicos de la retórica de *El Descamisado* aparecen también en *El Caudillo*. Por ejemplo, un interesante trabajo de *ficcionalización*, a través de la construcción de una secuencia fotográfica, se da en “¡Óigame, Padre!” (*El Caudillo*, Nº 4: 10-1). Se ilustra con cuatro grandes fotos que ocupan más de una página y están dispuestas tipo secuencia. Se ve a Mugica, en situación de entrevista, gesticulando con sus manos, puños cerrados y dedos índices desplegados. Por el orden que se les da parece que el Padre simula sacar dos pistolas, apunta, hace fuego y, en la cuarta foto, junta sus manos y se ríe.

También descubrimos en las páginas de *El Caudillo* aquello que señala Lucía Ulanovsky (2012) sobre el semanario dirigido por Dardo Cabo: “utiliza recursos visuales de intericonicidad y otros tópicos recurrentes en el cine militante (niños pobres, viejitos campesinos, manifestaciones populares)” (párr. 11).

Un buen ejemplo de *simbolización* e *intericonicidad* puede hallarse en la cuarta nota de la serie sobre la historia de la UOM que publica *El Descamisado*, titulada “El fraude de los mediocres”. Se ilustra con grandes fotos, en planos cortos y medios, de Lorenzo Miguel, Rucci y Calabró. La iluminación y las expresiones faciales de los personajes remiten a cierta construcción estética de la mafia, podemos decir entonces que se busca *simbolizar* a la mafia con esas fotos. Pero también nos animamos a hablar de *intericonicidad* porque por esos días de marzo de 1974 el suceso cinematográfico *El*

⁴⁵ Sobre *La Pose*, dice Verón (1997), que es “un regalo que le hace el personaje fotografiado al fotógrafo (y por su intermedio, al lector)”, y también que “es una modalidad típicamente empleada en el *affichage* electoral, es decir, en un medio controlado por la formación política que emite la imagen” (pp. 64 y 66).

Padrino estaba muy presente en el imaginario colectivo y las imágenes que utiliza *El Descamisado* remiten a esa película, tienen una estética *padrinesca* (Nº 42: 10-1).⁴⁶

En el mismo número se publica un ensayo fotográfico sobre una violenta represión a los trabajadores petroleros en Comodoro Rivadavia, titulado “Aquí se fusiló al pueblo”. Las fotos son básicamente testimoniales pero a una de ellas, a través del epígrafe, se le carga un sentido adicional o segundo. Se ve un grupo de manifestantes agitando dos grandes retratos de Perón y Evita, frente a los policías que aguardan detrás de las unidades celulares dispuestas en forma de barricada. El epígrafe reza: “Paradojas de un gobierno popular: de un lado la policía expectante para golpear, del otro el pueblo con Perón y Evita” (*El Descamisado*, Nº 42: 16-7). Por un lado, la foto es parte de una secuencia que denuncia un hecho de represión concreto pero, por otro, a través de una intervención textual se destaca su *función metafórica*: no se trata ya de la policía de Chubut, los trabajadores del sindicato de petroleros de esa provincia y los carteles de Perón y Evita, sino de la policía, el pueblo, Perón y Evita. Digamos que más que una metáfora se trata de una metonimia porque los hechos que se denuncian no son *otra cosa que está en lugar de* sino *una parte del todo* que en este caso sería un gobierno popular paradójico.⁴⁷

El Caudillo suele ser menos sutil para comunicar sus verdades y encuentra en las caricaturas un recurso muy útil para hacerlo. No sólo se utilizan en las secciones de humor sino también para ilustrar algunas notas. Así ocurre, por ejemplo, en el Nº 20 donde se cuestiona que Iñiguez haya definido a Firmenich como “nacionalista, católico y peronista” y se utiliza una caricatura de éste vestido de cura, haciendo el saludo nazi (Nº 20: 20). También se ridiculiza a la Tendencia con una caricatura en la nota titulada “El currículum de una loquita llamada guerrilla” (Nº 1: 8-9). Otro recurso propio de la revista de Romeo es la fotografía intervenida, por caso una fachada del local de la

⁴⁶ La primera entrega de la trilogía *El Padrino* -adaptación de una novela de Mario Puzo, dirigida por Francis Ford Coppola- se estrenó en Argentina el 20 de septiembre de 1972. Para tener una dimensión de lo que generó el film, cabe mencionar que como en Chile, durante el gobierno de Allende, la industria de Hollywood no distribuía sus películas, los cinéfilos de ese país viajaban a Mendoza (Argentina) o Tacna (Perú) para poder verla. Fuente: Marín, Pablo (3 de marzo de 2012).

⁴⁷ La *función metafórica* de la imagen es otro de los tipos que clasifica Verón (1995) y que, como su nombre lo indica, se da cuando lo que se ve en la imagen está representando otra cosa. Es un recurso bastante utilizado en *El Descamisado*. En el Nº 44, por ejemplo, para ilustrar una nota titulada “El pacto social: instrumento de la liberación o instrumento de la dependencia” se recurre a una foto de Gelbard y Rucci conversando amablemente que simboliza el pacto entre la patronal y la burocracia sindical en perjuicio de los trabajadores (Nº 44:16-7). A la semana siguiente se *justifica* el asesinato de Rogelio Coria con un artículo que lleva de título: “Así murió... porque así vivió”. Las fotos son, una del cadáver tirado en el piso y la otra del hombre vivo, vestido de traje, sentado en un confortable sillón de cuero (Nº 45: 8). La metáfora sería: vivió como un buen burócrata enriquecido a costillas de los trabajadores y murió ajusticiado por traidor.

Regional 1 de la JP quebrado en tres partes para graficar el “conflicto en la tendencia” (Nº 21: 9); o una secuencia donde se repite cinco veces la misma foto de Chejolán muerto sobre la calle, alternando negativo y positivo, como señalando luces y sombras en el joven asesinado (Nº 21: 18).

El Descamisado, más formal en el tratamiento de la imagen, si utiliza dibujos no son caricaturas sino diseños más realistas que no se proponen la burla, por ejemplo los que ilustran una nota sobre la historia de la lucha ferroviaria en el Nº 35 o los que aparecen semana a semana en la sección de historieta. También concede espacio a la creatividad en la diagramación –tipografías, distribución de texto e imagen en las páginas, uso del color-. Ejemplo de esto es un artículo que se titula “Con los villeros y no para los villeros”, y el copete amplía: “El Movimiento Villero Peronista ‘se metió’ en el Ministerio de Bienestar Social. Opinó, y ahora espera la respuesta”. Tanto título como copete están dentro de un recuadro que simula la estética de las publicidades de ese ministerio (Nº30: 14).

Como vemos, el rol que jugaban las imágenes en estas publicaciones era muy importante, tal es así que la clausura de *El Descamisado* fue producto de la publicación de fotografías que muestran a un policía asesinando a un manifestante (Nº 46: 4-5 y 18-9).⁴⁸

A continuación se comentan dos ejemplos más que agregan información acerca de cómo se comunicaba a través de la imagen.

Había ediciones de *El Descamisado* donde el espacio dedicado a las fotografías era superlativo. El titular de tapa del Nº 33 es “Las grandes fotos de 1973. Este fue el año que vivió el pueblo peronista”. El extenso ensayo fotográfico se identifica con un cintillo que le da continuidad a las 18 páginas. Las fotos no tienen epígrafes pero se ordenan por títulos, en algunos casos acompañados de breves textos.⁴⁹

Se ve con claridad en ese repaso cuáles son las impresiones de la JP sobre los principales acontecimientos políticos de 1973. Al número siguiente, también con fuerte presencia fotográfica, la nota de tapa plantea: “¿Por qué lucharon los trabajadores en 1973?”. Se repasan todas las luchas obreras que durante el año tuvieron espacio en las páginas de la revista. Se sigue un orden cronológico y se ilustra con fotos, principalmente de obreros festejando, que dan idea de triunfo.

En *El Caudillo* (Nº 2: 12-3) hay una nota muy interesante para indagar sobre la utilización de la imagen como estrategia enunciativa. Se titula “La política y la

⁴⁸ Se trata del ya mencionado asesinato del joven militante del MVP, Alberto Chejolán.

⁴⁹ No sólo la nota principal es fotográfica sino que el número se abre con un fotorreportaje, de dos páginas, sobre un acto realizado por Montoneros en el Luna Park.

estrategia antiperonista de Far-Montoneros". La nota está ilustrada con dos fotografías, en una se ve a Firmenich saludando y el epígrafe señala: "el saludo nazi-castrista de Mario Firmenich". En la otra, donde debiera hacerse referencia a las FAR, se ve reunida a la conducción del PRT-ERP y no hay epígrafe. Difícil saber si se trató de un error o hubo intencionalidad. Vamos a suponer lo segundo y en ese caso podemos interpretar que publicando esa foto se haya querido reforzar la idea de que Far-Montoneros era tan anti-peronista como el PRT-ERP.

Diálogos e interpelaciones directas

En la edición de *El Descamisado* posterior a la aparición de *El Caudillo* no hay ningún tipo de mención a éste y tampoco la habrá en los números siguientes. Sin embargo sí las hubo en los diarios *La Opinión* y *Noticias* (este último, de Montoneros) y en la revista *Militancia* –la otra publicación con la que más confrontaba *El Caudillo*– por lo que el hecho de no reaccionar ante las agresiones directas que se reciben desde aquellas páginas parece responder a una estrategia que se puede calificar como *ninguneo*. La tirada de *El Caudillo* correspondía al 10 por ciento de lo que imprimía *El Descamisado*, por lo cual resulta lógico que desde la redacción de éste se haya optado por hacer *oídos sordos*.

El Caudillo, por su parte, apunta constantemente contra la revista de "los tendenciosos". En la sección *chismes-entretencimientos* de su tercera entrega, se satiriza la tapa de *El Descamisado* N° 26. Dentro de la misma sección, en el recuadro "Estamos podridos de...", uno de los ítems completa "...que las malas palabras estén de 'moda'", muy probablemente en referencia a la tapa de *El Descamisado* N° 28, aparecida tres días antes ("¡Qué cagaso!"). Si bien es este semanario el blanco principal de sus ataques, *El Caudillo* también se ocupa de otras publicaciones como *Militancia*, a la que le propone un tipo de confrontación bastante original: a través de personajes de historieta. A *Tendencio*, el personaje que aparece en la revista de Ortega Peña y Duhalde, los creativos de Romeo le responden con *Ortodoxio*, un fiel representante del peronista de *pura cepa*, pecho inflado y brazos fuertes, hombre de trabajo; su cabeza es una "P" sobre un escote en "V" y no le falta el bigote que lo diferencia del barbudo marxista, que además es *debilucho*, desgarrado porque es *chupatintas* y usa anteojos sobre su nariz prominente que indica judaísmo.

La interpelación a la publicación adversaria es frecuente en *El Caudillo* y directamente no ocurre en el caso de *El Descamisado*. Aun así existe cierto diálogo entre ellas porque cuando *El Descamisado* se refiere a dichos o acciones de la

burocracia, los *traidores* o el *brujo-vandorismo*, sin referir directamente a la revista de Romeo discute con lo que se publica en sus páginas. Son distintas estrategias. En su trigésima entrega, *El Descamisado* se pregunta en tapa: “¿Qué pasa con los milicos?” y *El Caudillo* (Nº 5) que sale tres días después le responde en tapa y contratapa: “Con los milicos no pasa nada / Perón tiene las botas bien puestas”. El editorial de esa misma edición, “Ya nos tienen cansados”, también es una respuesta directa al publicado por el adversario el martes anterior. “¿Pacto social con represión?”, se pregunta *El Descamisado* (Nº 35) en la tapa del martes 15 de enero de 1974. “Pacto social para el pueblo y represión para los enemigos de la reconstrucción”, le contesta *El Caudillo* (Nº 10) el viernes siguiente.

Finalmente, en su edición del 29 de enero del 74, *El Descamisado* (Nº 37) reacciona ante las provocaciones de *El Caudillo* y titula en tapa: “De quién hay que defender a Perón”. El titular hace referencia a la frase con que Perón concluyó su discurso del 20 de enero: “Ha pasado la hora de gritar Perón; ha llegado la hora de defenderlo”. Pero también a la tapa y contratapa de *El Caudillo* Nº11, publicada el 24 del mismo mes, que decían respectivamente: “Defender a Perón / Con todos los calibres”. Para confirmar que se trata de una referencia, aunque solapada, a la revista del *brujo*, en el editorial de Dardo Cabo se lee:

...los monopolios imperialistas son los responsables y nadie los toca. De esto es que hay que defender a Perón. De esto. *Pero no es una cuestión de calibres*. La ultraderecha al igual que la ultraizquierda cree que esto se soluciona usando un calibre más grande. ¿Dónde tendrán los sesos? (*El Descamisado*, Nº 37: 2).

Nótese que se coloca a la *ultraizquierda* junto a la *ultraderecha*, lo cual también ocurre en el discurso de *El Caudillo*.⁵⁰ Las dos publicaciones excluyen de sus respectivas cadenas equivalenciales tanto a la derecha como a la izquierda (con el prefijo *ultra* en el caso de *El Descamisado*), igualándolas en tanto elementos excluidos de la *formación discursiva peronismo* con la que se identifican ambas.

A veces, *El Caudillo* opera mediante la *intertextualidad*, entonces *El Descamisado* no es evocado sino que se hace presente, se corporiza. Así ocurre en un recuadro sobre un viaje de Dardo Cabo a Cuba que es encabezado con el logo de *El Descamisado*. Se informa que el “ex vandorista, ex cóndor y ex peronista” fue a

⁵⁰ En buena parte de las notas de *El Caudillo* Nº 11, por caso, se utiliza una especie de volanta, escrita en blanco sobre fondo negro, que indica, según el caso, “Agresión de izquierda” o “Agresión de derecha”. La izquierda agrade a través del terrorismo o la mentira y la derecha lo hace mediante el sabotaje o el desabastecimiento.

“buscar apoyo ideológico y financiero de Fidel Castro” para el semanario “(vocero oficial de Mario Firmenich)”, porque “el pueblo le ha vuelto rotundamente la espalda y su pasquín ya no lo quiere financiar ni el ERP” (*El Caudillo*, Nº 7: 8). Vuelve a recurrirse a la intertextualidad cuando se señala: “Estos son los fantasmas que no puede ver Dardo Cabo”, y debajo se pega una foto de una movilización de la JPRA y un recorte del último editorial de *El Descamisado* donde se trata de “fantasma” a esa organización (*El Caudillo*, Nº 16: 22).

Dele-dele es una sección donde se interpela con frecuencia al semanario rival, una semana se lo acusa de mentir “por boca de la JTP una democracia sindical que nunca practican” (*El Caudillo*, Nº 11: 14) y a la siguiente se lo intimida: “El Descamisado: Ayer cuestionado. Hoy allanado. Mañana...” (Nº 12: 16). También la sección *Chismes-entretencimientos* es un lugar propicio para la proliferación de referencias a “El Descabezado”, como suelen mencionarlo.

En la insistente referencia a la revista con la que pretende rivalizar (y la conducta indiferente de ésta) *El Caudillo* desnuda cierto complejo de inferioridad, propio del que es creado a imagen y semejanza de otro. Aunque ese otro sea señalado como el enemigo, no deja de ser aquello a lo que hay que imitar.

El Caudillo Nº 22, del 12 de abril del 74, abunda en referencias festivas a la clausura del semanario de Montoneros. La tapa misma se inscribe en esa celebración. El titular, construido con los logos de tres publicaciones enemigas, dice: “Ya! se acabó la ‘militancia’ de *El Descamisado*”, y en contratapa se proclama: “Otro triunfo de *El Caudillo*”. El editorial destaca que son más importantes las muertes de los compañeros Magaldi y Quinteros -“porque son la militancia y el descamisado en serio”- “que el apresamiento de dos pasquines de poca monta” (p. 2). La sección *Una semana en política* le dedica un apartado: “¡Se nos fue ‘El Desca’!” (p. 4), y la doble central de humor gráfico también se mofa de la clausura (pp.12-3).

Las alusiones a *El Caudillo* que aparecen en *El Descamisado*, como dijimos, son mucho más sutiles e indirectas. Por ejemplo, cuando las lágrimas derramadas todavía humedecían las páginas de la última edición de la revista lopezreguista, el semanario montonero publica una página dedicada a Alejandro Giovenco que lleva de título: “Se mató sin poder ser peronista” (*El Descamisado*, Nº 41: 11). Allí se afirma que Giovenco no murió heroicamente, asesinado por el enemigo, sino que su deceso se produjo cuando una bomba que llevaba para efectuar un atentado estalló accidentalmente sobre él. Otro tipo de presencia *caudillesca* que descubrimos dentro de *El Descamisado* es una carta de lectores violentamente ofensiva, de contenido y

prosa muy propios de Romero y su tropa. Es anónima y la revista la titula "Sin Nombre" (Nº 42: 9).

Los usos de la memoria

En los abordajes que hace cada una de las publicaciones sobre acontecimientos históricos se puede ver algo más sobre sus posicionamientos políticos.

El Descamisado se ocupa de rescatar algunas experiencias obreras, como la historia de lucha de los trabajadores ferroviarios, o la toma del frigorífico Lisandro de la Torre en 1959 (Nº 35: 10-3 y Nº 36: 16-9). También indaga en la historia de la UOM, en una serie de seis notas publicadas entre el número 39 y el 44, pero sólo en la primera se habla de "Aquellos años... Cuando la UOM tenía dirigentes peronistas", las cinco siguientes son sobre el periodo vanguardista, los años de "traición".

Los nombramientos de Villar y Margaride también llevan a *El Descamisado* a ejercitar la memoria. Así se publica "La historia de Villar", donde se reproducen algunos episodios de su trayectoria a partir de notas de diarios (Nº 39: 20-1); y "La historia de un peronista", donde se incluye un pequeño cuadro comparativo entre Margaride y Caride (éste había sido acusado por aquél de querer asesinar a Perón), dónde estaba y qué hacía cada uno en 1959, 1963, 1966 y 1973 (Nº 40: 4-5).

En su afán por construir su identidad peronista, *El Descamisado* recurre también a notas del tipo "Habla la resistencia", elaborada en base a los testimonios de Arnaldo Lizaso, Armando Cabo, Dante Viel, Avelino Fernández, Sebastián Borro y Andrés Framini, todos referentes de los años de la Resistencia Peronista (Nº 43: 26-9). Otra nota de este cariz es "¿Liberación sin justicia social?", que abre con cuatro grandes fotografías de las movilizaciones del 17 de octubre de 1945 y el 1 de mayo de 1946, que ocupan una página y media. Más adelante hay una comparación de fotos, en ambas se ven hombres recostados o arrodillados sobre el pasto disparando. Un único epígrafe refiere: "1955. En Palermo para reprimir al pueblo. 1973. En Ezeiza para reprimir al pueblo. 'La burocracia traidora es hija de la libertadora'" (Nº 45: 16-20). Es ostensible la intención de vincular a la JP del 73 con el pueblo peronista del 55 y a la burocracia del 73 con el ejército gorila del 55. En cuanto al recurso fotográfico para hacerlo, podemos decir, en términos de Ulanovsky, que se propone un juego de intericonicidad, pero uno particular donde los dos elementos de la relación están expuestos sobre el papel.

El Descamisado cuenta, además, con la historieta de Oesterheld y Durañona que es en sí una interpretación de la historia argentina.

El peso de la historia es menor en las páginas de *El Caudillo*. Sin embargo, las temáticas de las pocas notas de este tipo que encontramos en el periodo analizado son bastante representativas de su perspectiva histórica. En la edición del 18 de enero de 1974, a raíz de recientes reclamos de la cancillería argentina ante el gobierno inglés, se publica un artículo titulado: “Las Malvinas son nuestras”, que consiste en una página de repaso histórico, con foto del Puerto Rivero -así bautizado por el Comando Cóndor en 1966- (Nº 10: 19). La figura de Rosas y otros caudillos son destacadas en varios números de la revista. En un editorial, por ejemplo, se hace un breve repaso por la historia argentina y se va de Rosas a la “Revolución Justicialista”. Luego continúa el recorrido hasta la actualidad preguntándose dónde estaban los montoneros durante los 18 años de lucha (Nº 21: 2-3).

Tanto *El Descamisado* como *El Caudillo* identifican los orígenes del peronismo en las luchas de los federales contra los unitarios, pero, como se deja ver en la elección de los nombres, unos ponderan a las montoneras por sobre los caudillos y los otros hacen lo opuesto.

Los que ríen y los que lloran

Al tiempo que comienza a percibirse en las páginas de *El Caudillo* un creciente triunfalismo, puede notarse en *El Descamisado* un incremento del desconcierto y la resignación. Los protagonistas de la película saben hacia dónde se va perfilando el desenlace y lo revelan más o menos explícitamente.

El triunfalismo de *El Caudillo* se va exacerbando con cada nuevo movimiento de piezas que ejecuta el general. Un pequeño recuadro, dentro de la sección *Dele-dele*, grafica bastante bien cómo empezaban a reacomodarse las fichas:

HORA DE JUSTICIA NACIONAL BAJO EL NUEVO ORDEN DEL GRAL. PERON:

Diversos trascendidos indicaron el futuro nombramiento del Gral. TANCO al frente de la Comuna de Buenos Aires, del Gral. IÑIGUEZ al frente del Ministerio del Interior y del Coronel Jorge M. OSINDE en la Policía Federal.

(Lindo, nomás. Se avecinan los tiempos de hacha y tiza: tiempo de machos, tiempo de peronistas. Ojalá se concreten, para bien de la Patria, del Movimiento y de sus hombres.

Infiltrados: TIEMBLEN...) (Nº 7: 14).

La desilusión se va apoderando de la JP a medida que pasan las semanas y las medidas del gobierno de Perón no se parecen en nada a las que ella reclama. La primera reacción es el desconcierto “¿Por Qué? ¿Qué Pasó?”, es el título que elige *El*

Descamisado (Nº 35: 26) para hablar de la reforma del código penal propuesta por el ejecutivo nacional. “Los mismos legisladores populares que el 25 de mayo derogaron la persecución de Lanusse ahora votarán una nueva legislación represiva más dura”, dice la bajada. Tres semanas después la pregunta se actualiza y ante los siguientes hechos: “Cinco cooperativistas fusilados. Contini torturado y asesinado. Unidades básicas ametralladas. Locales sindicales atacados con Bazukas. Muchachos asesinados por viajar en tren sin boleto”, el título es: “¿Qué Pasa?” (Nº 38: 31).

Para mediados de febrero de 1974, la situación es tan confusa para la JP, que *El Descamisado* (Nº 39) se ve en la obligación de salir a explicar –y así titula en tapa– “Por qué somos peronistas”. El título se repite en el editorial y allí se dice que en el Movimiento:

...hay dos fuerzas que luchan por darle contenido. La burocracia sindical, que todos sabemos ha estado por conveniencia ligada al imperialismo y la juventud que dio sus muertos y su esfuerzo durante los últimos siete años de estos dieciocho [...] La Resistencia Peronista es su origen [...] y Perón aunque no organizó la Resistencia ni creó las organizaciones armadas, las encuadró en la lucha y las condujo [...] Fue él quien marcó el camino del socialismo nacional para los peronistas. Allí están los libros, las cartas, la película donde él lanza esa propuesta [...] Pero, por recogerla, ahora somos infiltrados [...] Ayer éramos ‘los muchachos’ y éramos saludados por el Jefe del Movimiento con emoción por nuestra lucha, se honraban nuestros muertos y ahora, por ser como Perón dijo que tenían que ser los peronistas [...] nos señalan que hay otros partidos ‘socialistas’ donde podemos ir si queremos [...] De aquí nadie tiene derecho a echarnos (p. 2-3).

Nadie, ni Perón. Comenzaba a terminarse la paciencia de *los muchachos* que venían disimulando cada desaire que les propinaba *el viejo*.

Para Sigal y Verón (2003), lo dicho en ese editorial marca el repliegue de la Juventud Peronista sobre su *componente de vanguardia*, ahora se “requiere otra definición de la pertenencia al colectivo peronista que la lealtad al líder, o que la palabra de Perón designando leales y traidores” (p. 222). La JP se reclama peronista porque lucha en nombre del pueblo, le guste o no le guste a Perón.

Mientras tanto, *El Caudillo* era una fiesta. “¡Contagiate mi alegría! Se fueron los infiltrados”, se titula un artículo ilustrado con una foto de la conferencia de prensa que dieron Montoneros, JP, JTP y JUP para explicar los motivos de su ausencia en la reunión de juventudes convocada por Perón (Nº 13: 4).

En “La historia de un peronista” donde *El Descamisado* (Nº 40) defiende a Carlos Caride, acusado por Luis Margaride de intentar asesinar a Perón, al final del extenso copete, donde se describen los difíciles momentos que se están viviendo, el verdadero cerco de violencia que está encerrando a la izquierda peronista, se arroja una frase muy significativa, cargada de desilusión: “Por eso *parece mentira*, pero esta es la Argentina peronista de febrero de 1974” (pp. 4-5).

El mismo tono apesadumbrado, entre el asombro y la resignación, aparece en números posteriores. A la semana siguiente se publica un ensayo fotográfico bajo el título de “El asalto a la JTP”. En una de las fotos se ve a dos policías al lado de una cortina metálica donde está *grafiteado*: “PERON PRESIDENTE. FAR MONTOS”. El epígrafe es elocuente respecto al sentimiento que atraviesa a la JP en esos días:

Todavía está fresca la pintada, a escasos 30 metros de la entrada de la JTP, de cuando los compañeros preparaban la campaña electoral del General. *Quién les iba a decir* que a los pocos meses Villar y Margaride los meterían en cana (*El Descamisado*, Nº 41: 4-5).

En la misma edición, un artículo que habla sobre la detención de Roberto Quieto lleva una extensa volanta que dice “*Aunque no pueda creerse*. Después de haber peleado por Perón, por su vuelta, a la patria y al gobierno...” (Nº 41: 6). En el editorial del número siguiente, en la misma línea, se habla del golpe contra Obregón Cano, del macartismo creciente en el país -mientras Gelbard hace negocios con Fidel en Cuba- y se lanza otra frase que grafica el desconcierto: “*Hacía tiempo que no se cantaba la marcha peronista con policías corriéndonos*” (Nº 42: 2-3). En todas estas frases se utilizan *modalizadores* que indican desilusión: *parece mentira; quién les iba a decir...; aunque no pueda creerse; hacía tiempo que...* (seguido de un acontecimiento desagradable).

A la par que aumenta la decepción crecen también los cuestionamientos al líder. El editorial de *El Descamisado* Nº 38, se titula “Compañeros: Los leales pueden disentir, los obsecuentes siempre traicionan”, y en el último párrafo, cuando se dan las razones para seguir dentro del peronismo, se dice que “...pelear desde adentro. Esa es nuestra mejor muestra de lealtad a la clase trabajadora, al pueblo, al Movimiento Peronista y a la Patria” (p. 3). ¿Y a Perón? ¿Ya no hay que dar muestras de lealtad al general?

En la contratapa de *El Descamisado* Nº 42 retorna la pregunta, pero esta vez con un destinatario explícito: “¿Qué pasa, General?”, se imprime en negro sobre fondo amarillo, en la parte superior. Al centro, una foto en la que se ve a un policía llevando detenida a una mujer y en la parte inferior un texto de siete líneas donde se denuncia

la represión desatada contra una manifestación de las Juventudes Políticas Argentinas. Al interior de la revista se desarrolla una crónica sobre esos acontecimientos que lleva el mismo título y la volanta adelanta: “El pueblo peronista salió a la calle. La policía reprimió. Se detuvo más gente que en todos los actos de la dictadura militar. Quieto y Caride siguen presos. Villar y Margaride le dan leña a los peronistas” (p. 27).

En el editorial del número siguiente se desacraliza definitivamente a Perón. Se considera que fue un *error* “creer que un hombre solo podía cambiar toda la situación o parte de la situación”; habría que agregar otro error, el de creer que ese hombre quería cambiar la situación -en parte o en su totalidad- en el mismo sentido que quería cambiarla la Tendencia. Luego de un repaso por todas las medidas de gobierno que se consideran desfavorables se arriba a una segunda conclusión, hubo “errores del propio General Perón a partir de un mal análisis de la situación nacional”. Se afirma que se está asistiendo “a una alianza de hecho entre el imperialismo, la oligarquía, las Fuerzas Armadas y la burocracia sindical vandorista”, y que “nosotros” debemos “recuperar las banderas y el programa que el pueblo expresó en la votación del 11 de marzo de 1973” y desalojar del gobierno a la burocracia proimperialista, “si no lo logramos, el 55 está cercano” (*El Descamisado* N° 43: 2-3). Apenas un mes de vida le quedaba al semanario de la JP.

Desde la vereda de enfrente, los grandes ganadores del momento se ríen del derrotado. Ante un par de solicitadas que desnudan conflictos dentro de la Tendencia, motivados una vez más por la sensible cuestión de la lealtad al líder, *El Caudillo* proclama: “¡Qué papelón! La Tendencia se disuelve” (N° 19: 17).

CONCLUSIONES

La propuesta es aquí, en función de lo estudiado, dar respuesta a las preguntas que motivaron esta investigación y a las que fueron surgiendo en el camino.

Para situarnos en el escenario de conflicto y conocer a los actores en pugna, se realizó una contextualización histórica que permitió identificar más claramente qué y quiénes eran la izquierda y la derecha peronistas. Una vez identificados los actores y sus trayectorias, se pasó al análisis de *El Caudillo* y *El Descamisado* para descubrir en esas fuentes primarias cómo comunicaba cada uno de los sectores su interpretación de la situación política que se vivía.

Se sabía de antemano que, a pesar de pertenecer unos y otros a un mismo movimiento político-social, sus percepciones y perspectivas serían distintas, opuestas, incompatibles. Nos intrigaba el porqué de la identificación con el peronismo de sujetos como un militante de la Juventud Peronista Regionales (JP) y otro de la Juventud Peronista de República Argentina (JPRA) o la Juventud Sindical Peronista (JSP) que, por lo demás, tenían posiciones políticas tan distintas, opuestas al punto de querer aniquilarse el uno al otro. ¿Por qué sus siglas compartían esa misma “P” que los obligaba a ser lo mismo que aquello que odiaban? ¿Por qué, en esos meses de 1973/74 para un peronista (de izquierda) no había nada *peor* que otro peronista (de derecha)? Fuimos a la fuente para intentar comprender cómo explicaba cada cual la razón de este aparente absurdo.

¿Cómo explicaban, entonces, estos dos grupos, que siendo entre sí adversarios pertenecieran los dos al peronismo? La respuesta es simple: excluyendo al otro. El otro no era peronista. Para la JP, el otro era un *traidor*, por lo tanto en algún momento había sido parte –con mayor o menor grado de honestidad ideológica- pero, producto de acciones u omisiones que afectaron su *lealtad*, ya había dejado de pertenecer. Para la Ortodoxia, el otro era un *infiltrado*, por lo cual venía de otro lado y ahora estaba adentro como un enemigo camuflado que pretendía infectar al peronismo con ideologías foráneas. Unos a otros se acusaban de ser ajenos al Movimiento, los *traidores* venían de adentro pero habían salido, los *infiltrados* estaban adentro pero venían de afuera, no pertenecían.

La Ortodoxia ponderaba su trayectoria como símbolo distintivo, tanto que la verosimilitud de las historias de militancia en la Resistencia bastaban para ser ciertas. Sus miembros alegaban llevar el peronismo en la sangre, afirmaban haber sido perseguidos por la Libertadora, mientras en las casas de esos *pendejitos* de clase media se celebraba la caída de la segunda tiranía.

La Juventud destacaba su combatividad, simbolizada en el coraje de los montoneros que con poco más de 20 años, secuestraron, juzgaron y ejecutaron a Aramburu, mientras la burocracia asistía a los banquetes militares. Insertaba sus acciones en un devenir histórico, que la excedía pero la incluía. Su lucha se encadenaba a la de San Martín, Rosas y Perón pero, sobre todo, a la del pueblo anónimo que luchaba junto a éstos.

Partiendo de la teoría de Ernesto Laclau como base para pensar esta disputa en los términos de un antagonismo se accede, quizás forzando algunos conceptos, a una serie de conclusiones.

Pensamos a la totalidad *peronismo* -pero también a la Ortodoxia y a la Tendencia como totalidades parciales- en términos de identidades negativas. Es decir, identidades que sólo a través de una cadena equivalencial pueden ser expresadas. Son, en cada caso, ese *algo idéntico* que subyace a todas las diferencias que componen sus respectivas cadenas significantes.

Por otro lado, interpretamos que entre los elementos hay diferencias y que, según el discurso que los articule, esa diferencia se convierte en equivalencia o en antagonismo. Por ejemplo, entre *patria socialista* y *patria peronista*, en el discurso de la JP se establece una equivalencia pero en el discurso de la Ortodoxia se establece un antagonismo. Lo mismo podría decirse de Evita e Isabel. En este caso, a la inversa del anterior, para la JP ser Isabel significa no-ser Evita. En el discurso de *El Caudillo*, en cambio, ser Evita o ser Isabel significa una misma cosa: ser la mujer del General.

Si pensamos a la izquierda y la derecha peronistas como totalidades parciales, podemos realizar la siguiente descripción:

Lo que está afuera de la totalidad no puede ser una diferencia más, como la que existe, por ejemplo entre la JPRA y la JSP, dentro de la Ortodoxia peronista; debe ser algo que la totalidad excluye para constituirse, algo que ella señala como no-peronismo, por ejemplo, la JP Regionales, que es *infiltración*. Esto genera una equivalencia entre JPRA, JSP y todas las organizaciones de la Ortodoxia en tanto no son infiltradas como sí lo son la JP Regionales, Montoneros y todas las organizaciones de la Tendencia. La identidad de la JPRA, por caso, se constituye en esta tensión entre la diferencia -con las otras organizaciones de la derecha peronista- y la equivalencia -con esas mismas organizaciones en tanto peronistas, no zurdas, no infiltradas-.

Teniendo en cuenta que la hegemonía es la operación mediante la cual una demanda individual “adquiere cierta centralidad” que le permite “encarnar la totalidad de la serie” (Laclau, 2005: 124) y que siempre existe una tensión entre “la

universalidad de la cadena equivalencial y la particularidad de las demandas de cada uno de sus eslabones” (p. 105), ¿se puede definir al *lopezreguismo* y a Montoneros como los sujetos hegemónicos de cada uno de los campos antagónicos dentro del peronismo en el breve pero intenso periodo 1973-74?

La respuesta es no. Hasta que se produce la fractura, con el regreso definitivo de Perón al país, no puede hablarse de campos antagónicos dentro del peronismo sino que la izquierda y la derecha convivían como elementos/momentos -en fortísima tensión porque la intensidad de sus diferencias estaban a punto de romper su lazo equivalencial- dentro de un mismo campo (peronismo) antagónico de otro campo (anti-peronismo) y el único sujeto hegemónico, el que establecía la división del espacio político en estos dos campos antagónicos era Perón.

Toda articulación requiere de cierto grado de exterioridad de la fuerza hegemónica respecto de los elementos a hegemonizar. La intensidad de la tensión entre los elementos hegemonizados por Perón lo llevó a tener que intervenir, perdiendo la exterioridad que le permitía mantenerse como sujeto hegemónico.

La constitución de dos campos antagónicos *dentro* del peronismo ocurre como efecto de este nuevo cierre que establece Perón, que excluye a los elementos de la Tendencia. Cuando un sector logra establecer hegemonía sobre el otro lo hace dividiendo al espacio en dos campos antagónicos. Esto ocurrió a mediados de la década del 40, cuando a nivel nacional el espacio político se dividió entre peronistas y anti-peronistas. Y volvió a ocurrir en 1973, pero esta vez al interior del peronismo, cuando Perón regresó definitivamente al país y ya no pudo sostenerse en el lugar de *padre eterno*, terminó por dividirse el movimiento entre los que tenían su aprobación y los que la reclamaban pero no la obtenían.

Pero, entonces, al producirse este quiebre en la cadena de equivalencias que constituía al peronismo ¿éste se disolvió como totalidad?

Por ser una totalidad cuya fijación parcial del sentido recaía en un significante que además era un sujeto, al cambiar la posición del sujeto, la serie se desarticuló y la totalidad se disolvió. De este modo, el peronismo pasó de ser uno de los campos de un antagonismo a ser el espacio de contención de los dos campos de un nuevo antagonismo. En este sentido, coincidimos con Sigal y Verón (2003) cuando afirman que “el colectivo ‘peronistas’ –ese doble de la Patria- se encontró en las mismas condiciones que su original: se había convertido él mismo en escena de los enfrentamientos políticos más violentos” (p. 249). Algo similar interpreta Horacio Maceyra (1983) al anotar que “en el seno del Movimiento Justicialista debía

reproducirse el conflicto que dividía a extensos sectores de la sociedad. El mismo ensanchamiento del movimiento así lo determinaba” (p. 39).

Se descubre entonces, que, del mismo modo que la sociedad no está suturada por la determinación en última instancia de la economía (Laclau y Mouffe, 2004: 183), el peronismo no estaba suturado por la determinación en última instancia de la palabra del líder.

Se afirma en la introducción del presente trabajo que aquello que no debía traicionarse, a lo que se le debía absoluta lealtad era, para ambos sectores, Perón, que era sinónimo de *Pueblo*. Sin embargo, Perón no puede ser una misma entidad si dos discursos lo explican de manera radicalmente diferente. Mientras se mantiene en su rol de *padre eterno*, sí puede operar como un significante vacío, es las dos y no es ninguna, es todo y es nada, está siempre en lugar de otra cosa, pero cuando toma partido, cuando se identifica en uno de los dos discursos que lo explican, se llena de contenido y ya no puede decirse sobre él cualquier cosa, sino a riesgo de que ese discurso pierda toda credibilidad.

La encrucijada fue fatal para la izquierda peronista, que tuvo que asumir que Perón y Pueblo ya no eran lo mismo, porque Pueblo seguía siendo un significante vacío que podían articular en su discurso pero Perón ya no lo era. Esta situación se plasma en las páginas de *El Descamisado*, cuando se dice, por ejemplo, que “pelear desde adentro. Esa es nuestra mejor muestra de lealtad a la clase trabajadora, al pueblo, al Movimiento Peronista y a la Patria” (Nº 38: 3). En ese encadenamiento de significantes donde en otro momento sin lugar a dudas hubiese aparecido Perón, ahora ya no, ahora se habla del “Movimiento Peronista”. Esta reestructuración del discurso de Montoneros en función de haber perdido su punto nodal, también se percibe en el editorial que dice que “de aquí nadie tiene derecho a echarnos” (Nº 39: 3). Ahora el *movimiento peronista* es el *pueblo* para los montoneros y de ahí, nadie, ni aunque se llame Juan Domingo Perón, tiene derecho a echarlos.

En este nuevo escenario, Montoneros intentó posicionarse como el elemento que encarnaba la totalidad de la serie de demandas de la izquierda peronista pero le resultó imposible porque no podía prescindir de Perón como significante flotante.

Sin embargo, tampoco pudo sostenerse la coherencia simbólica que permitía la existencia del peronismo como totalidad imaginada, porque en el nuevo cierre que arrojaba como resultado el discurso de Perón del 1º de mayo de 1974, la visibilidad del elemento excluido denunciaba su imposibilidad.

Montoneros se encuentra con una tensión que amenaza con destruir su identidad, su identificación con el peronismo es lo que se pone en tensión, y lleva a la

organización a intentar la reestructuración discursiva que le permita seguir siendo peronista a pesar del explícito rechazo del líder.

A la Ortodoxia, por su parte, la coherencia simbólica no le resulta un problema mayor, la columna vertebral del peronismo son los sindicatos, y así lo afirma el propio Perón en 1945 y antes de morir. Sin embargo, el peronismo ya es todo el resto de las demandas de la JP en general y la Ortodoxia es el intento de eliminación de aquello que ya está, que no se puede incluir o excluir a voluntad.

Para Ernesto Laclau la totalidad discursiva tiene un devenir contingente, ningún sector puede controlar los términos del antagonismo, y por eso no puede la derecha deshacerse de los elementos izquierdistas, porque la izquierda nunca se decidió a afirmar su autonomía, abandonando el espacio del peronismo. En tal situación se destruye la coherencia simbólica que permite la ilusión de la totalidad armónica, suturada. Sin embargo persiste, al menos desde la exterioridad de otras formaciones discursivas, la identificación del peronismo como un todo. Una *bolsa de gatos*, sí, pero una misma bolsa que incluye a todos los elementos que postulan su pertenencia.⁵¹

En lo que refiere específicamente a *El Descamisado* y *El Caudillo*, estamos en condiciones de afirmar que responden a un mismo *tipo de discurso*: político; y pertenecen a un mismo *género-P*: revista semanal de propaganda política. Y decimos propaganda, siguiendo lo expuesto por Verón (1971), porque se trata de “contenidos normativos que se comunican directamente” (p. 7).

Respecto al grado de interacción que había entre estas dos publicaciones encontramos que *El Caudillo* surgió como parte de una estrategia más amplia de la derecha peronista para disputarle a la izquierda los espacios donde ésta estaba más consolidada. Uno de esos espacios era el comunicacional, así se lanzó *El Caudillo* para contraatacar los envistes que *El Descamisado* propinaba al sector al que denominaba *brujo-vandorismo*. *El Caudillo* proponía una confrontación directa que *El Descamisado* esquivaba, según entendemos, con el propósito de menospreciar a la revista adversaria. Teniendo en cuenta que la publicación dirigida por Felipe Romeo había nacido como *némesis* de la dirigida por Dardo Cabo y que tenía mucho menor

⁵¹ Se toma esta expresión del testimonio de nuestro entrevistado: “Entonces, ahí, en la cárcel, me hicieron como una especie de consejo de guerra y el milico hace alusión a esta contradicción y me dice: ‘al final ustedes son una *bolsa de gatos*. No pasa nada con esta propuesta’. Yo lo que le planteo es: ‘si ustedes, como partido militar, llegan a superar las tres banderas del peronismo, yo me hago del partido de ustedes, mientras tanto nosotros somos la mejor propuesta y somos los que encarnamos la conciencia del pueblo argentino, en cuanto a mayoría’” (ver anexo).

alcance, es muy probable que la decisión editorial de *El Descamisado* haya sido la de ignorar la existencia de *El Caudillo*.

Por el hecho de haber surgido una de ellas en respuesta a la otra, comparten muchas características en el plano de la enunciación: el tratamiento de las *series informacionales*; el modo de construcción de los diferentes *tipos de destinatarios*, ciertas *estrategias discursivas* y ciertos *recursos de transtextualidad*.

Pero en el plano del enunciado es donde se desarrolla la disputa por establecer los significados de los significantes esenciales del peronismo. Por ejemplo, en las dos revistas se identifican los orígenes del peronismo en las luchas de los federales contra los unitarios, pero, como se deja ver en la elección de los nombres, unos ponderan a las montoneras por sobre los caudillos y los otros hacen lo opuesto.

El Caudillo insiste en remarcar la línea San Martín-Rosas-Perón y en ligar la Patria Peronista a la Patria Federal. Destaca como valores esenciales a Dios sobre todas las cosas; la Justicia social de la tercera posición sobre el capitalismo y el marxismo; el poder político (Perón) sobre el poder económico (Gelbard); la cultura popular (José Hernández), sobre los intelectuales de izquierda (Cortázar) o de derecha (Borges). Caracteriza al enemigo como: traidores infiltrados - recién llegados - puro grupo - amontonados - revolucionarios de café-concert - aliados incondicionales de la patria gorila – tendenciosos – bolches - bichos colorados - Nuevos Ciprianos Reyes - Peronistas 12 de marzo...

El Descamisado reivindica la luchas populares históricas, por ejemplo la de “los negros” que pelearon en el ejército de San Martín o las montoneras de mediados del siglo XIX; destaca la figura Evita; iguala la Patria Peronista a la Patria Socialista; pregona como valores la organización, la movilización, la resistencia popular, el autogobierno, la democracia directa; también la cultura popular y la patria justa, libre y soberana. El enemigo, en este caso es: la patria vandorista – los reaccionarios – los negociadores – los traidores – los obsecuentes - brutos – burócratas - logreros...

Del análisis del corpus se desprende claramente que las *condiciones de producción* de los discursos articulados en las revistas son fundamentalmente estas disputas que se dan al interior del peronismo en este periodo. En las páginas de las revistas analizadas vemos materializarse las huidizas características de estos dos sectores del peronismo, que a su vez tampoco eran compartimentos estancos sino que se nutrían de diversos afluentes, se componían de elementos diferentes entre sí, pero identificados en su relación antagónica con los elementos del *otro* peronismo.

Encontramos ahí, en esas páginas que las guardan frescas, como recién salidas de imprenta, las interpretaciones de cada sector acerca de la religión, las mujeres, los

inmigrantes, los homosexuales, la lucha, las armas. Qué decía cada uno cuando decía Perón, Dios, Patria, Oligarquía, Imperialismo, Trabajadores, Amor, Odio, Traición, Lealtad.

Ambos eran sinceros al proclamar su lealtad a Perón y no faltaban a la verdad al señalar la traición del *otro*. Si Perón era el de *Actualización doctrinaria para la toma del poder*, entonces la JP era leal y la Ortodoxia traidora, pero si Perón era el de los discursos del 21 de junio del 73 o del 1º de mayo del 74, entonces los roles se invertían.

Sin cambiar de posición, la Tendencia y la Ortodoxia pasaban de la lealtad a la traición, porque lo que se corría era el eje, el punto de referencia, que *pendulaba* de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, hasta que ahí se detuvo. Las decisiones tomadas por Perón desde su regreso definitivo hasta su muerte así lo demuestran. En esta puja por obtener la aprobación del líder que legitimara el estatus peronista de sus respectivos discursos, como gustaba titular a Felipe Romeo, “¡Ganó *El Caudillo!*”.

.

Entrevista

Realizada en la ciudad de Neuquén, octubre de 2013.

El entrevistado nació en San Luis en 1955, en el seno de una familia peronista y cristiana, su padre había sido activista sindical en los años de la Resistencia. A principios de los 70, cursando el secundario empezó a militar en la UES y al poco tiempo se integró a las Unidades Básicas Revolucionarias de Montoneros.

En 1973 se fue a estudiar medicina a Mendoza, allí vivía con su compañera y su hijo de siete meses cuando, a fines de marzo de 1975, un grupo de tareas lo fue a buscar a su casa. Recuperó su libertad recién en diciembre de 1981 y a los pocos meses volvieron a buscarlo las fuerzas de seguridad, pero esta vez pudo escapar y esconderse en la ciudad de Neuquén, donde reside desde entonces.

¿Cómo llegaste a identificarte políticamente con el peronismo?

Mi papá era sindicalista peronista y mi familia era cristiana. A los montoneros nos gastaban, nos decían que en lugar de tirar panfletos tirábamos estampitas. Mi papá trabajaba en Transporte Automotor Cuyo (TAC), en la parte mecánica, y siempre fue peronista. Había migrado del interior de San Luis a la ciudad, había enganchado laburo, había podido estudiar, terminar la secundaria. Para él era como haberse recibido de doctor, como ser premio Nobel, y hace su casa en el barrio Evita. Yo me crío en ese ambiente, para mí era un orgullo decir que había nacido en el barrio Evita.

¿Y la “Libertadora” no le cambió el nombre?

Sí, le pusieron Pueblo Nuevo, pero para la gente siguió siendo barrio Evita. Sí, había que cambiarle el nombre hasta a los perros. Y yo, cuando caí en cana, tenía un perro que se llamaba Jotapé. Mis viejos le cambiaron el nombre, le pusieron Pepé, al principio el perro ni bola pero después se acostumbró.

Había una identidad popular que la dictadura del 55 quiso borrar, pero por la resistencia, por el recuerdo del bienestar... el Estado te daba casa, te daba laburo y te dignificaba al punto tal que los trabajadores tenían su traje para ir al Colón, o al teatro o al cine. Mi viejo decía “mi primer traje me lo compré con Perón y lo usé para ir al cine”. Estas cosas siempre le rompieron las bolas a la oligarquía.

Todo esto y lo que se fue generando del 55 al 73, generó un nivel de conciencia social que se manifestó principalmente en el peronismo. Después venía la minoría.

Mi papá decía, de alguna manera como una queja nostálgica, “yo pertenecí a la Resistencia, y solamente bastaba la palabra. A mí me preguntaron: ¿Vos sos peronista? Sí; ¿leal? Sí. Y listo”. ¿Cómo accionaban? Se hacían asambleas de 20 o 30 tipos y ahí decidían. Así se metieron los milicos y los hicieron bosta. Montoneros surge como una organización político-militar, organizada, radical, clandestina. Al día de hoy hay compañeros que yo recuerdo pero no sé ni cómo se llaman ni que hacían de su vida.

¿Cómo ingresaste a Montoneros?

Yo entré en el 71, en ese momento tenía 15 para 16 y militaba en la UES. Formaba parte de las Unidades Básicas Revolucionarias, que éramos los que más cerca estábamos de la gente. Por esa edad empecé a leer, fui marxista, trotskista, buscaba pero después descubrí que era para oponerme a mi papá. Mi viejo llegó a echarme de la mesa, yo le decía: “no importa, yo no quiero comer en la mesa de un burgués”. Cosas de pendejo boludo, porque mi viejo había dejado de laburar en la TAC y se había puesto un comercio propio que vendía artículos para el hogar y relojes, adornos, joyas. Y yo le decía: “lo único que hacés es estimular el consumo de cosas de lujo, innecesarias”.

Con 15 o 16 años me fui a trabajar a la cosecha de uva, encarnando esta propuesta de la clase media militante de izquierda, iba a disfrazarme de trabajador, porque no necesitaba laburar, quería hacer la experiencia, a ver qué sentía un trabajador. Me costó un huevo. Ahí conozco a gente que militaba en la JP, entre ellos al gaita Mariano Pujadas, que fue mi primer jefe, fusilado en Trelew.

¿Cómo pasabas de una organización de superficie, como la UES o la JUP, a meterte en la estructura de Montoneros?

Era medio raro, como que te lo proponían. La cuestión pasaba por adherir o no adherir a la lucha armada. Dante Gullo, por ejemplo, jetoneaba, decía todo lo que era la línea, pero él no. José Pablo Feinmann era un tipo muy crítico de nosotros pero, de alguna manera, nos ayudaba a crear línea. Después estaba el grupo este, fenomenal, de Rodolfo Walsh, Paco Urondo. Mi primer jefe fue Mariano Pujadas y mi último jefe, afuera, fue Paco Urondo.

¿Qué recuerdos tenés de la revista *El Descamisado*?

Al Descamisado yo lo compraba en el Kiosco, era como comprar la Hortensia, la revista de córdoba, de humor, eran parte de la vida cotidiana. Y *El Descamisado* era

un mensaje para todo el país, nos unía políticamente, tenía el mensaje unificador para todo el país. Gracias a *El Descamisado*, vos tenías una idea cabal de lo que hacía y lo que iba a hacer la *orga* y las fuerzas de la Juventud Peronista en todos lados. Era un compendio de actualización política permanente.

Cuando te meten preso ¿fue de manera declarada o estuviste en condición de desaparecido?

Yo estudiaba medicina en Mendoza y habíamos formado una coordinadora de Centros de Estudiantes. Me salvé tres veces de que me secuestren, por hechos fortuitos y por algunas medidas de seguridad que nosotros tomábamos. En una de esas cae uno del centro de estudiantes y cantó, incluso cosas que no eran ciertas, como que en mi casa se hacían reuniones de Montoneros. Entonces, nos hacen una ratonera, yo no estaba en ese momento y cuando llego hacía un día que se habían metido en mi casa. Estaba mi compañera y mi hijo de siete meses. Ahí se vive un momento de mucha incertidumbre, porque, además del miedo, el horror que se vive en ese momento, que es muy difícil de transmitir. La torturaban a mi compañera en la pieza de al lado y a mi hijo delante de mí, lo agarraban de la patita y le pegaban con la 9 milímetros en la cabeza. Querían saber dónde guardábamos las armas, pero no teníamos armas. Dieron vuelta el patio, rompieron pisos, rompieron todo. Después se llevan los muebles, se afanaban todo. Y esto fue en marzo del 75, el 29 o 30 de marzo, yo acababa de cumplir 20 años. Nosotros les preguntábamos quiénes eran, porque lo más llamativo era que no nos vendaron los ojos y si les veías la cara significaba que eras boleta. Por conversaciones entre ellos nos dimos cuenta que eran tipos de la federal, de aeronáutica y civiles, ahí el cagazo fue mayor porque eran las tres A, que allá se llamaba Comando Anticomunista de Mendoza (CAM). Nos llevan a la Policía Federal y estamos veintipico de días hasta que nos reconocieron, éramos de los primeros, yo fui el preso político número 10 en Mendoza, habían caído compañeros en noviembre del 74 y yo caí en el marco de una campaña de denuncia y hostigamiento en contra de las torturas de la Federal, porque habían caído cuatro compañeros unos días antes y los habían recontra torturado, se reinaugura la tortura por esos días, y torturas jodidas, con personajes que venían de Buenos Aires, tenían esas cosas, venía el monstruo de Buenos Aires a torturar. Me acuerdo de un tal Alex, que era fatal enfrentarse a él, me acuerdo que lo describían como un gordo rubio, grandote. Yo caigo en ese marco, quemamos calles, hicimos bombas panfleteras denunciando las torturas. Y de adentro pudimos vivir nosotros todo lo que pasaba. Una de las formas de tortura más jodidas era el simulacro de fusilamiento, pero no en el

momento, después de que hace tris y no disparó quedás hecho mierda y la idea era no demostrar que eso te pasaba porque si no se cebaban y te lo empezaban a hacer seguido.

Estabas vos, tu compañera ¿y quién más?

No, mi compañera se escapa con el bebé. Cuando yo llegó me dicen: “tenemos a tu hijo y a tu mujer ahí, te la vamos a coger y a tu hijo no lo vamos a matar, porque somos tan hijos de puta que le vamos a cortar los brazos y te lo vamos a traer”. Yo me desconocía, me acuerdo que lo que me salía era decirle: “problema tuyo, lo vas a cargar en tu conciencia, lo vas a matar vos, vos te vas a cargar la vida de un bebé”. Y se volvían re locos. Eran muy gritones, se puteaban, se verdugueaban entre ellos, era la ley del gallinero en plena vigencia. Y llega uno que dice: “y la puta esta que levantamos ¿dónde está?”, “¿Cómo que dónde está? La tenía que traer fulano...” y escucho que la salen a buscar y ahí yo respiré, porque teníamos vías de escape, estaba bastante jodida la mano y sabíamos adónde teníamos que ir, porque había gente que por miedo ya no nos iba a recibir. Ahí ya me alivié porque era yo contra ellos y el nido estaba protegido.

Bueno, nos llevan a Papagayo, que es un lugar apartado, como un parque, a mí me atan con alambres, me ponen una manta en la cabeza y me rocían con un bidón de nafta y escucho por la radio, por el Motorola que tenían ahí, que dicen: “paren, paren, tráiganlos”. Me suben al auto, en el piso de la parte trasera, y me llevan mientras me van pateando y pisoteando permanentemente. Y era que habían pintado todo Mendoza pidiendo nuestra libertad. Ahí es donde se ve el equilibrio entre la fuerza militar y la fuerza política, y ahí nos legalizan y me paso seis años, hasta diciembre del 81. Eso es lo relevante, cómo acciones políticas fuertes lograban salvar vidas, que es lo que hacía De Nevares acá, no sé qué hacía pero le temían, iba y se les metía en el comando y rescataba a los compañeros. Y era radical, uno de los poco radicales dignos que he conocido.

¿Cómo explicás el hecho de haber sido apresado por un gobierno peronista?

Yo caí en cana en la época de la Isabel, y claro, si salíamos a pintar, a realizar acciones de hostigamiento propias de las milicias populares. Los milicos me decían: “a vos te metió en cana la Isabel, nosotros te vamos a hacer pelota, vos no salís más, los vamos a matar”. Estaba lo de Borges en ese momento, de que había que matarnos junto con la cría, como a las arañas.

Entonces, ahí, en la cárcel, me hicieron como una especie de consejo de guerra y el milico hace alusión a esta contradicción y me dice: “al final ustedes son una bolsa de gatos. No pasa nada con esta propuesta”. Yo lo que le planteo es: “si ustedes, como partido militar, llegan a superar las tres banderas del peronismo, yo me hago del partido de ustedes, mientras tanto nosotros somos la mejor propuesta y somos los que encarnamos la conciencia del pueblo argentino, en cuanto a mayoría”.

Era muy difícil explicarle al enemigo que me había detenido la Isabel. ¿A qué apelas? A tus convicciones, y la convicción era que nosotros peleábamos por una patria justa, libre y soberana. Isabel se fue de eso, como después lo hizo Menem. Entonces, no son peronistas.

Decís que a Isabel y a Menem, por las decisiones que tomaban, que iban en contra de los fundamentos del peronismo, no se los puede considerar peronistas, pero ¿cómo se explicaban ustedes la conducta del último Perón, el del retorno definitivo? Porque decir que Perón no es peronista es algo, por lo menos, difícil de explicar.

Hay una cuestión que yo aprendí en política y es que uno elige, es una permanente elección y a veces elegís caminos que llegan a ser diferentes a lo que vos pensabas. Yo creo que Perón, si vos hacés una lectura de lo que fue durante toda su vida, nunca se traicionó: era el campo nacional contra el imperialismo; buscaba la interrelación de clases, el fifty-fifty, no era clasista; tenía una idea de construcción de país industrialista, no importaba que la chatita justicialista hiciera más ruido que la extranjera, hacíamos nuestros autos, nuestros aviones, se crea una industria mínima de base, crea trabajo, dignifica a la gente y logra la complementación, la convivencia de las clases sociales. Ese es el gran aporte del peronismo, él no se traiciona en eso. Viene después todo el tema del ingreso nuestro en la historia del peronismo y no es que entramos sino que nacemos y crecemos dentro del peronismo. Es distinto a otros, como los compañeros de las FAR, que cuando se integran a Montoneros ingresan al peronismo, antes no eran peronistas. A mí el primero que me enseña a tirar es un policía que había estado en la Resistencia Peronista, un viejo que tenía un amor por lo que hacía, una pasión, sentía que estaba aportando a la causa ¿Para qué? ¡Para que volviera Perón! Y nosotros, ¿qué pintábamos en las paredes, como lo pintaban mi viejo y sus compañeros? ¡Perón Vuelve! La diferencia es que mi viejo lo pintaba con alquitrán y nosotros con aerosol, pero el *Perón vuelve* es el que nos unifica en cuanto al marco de la historia.

Y en ese Perón vuelve coincidían, por ejemplo, la CNU con Montoneros. Digo, antes del retorno ¿cómo convivían las organizaciones de derecha y las de izquierda dentro del peronismo?

No nos podíamos ni ver. Nunca nos pudimos ni ver. El mismo Perón decía que el justicialismo era una herramienta electoral, sirve para ganar las elecciones pero después la cosa es otra. La gente ésta, que también componía la juventud del partido, estaba encaramada en una pieza, como estaban los radicales en el comité. Y nosotros éramos la gloriosa Juventud Peronista, que surge de una alianza de clases, entre marginados y clase media, haciendo laburo en los barrios, de ahí que Montoneros después pueda accionar y esconderse en los barrios. Y Montoneros después pierde la batalla porque abandona ese espacio político, por varias causas, creo que la más jodida es no haber sabido interpretar el momento político que se vivía, nos concentramos en la cuestión de las armas y nos enfrentamos a un enemigo que, desde ese punto de vista, era imposible vencer. Entonces vos veías compañeros que morían heroicos en combate, que les tiraban con obuses y ellos terminaban respondiendo con un 22 hasta que morían.

Ahora, si vos lees la actualización doctrinaria para la toma del poder ¿qué Perón era ese? Era un Perón de puta madre, ese era el Perón nuestro. ¿Y a qué nos llevó? A que nosotros nos hiciéramos más socialistas que nunca. Decíamos: “el peronismo es el escalón para lograr la Patria Socialista”. Y cuando íbamos a los actos era “Perón, Evita, la Patria Socialista”, y venían los del CNU, Guardia de Hierro, la juventud del partido, todos esos y era “Perón, Evita, la Patria Peronista”. Por eso hubo hasta muertos. Es decir, entrar cantando eso y que nos cagaran a tiros.

Son dos peronismos los que se ponen en juego y Perón se vuelca hacia el otro peronismo. Por eso digo que Perón no se traiciona, es tan amplio el movimiento peronista que él se vuelca a uno de los dos bandos peronistas. Mientras tanto, a nosotros nos fogonea y nos da vida diciendo lo de la maravillosa juventud y esas cosas. Yo creo que lo mejor que hubiese pasado hubiese sido que el viejo no volviera, así el mito se mantenía y acá las cosas las resolvíamos entre nosotros. La historia lo hubiera resguardado de otra manera. De todos modos, el último discurso es magistral, “mi único heredero es el pueblo” y “el enemigo es el imperialismo”.

Entre lo que dice en Actualización doctrinaria y lo que dice después de la masacre de Ezeiza hay un giro muy claro ¿cómo se explica eso?

Ahí nos marca la cancha. Hay dos errores: el primero, el nuestro, nosotros teníamos una contradicción, teníamos un proyecto propio ya y pensábamos que Perón

era nuestro líder, pero no nos lideraba una mierda, nos mandaba cartas maravillosas, que leíamos en la clandestinidad, con todos los compañeros, con mucha pasión, nos estimulaba, nos hacía sentir parte. Lo que no entendíamos, por una cuestión de inmadurez política y cronológica... Me acuerdo que en una reunión en San Luis, antes de que muriera el viejo, en un ámbito más amplio que el de la UBR, ya nos planteábamos: “¿qué hacemos con esto? Nos estamos haciendo la paja, porque estamos interpretando a Perón y lo que dijo, lo dijo, entonces dejémonos de jorobar”. Aparte había muchos filtros para llegar, íbamos más rápido a Madrid que a Olivos.

Estuviste en la Plaza el 1º de mayo del 74, ¿cómo fue esa experiencia?

Yo creo que fue la bisagra. Nosotros más que intentar comprender si Perón nos bancaba o no, tratábamos de interpretarlo para acomodar el discurso de Perón al nuestro. Ahí se da la cuestión de pertenecer o no pertenecer al peronismo, porque cómo ibas a armar otro peronismo estando Perón vivo, eso fue muy jodido, porque ya estaba además la propuesta histórica de Vandor del peronismo sin Perón y nosotros lo bajamos a Vandor por traidor. Era una contradicción bastante difícil de resolver, pero ahí sí hay un darse cuenta de muchos compañeros, entre ellos yo, que nos planteábamos que no podíamos seguir tratando de adaptar el discurso de Perón al nuestro. Perón dijo lo que dijo, que éramos un montón de estúpidos imberbes que gritaban al pedo.

¿Cómo seguir siendo peronista después de eso?

Lo que pasa es que no era un Boca-River... Nosotros teníamos un espacio propio, nosotros entrábamos por diagonal norte y desde la 9 de Julio hasta la Plaza de Mayo era todo nuestro, todas columnas nuestras, quedó un montón de gente afuera de la plaza. Le entramos en cuña y nos cagaron a piñas los de la UOM de Lorenzo Miguel pero esa parte de la plaza la ocupamos nosotros. Ahora, era tremendo el miedo, vos mirabas para arriba y desde los edificios se veían los fusiles apuntándonos, nos filmaban. Yo, como estudiaba medicina era del equipo sanitario y nos habíamos organizado, para que no se nos infiltraran, con sogas, todos llevábamos banderas argentinas, porque era la consigna, y después las unimos con *contac* y pusimos en negro “Montoneros”, por eso se ven esas banderas en las fotos. Ya íbamos a tocarle el culo al león. Me acuerdo las consignas: “Qué pasa general que está lleno de gorilas el gobierno popular”. Ahí es cuando Perón se mete el discurso en el bolsillo y nos entra a re putear, pero ya previo le habíamos cagado la elección de la reina del trabajador, “asamblea popular, no queremos carnaval”, le gritábamos. Esas cosas te quedan

grabadas a fuego. La Isabel enloquecida, tratando de ponerle la corona a la reina de los trabajadores, verlo al brujo hijo de puta ahí, todo eso, Lastiri. Y Perón se desencaja. Si te ponés a pensar hay coherencia en que yo, y tantos compañeros más, caigamos en el gobierno de Isabel, ya lo habíamos cuestionado a él, qué no la íbamos a cuestionar a esta hija de puta y a López Rega. Fue una cosa muy interesante porque entramos y cuando Perón empieza a putearnos no entendíamos que pasaba, porque vos estabas ahí y era como estar en la tribuna, muchas veces en la cancha te perdés los goles, los gritás pero por ahí ni los ves. Escuchamos el rumor, yo me enteré que había dicho lo de los estúpidos imberbes, después, fijate que nos trató de pendejos pelotudos pero yo estaba ahí y en el momento ni lo escuché. Ahí Perón nos marca la cancha.

Y cuando se están yendo ¿Cuál es el sentimiento? Porque ustedes sabían, como decís, que iban a tocarle el culo al león, pero ¿se esperaban esa reacción?

Yo no esperaba nada. Fue todo como “esto no lo tenía previsto, nunca esperé vivir esto”. Yo, como era del grupo de sanidad iba afuera de la sogá y estaban ahí todos los altos dirigentes de Montoneros. Llevaba el botiquín y un redoblante, que me vino bárbaro para cubrirme la cabeza porque nos llovía de todo. Cuando Perón empieza a putear y la gente se empieza a dar cuenta que los está puteando, gira, dan vuelta las banderas y yo creo que es una de las escenas más tristes que vi en mi vida, porque era un mar de gente, viste que se ve como bruma y lo único que se veía era esa bruma de donde emergían palos vacíos, las banderas enrolladas y eso andaba y se iba. Y los compañeros que estaban afuera de la sogá, que conducían cada columna que venían de todo el país, agarraban la sogá con toda su fuerza y gritaban: “paren, paren”, para que no se fueran, decían: “hay que dar las discusión acá”. Qué discusión, si los de la UOM nos corrieron desde la plaza hasta la facultad de Derecho. Y ahí, me acuerdo que ayudé a atender unas señoras chaqueñas lastimadas en la cara y en los brazos, compañeros lastimados más que nada por armas blancas, heridos de armas blancas había muchos. Esa es la imagen. Después venía la discusión, no te podés creer que eso era una asamblea popular, eran contradicciones nuestras que se charlaban en ámbitos reducidos. No me voy a olvidar nunca de un viejito que lloraba y que se caía, se iba cayendo, muy deprimido, una cosa terriblemente triste, y lloraba y decía: “Cómo nos va a hacer esto el General” y rompía, nosotros se lo queríamos quitar para que no lo rompiera, el carnet de afiliado al justicialismo. Es muy difícil poder transmitir la pena, el dolor y el dolor transmitido por la gente, porque cuando tenés cien mil personas sintiendo lo mismo, por empatía ya te duele. Y la vuelta fue como volver

de un velorio. Fuimos a Buenos Aires cantando, con un fervor... y volvimos mudos, nadie hablaba, se escuchaban por ahí como mordiscones entre los compañeros: “no me rompás las pelotas, boludo, qué vamos a discutir ahora”. Siempre está el ansioso que quiere discutir, siempre hay un teórico que le quiere poner palabras y cuando te duele, te duele. Ese fue el 1º de mayo del 74.

Pero creo que ese fue el comienzo. El 7 de septiembre, Montoneros pasa a la clandestinidad porque la Triple A nos empieza a matar en la calle, el primero que cae es Ortega Peña, del Peronismo de Base y ahí entran a bajar compañeros. Con un accionar parecido sí, al Comando de Organización, Guardia de Hierro, CNU, pero esos daban grandes palizas, quemaban autos, amedrentaban más que nada, los de la Triple A ya salen a matar y alguna de esa gente se incorpora a la Triple A. Pero yo me animo a decir que tal vez sí aplaudieron el accionar pero no fueron activistas de las tres A. Los de las tres A fueron esencialmente mercenarios y los vi de cerca, no es que me parece. En el pabellón 15 de La Plata convivimos con 11 o 12 tipos de las tres A.

¿Cómo era esa convivencia?

Yo no sé qué habrá pasado, los milicos son perversos de por sí y los que organizaban las cárceles sabían por qué hacían esas cosas. Nos dividían en grupos G1, G2 y G3, yo siempre estuve en el G1, que era de máxima peligrosidad. Un día nos despertamos y estaban estos tipos y nosotros les hacíamos el vacío total, no nos relacionábamos, no les hablábamos, era la única arma que teníamos. Al poco tiempo los sacaron del pabellón.

¿En qué penales estuviste?

Primero en Mendoza, después, en La Plata, Caseros, en el piso 17, era una cosa horrenda, no había contacto, el único contacto que había con los milicos era para que te pegaran. Cuando tenías visita te anunciaban por parlante, se abrían las rejas y tenías un tiempo para salir y llegar al lugar de visitas. Caseros era una cárcel modelo, hasta la comida era buena, nos daban pollo, comer un pedazo de pollo era increíble.

Después nos llevaron a Rawson, hacía un frío... nos hicieron simulacro de fusilamiento en el puerto, después nos acostaron en el piso, con los ojos vendados, no sé si era una apuesta o qué, pero pasaban con los jeep a una velocidad increíble a centímetros de la cabeza, sentíamos el ruido. Nos llevaron a Rawson sancionados por protestar por las condiciones de detención que había en La Plata, que eran tan terribles que varios compañeros se suicidaron. El 76 y el 77 fueron los años más cruentos, tenían carta libre para hacer lo que quisieran, vos no tenías defensa de

nada. En el 78 empieza a aflojar porque viene el mundial, la Cruz Roja Internacional, la OEA, la SIDH. No obstante eso, las condiciones de presión psicológica y también de apremios físicos, llega un momento que te satura y en menos de cuatro meses se mataron tres compañeros.

BIBLIOGRAFÍA

- AMORÍN, José (2005). *Montoneros: la buena historia*. Buenos Aires: Catálogos. Recuperado de http://www.elortiba.org/pdf/amarin_montoneros.pdf
- BALBI, Fernando Alberto (diciembre de 2007). La dudosa magia del carisma. Explicaciones totalizadoras y perspectiva etnográfica en los estudios sobre el peronismo. *Avá*, N° 11, pp. 11-37. Programa de Postgrado en Antropología Social de la Secretaría de Investigación y Postgrado, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones, Argentina.
- BESOKY, Juan Luis (junio, 2010). La revista El Caudillo de la Tercera Posición: órgano de expresión de la extrema derecha. *Revista del Programa de Investigaciones sobre Conflicto Social*, año 3, N° 3, pp. 7-28. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani. Recuperado de <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/conflictosocial/revista>.
- BESOKY, Juan Luis y Moya, Alberto (agosto de 2012). Política y humor en la revista El Caudillo. En *VI Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina. Recuperado de: <http://albertomoyalibros.blogspot.com.ar/2012/08/en-la-universidad-nacional-del-litoral.html>.
- CALVEIRO, Pilar (2013). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años setenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CAVAROZZI, Marcelo (1983). *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- CUCCHETTI, Humberto (octubre de 2008). Redes sociales y retórica revolucionaria: una aproximación a la revista Las Bases (1971- 1975). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Recuperado de: <http://nuevomundo.revues.org/43252>; DOI: 10.4000/nuevomundo.43252
- CHIANELLI, Trinidad Delia (enero de 2008). Vandor y el sindicalismo postperonista. *Todo es Historia*, N° 486, pp. 6-18.
- ESQUIVADA, Graciela (2009). *Noticias de los montoneros*. Buenos Aires: Sudamericana.
- FEINMANN, José Pablo (2011). *Peronismo. Filosofía política de una persistencia argentina* (t. 1 y 2). Buenos Aires: Planeta.

- FIGUEROA DÍAZ, Adrián (27 de septiembre de 2006). Operativo Cóndor en las Malvinas, anticipo de los '70. *Página/12*. Recuperado de:
<http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-73613-2006-09-27.html>
- GALVÁN, María Valeria (mayo de 2013). Militancia nacionalista en la era posperonista: las organizaciones Tacuara y sus vínculos con el peronismo. *Nuevo MundoMundos Nuevos*. Recuperado de:
<http://nuevomundo.revues.org/65364#tocto1n2>
- GAMARNIK, Cora (2011). *La reconstrucción de la historia del fotoperiodismo en Argentina. Algunas consideraciones teóricas y metodológicas* (Tesis de doctorado). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Recuperado de:
<http://www.rehime.com.ar/escritos/ponencias/catamarca/Cora%20Gamarnik.pdf>
- GENETTE, Gerard (1989). *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Madrid: Taurus.
- GILLESPIE, Richard (1998 [1982]). *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo.
- HAUSER, Irina (7 de enero de 2007). Armas, la secretaria de López Rega y una redacción. *Página/12*. Recuperado de:
<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-78774-2007-01-07.html>
- JAMES, Daniel (2006). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- KERBRAT-ORECCHIONI, Catherine (1997). *La Enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Buenos Aires: Edicial.
- KIERNAN, Sergio (7 de enero de 2007). El órgano oficial de la Triple A del Brujo. *Página 12*. Recuperado de:
<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-78773-2007-01-07.html>
- KIERNAN, Sergio (12 de junio de 2009). La otra baja reciente en la vieja Triple A. *Página/12*. Recuperado de:
<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-126523-2009-06-12.html>
- LACLAU, Ernesto (2002). Muerte y resurrección de la teoría de la ideología. En *Misticismo, retórica y política* (pp. 9-55). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LACLAU, Ernesto (2005). *La Razón Populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (2004). Más allá de la positividad de lo social. En *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (pp. 129-89). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LANUSSE, Lucas (2010). *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires: Zeta Bolsillo.
- LARRAQUY, Marcelo (2007). *López Rega. El peronismo y la Triple A*. Buenos Aires: Punto de Lectura.
- MACEYRA, Horacio (1983). *Cámpora/ Perón/ Isabel. Las presidencias peronistas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- MARÍN, Pablo (3 de marzo de 2012). Cómo fue la llegada de El Padrino a Chile a 40 años de su estreno en EEUU. *La Tercera*. Recuperado de: <http://diario.latercera.com/2012/03/03/01/contenido/cultura-entretencion/30-102502-9-como-fue-la-llegada-de-el-padrino-a-chile-a-40-anos-de-su-estreno-en-eeuu.shtml>
- MICIELI, Cristina y PELAZAS, Myriam (coord.) (2012). *Dar la vida / Quitar la vida. El peronismo en los años 70 a través de las publicaciones El Descamisado y El Caudillo*. Buenos Aires: Ediciones La Parte Maldita.
- MOYA, Alberto y MURANO, Adrián (febrero de 2007). La patota intelectual del Brujo. *Veintitrés*, n. 450, pp.20-24.
- NADRA, Giselle y NADRA, Yamilé (2011). *Montoneros: ideología y política en El Descamisado*. Buenos Aires: Corregidor.
- SALAS, Ernesto (2006). El debate entre Walsh y la conducción montonera. *Lucha Armada en la Argentina*, n. 5. Recuperado de: <http://www.elortiba.org/pdf/salas1.pdf>
- SALINAS, Juan José (3 de mayo de 2009). El muerto que está solo y espera. *Miradas al Sur*. Recuperado de: <http://www.elortiba.org/notapas712.html>
- SIGAL, Silvia y VERÓN, Eliseo (2003). *Perón o Muerte. Fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.
- SLIPAK, Daniela (noviembre, 2011). Sobre los otros. Peronismos y alteridades en las revistas de la organización Montoneros (1973-1974). *Papeles de Trabajo*, a. 5, n. 8, pp. 92-116. Buenos Aires: Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín. Recuperado de: http://www.idaes.edu.ar/papelesdetrabajo/paginas/Documentos/N8/06_DOS_Slipak.pdf
- SLIPAK, Daniela (primer semestre, 2012). Sobre los orígenes. Peronismo y tradición en la revista El Descamisado (1973-1974). *Sociohistórica - Cuadernos*

del CISH, n.29, pp. 43-69. La Plata: Centro de Investigaciones Socio Históricas (CISH) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de:

http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/26364/Documento_completo.pdf?sequence=1

- ULANOVSKY, Lucía (septiembre, 2011). A propósito de ciertos recursos importados de la imagen de prensa. *Culture Visuelle*. París: Laboratorio de Historia Visual Contemporánea (Lhivic), Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS). Recuperado de: <http://culturevisuelle.org/apuntes/archives/293>
- ULANOVSKY, Lucía (abril, 2012). Las operaciones editoriales de una publicación militante. *Culture Visuelle*. París: Laboratorio de Historia Visual Contemporánea (Lhivic), Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS). Recuperado de: <http://culturevisuelle.org/apuntes/archives/307>
- VERBITSKY, Horacio (1985). *Ezeiza*. Buenos Aires: Contrapunto.
- VERÓN, Eliseo (1971). Ideología y comunicación de masas: La semantización de la violencia política. En VV.AA., *Lenguaje y comunicación social*. Buenos Aires: Nueva Visión. Recuperado de: <http://www.periodismo.uchile.cl/talleres/teoriacomunicacion/archivos/veron.pdf>
- VERÓN, Eliseo (1993). El sentido como producción discursiva. En *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad* (pp. 124-133). Barcelona: Gedisa
- VERÓN, Eliseo (1995). La Mediatización. En *Semiosis de lo ideológico y el poder / La mediatización* (pp. 37-132). Buenos Aires: Oficina de publicaciones del CBC.
- VERÓN, Eliseo (1997). De la imagen semiológica a las discursividades. El tiempo de una fotografía. En *Espacios públicos en imágenes* (pp. 47-70). Barcelona: Gedisa.
- VERÓN, Eliseo (2004). Prensa escrita y discursos sociales: producción, recepción, regulación. En *Fragmentos de un tejido* (pp. 193-211). Barcelona: Gedisa.
- WALSH, Rodolfo (1987). *¿Quién mató a Rosendo?*. Buenos Aires: De La Flor.

Las colecciones completas de El Descamisado y El Caudillo están disponibles en formato pdf en el sitio web www.ruinasdigitales.com